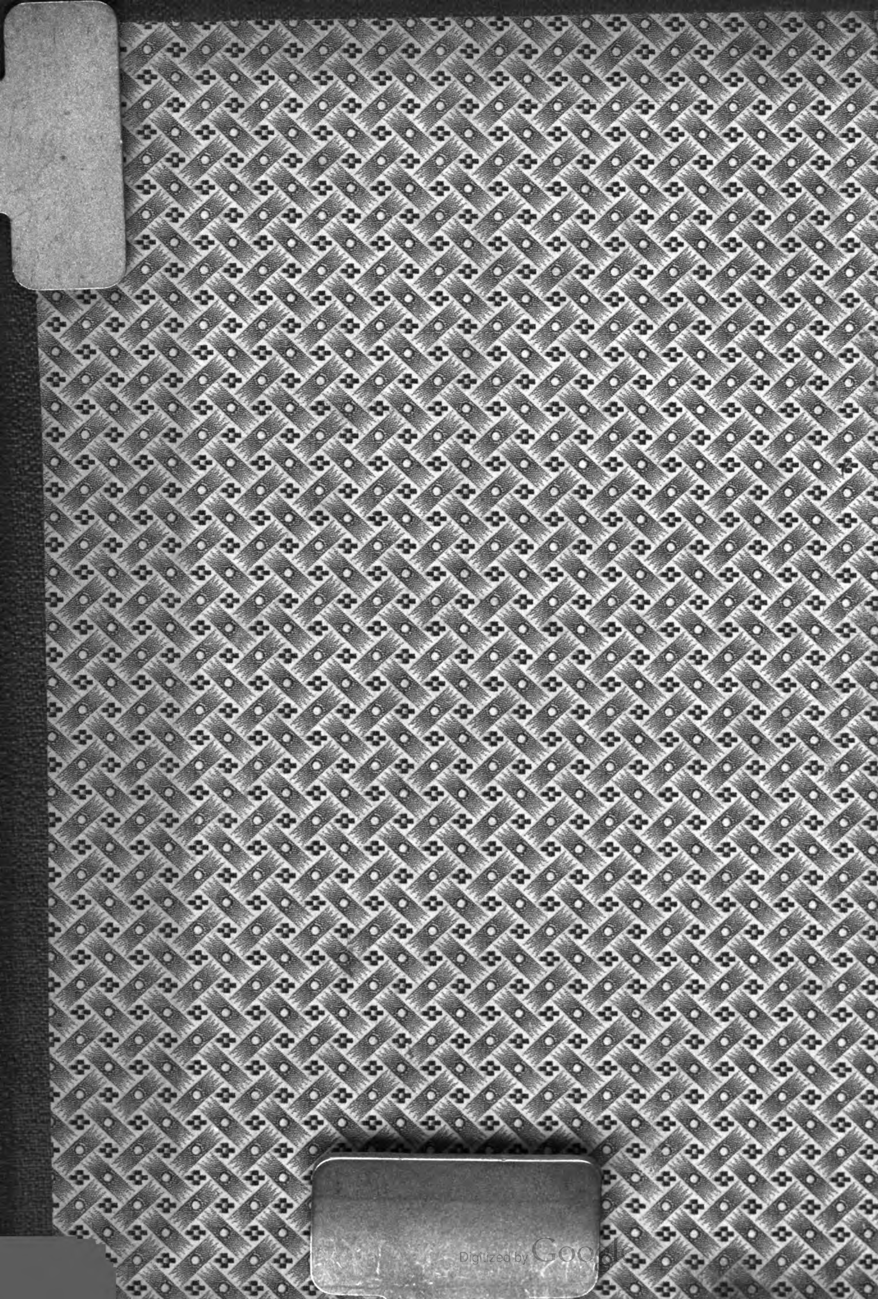
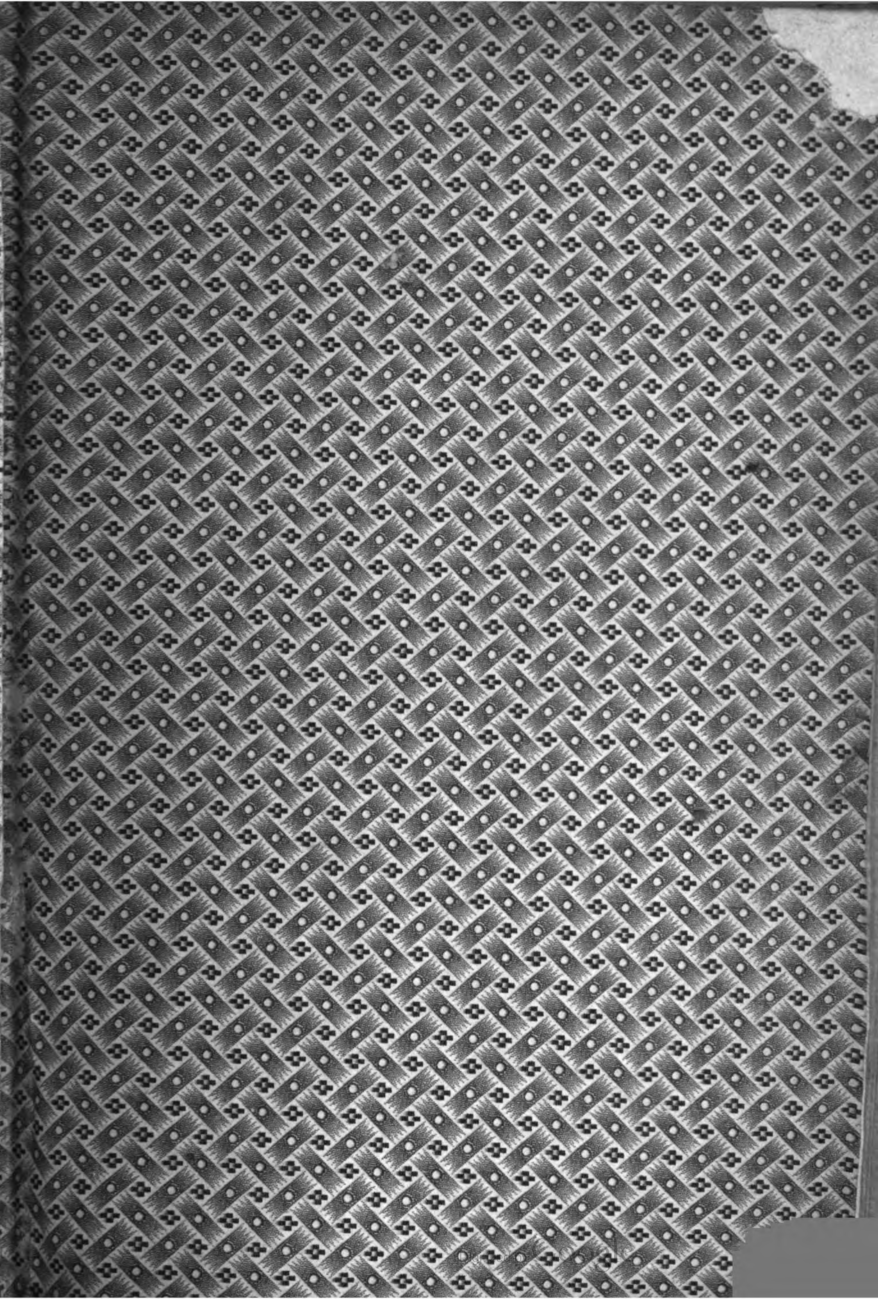






CUENTOS

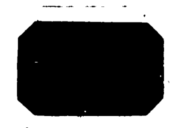
DE

VIVOS Y MUERTOS

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA

TERCERA EDICION



MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5

1879

PRÓLOGO.

Á DON LUIS DE EGUÍLAZ.

Hay, querido Luis, dos hogares que están para mí llenos de dulces recuerdos: uno de ellos es el de mis padres, que guarda los recuerdos de mi vida de niño; y el otro el tuyo, que guarda los de mi vida de escritor. Desde que escribí, hace trece años, *El libro de los cantares*, hasta que he escrito los CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS, y desde que, hace casi el mismo tiempo, escribiste *Verdades amargas*, hasta que has escrito *Los soldados de plomo*, ambos hemos encontrado muchas alegrías y muchas tristezas en esta jornada de la vida, á cuyo término más quisiéramos encontrar la corona de gloria que Dios guarda para la virtud, que la corona de laurel que el mundo guarda para el genio. Desde que nos unieron los lazos de una fraternal amistad, que nunca se han aflo-

jado, todas tus alegrías y tristezas se han reflejado en mi corazon, como todas las mias se han reflejado en el tuyo. ¡Ay! Siendo esto así, y recordándome el orígen y el título de este libro el mayor de tus dolores, ¡cómo no he de sentir mi corazon lleno de tristeza al dedicarte este libro!

Estábamos una noche en tu casa, y la hermosa, la angelical, la santa elegida de tu corazon conversaba con nosotros y acariciaba al mismo tiempo á su inocente y hermosa niña, que jugaba en su regazo. Yo no sabía qué nombre habia de dar á este libro, y tú me aconsejaste que le diera el de CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS. Este nombre no era del todo impropio, puesto que vivos y muertos se agitan en estos cuentos, y sin embargo, me resistí á adoptarle, porque hacia tiempo que pensaba dársele con más propiedad á otro libro; pero insististe con tanto empeño en que estos cuentos se habian de llamar así, que al fin accedí á tus deseos. Al dia siguiente abandoné á Madrid para tornar á mi dulce rincon de Vizcaya, adonde me llamaban mi corazon y mis deberes, y apénas llegué, supe con inmenso dolor que Balbina, tu dulce compañera, á quien yo habia dejado llena de juventud, de vida, de amor y de esperanzas, habia volado al cielo! Como tú, como todos aquéllos para quienes la vida material es átomo imperceptible comparada con la vida del alma, busco en las misteriosas intuiciones del hombre la explicacion de muchas cosas que el hombre hace ó piensa en este mundo. ¿Sería, pues, una in-

tuicion, un triste presentimiento que dominaba tu alma lo que te movia, tres dias ántes de morir Balbina, á aconsejarme que diera á este libro el nombre de CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS? ¡Sólo Dios lo sabe! Lo que yo sé es solamente que éste libro, nacido en tu hogar, entónces tan alegre como hoy triste, debe volver á él llorando, y para que vuelva así, consigno en él estos recuerdos y te le dedico.

II

Todos los pueblos tienen lo que llamaré *literatura oral*, porque no me ocurre otro nómbre más apropiado que éste: esta literatura oral, que nunca se escribe y sólo se trasmite de generacion en generacion con ayuda de la memoria, son los cuentos y los cantares que el pueblo compone y recita y canta para solazar su espíritu ó para desahogar su corazon. La literatura oral del pueblo español es riquísima, y naturalmente refleja en toda su pureza el carácter nacional. Siendo lícito al cuentista y al poeta inspirarse en la literatura escrita, y áun imitarla, ¿no lo será tambien inspirarse en la literatura oral? Esta pregunta me hice trece años há, y contestándome afirmativamente, escribí *El libro de los cantares*, inspirado en los del pueblo español, y desde entónces estoy viendo todos los dias con verdadero placer que son muchos los poetas españoles que hacen lo que yo hice, aunque con más fruto que yo, como lo prueban las colecciones de cantares recogidos por Fernan Caballero

y Lafuente Alcántara, la *Soledad* de D. Augusto Ferrand, los *Cantares gallegos* de Doña Rosalía de Castro, y la multitud de cantares compuestos por Ruiz Aguilera, Campoamor, Bustillo y otros poetas ó simples versificadores.

No quiero decir ni tengo derecho á pensar que se deba á *El libro de los cantares* el aprecio que hoy se hace de la poesía popular en España; pero tengo derecho á decir, porque es la verdad, que hace doce años, cuando yo publiqué aquel libro, que cuenta hoy seis ediciones en la Península y otras tantas en el extranjero, la poesía popular, aparte de la que llamamos *Romancero*, que corre escrita é impresa hace ya siglos, se miraba con indiferencia por la generalidad de nuestros poetas, y desde entónces se la recoge, se la imita, se la comenta, y hasta ha merecido la alta honra de que uno de nuestros más ilustres poetas, el autor de *El Trovador*, la hiciese resonar por espacio de media hora en el salon de la Academia de la Lengua, al tomar asiento en los sillones de aquella sábia corporacion. Más aún: hace doce años, rarísimo era aquél de nuestros poetas dramáticos que se atrevia á imitar el tono de la poesía popular como no fuese en sentido jocoso ó burlesco; pero tú, querido Luis, tuviste la audacia en *El Caballero del Milagro*, hará cosa de ocho años, de hacer llorar al público, estallando de placer y sentimiento, con una escena escrita en seguidillas, en el metro predilecto del pueblo, en el metro cuyo sólo nombre hacía hasta asomar la risa del des-

precio en los labios, y desde entónces en nuestra poesía dramática y en nuestra poesía lírica, el metro popular por excelencia, lleno de gracia, espontaneidad y frescura, se encuentra á cada paso, llevando al corazon del público lo mismo los afectos más profundos y graves que los más superficiales y alegres.

A fines del siglo pasado y bien entrado el presente, dos escritores de genio y carácter muy distintos dieron á la poesía popular la importancia que en sí tenia: fué el uno el madrileño D. Ramon de la Cruz, autor de cien sabrosísimos é intencionados sainetes, y fué el otro el vizcaíno D. Juan Antonio de Zamácola, autor de una docta historia de las naciones vascas. El primero imitó é intercaló en sus graciosos cuadros de costumbres los cantares del pueblo, y el segundo recogió gran número de ellos y los publicó en dos tomos, ocultando el colector su nombre con el seudónimo de *D. Preciso*. A pesar de esto, los cantares populares siguieron desdeñados por la literatura española; y era que el público, acostumbrado á reir oyéndolos entonar cómicamente á Cruz, no acertaba á llorar oyéndolos entonar sériamente á Zamácola.

Si es cierto que los cantares populares son muy dignos de la atencion, el estudio, la honra que alcanzan de doce años á esta parte, no lo es ménos que los cuentos populares son muy dignos de la misma atencion, el mismo estudio, la misma honra. Yo, firme en esta creencia, estoy decidido á llevar hasta donde pueda la

tarea que emprendí hace tres años y continúo hoy, recogiendo los cuentos que andan en boca del pueblo y dándoles la forma artística que les falta, sin despojarlos de la agudeza, la intencion y el tono popular, que son su principal encanto. ¡Dios quiera que á los doce años de haber pedido á los cuentos populares inspiracion para *contar*, pueda decir de los cuentos lo que digo de los cantares populares á los doce años de haberles pedido inspiracion para *cantar!*

III

Yo no sé, Luis, para qué te cuento estas cosas de literatura popular, cuando en estas cosas, como en otras, sabes tú mucho más que yo; pero tú eres escritor dramático, y me consuelo y animo pensando que dirás: «Vamos, este Anton va aprendiendo nuestras pícaras mañas de hacer decir á un personaje que está en escena cosas que aquél á quien las dice tiene sabidas y resabidas, y todo por la única razon de que conviene que el público las sepa, y no se le pueden decir al público sino por el sistema de «á tí te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi nuera»». Ya recordarás, Luis, que en la deliciosa zarzuela de nuestro buen Pepe Picon, *La isla de San Balandran*, los primeros personajes que ocupan la escena son dos troneras de Madrid, que aparecen como caidos de las nubes con ayuda de paraguas que les sirven de para-caidas, y recordarás tambien que, con objeto de que

el público se entere de quiénes son y de dónde vienen, se ponen á contárselo *ce* por *be* el uno al otro. El año pasado asistí yo á un teatro donde se anunciaba *La isla de San Balandran*, y apénas se pusieron á hablar los susodichos troneras, el que empezaba á referir el viaje aéreo que juntos habian hecho desde Madrid á San Balandran, empezó á dar tropezones porque no se sabia el papel; pero su compañero le sacó de apuros interrumpiéndole:

—Hombre, ¿y á quién le cuentas tú eso? ¡Si sabré yo de sobra de dónde venimos, lo que nos ha pasado y qué casta de pájaros somos!

No me interrumpas tú así, aunque veas que no sé bien mi papel.

Estoy seguro de que no bastarán cien tomos en folio para contener los cuentos que *se sabe* el pueblo español. Demos al olvido los picarescos, tales como el graciosísimo del cura de Ansó, que para contármele el invierno pasado tuviste que esperar á que la pobre Balbina no estuviese presente; demos al olvido estos cuentos, por muy graciosos que sean, y hagámonos cargo sólo de aquellos que no hubieras tú tenido reparo en contar delante del pobre ángel, cuyo recuerdo, sin querer, evoco á cada instante. Estos cuentos, llenos de candor unas veces, y otras llenos de inofensiva agudeza, ya fantásticos ó ya verosímiles, ahora frescos y perfumados como las églogas de Garcilaso y Meléndez, y despues sombríos y misteriosos como los poemas de Ana Radclif; estos

cuentos, siempre agradables é interesantes, sobre todo para las gentes de corazon sencillo, son los que nuestras madres y nuestras abuelas nos contaron cuando éramos niños; son los que las niñas se cuentan en el colegio á hurtadillas de la *señora* ó la *pasanta*, que si se los prohiben no es porque los crean peligrosos, sino por temor de que distraigan á las niñas del estudio; son los que en las veladas de invierno se cuentan en torno del hogar. ¿Recuerdas aquella feliz y honrada familia de mi aldea á quien pretendí retratar en el prólogo de los *Cuentos campesinos*? Pues en aquella familia hay una niña de trece años, llamada Rosario, llena de gracia, de bondad y de inteligecia, que sabe y cuenta, con indecible encanto de quien la oye, más de cien cuentos de éstos que yo me propongo ir recogiendo y parafraseando, y de sus dulces labios he recogido el que hallarás en este libro con el título de *El yerno del rey*. ¿No es verdad que cuentos como éste merecen ver la luz pública, aunque sean parafraseados por pluma tan tosca como la mia?

IV

Dos escritores alemanes, los hermanos Grimm, emprendieron y llevaron á cabo en su país una tarea parecida á la que yo he emprendido en el mio; pero mi tarea es mucho más difícil que la suya. Los hermanos Grimm dieron al público los cuentos alemanes tales como los recogieron de boca del pueblo, y yo doy los españoles

despues de haber empleado en ellos un trabajo quizá más penoso que el que empleo en los cuentos enteramente originales. Los cuentos alemanes recogidos por los hermanos Grimm tienen grandes bellezas, pero tienen tambien grandísimos defectos; cualidades ambas que reunen los cuentos españoles tales como el pueblo los cuenta. Lo que yo hago con los cuentos populares es hacerlos verosímiles hasta donde me es posible, darles el escaso perfume literario que encieran las flores de mi imaginacion, y encaminarlos á un fin moral y filosófico, de que carecian en su estado primitivo. Por ejemplo, el cuento que lleva el título de *La ambicion*, popular lo mismo en España que en Francia y Alemania, como que ha servido de base hasta para comedias de magia, entre ellas, la conocida con la denominacion de *El diablo verde;* este cuento, digo, que encierra una idea moral de primer órden, es tan absurdo como le cuenta el pueblo, que sólo sirve para embobar á las criaturas de pocos años. Para que así se comprenda, me bastaria decir que quien protege á la ambiciosa es un besugo que habla con mucha formalidad haciendo creer que es un príncipe encantado. Por pocas pretensiones de hombre grave que un escritor tenga, ¿cómo ha de apadrinar tales niñerías?

Al cotejar los cuentos populares que he recogido en España con las colecciones de los recogidos en Alemania y otros paises, me he encontrado con una novedad que me ha sorprendido: muchos de los cuentos populares en

España lo son en Francia y Alemania. ¿Cómo se explica esto? Confieso que por más que he cavilado no he podido explicármelo de un modo completamente claro. Hay algunos que originariamente proceden de la historia sagrada ó la profana, y ya se comprende cómo estos cuentos pueden ser á la par populares en el Norte y en el Mediodía de Europa; pero ¿cómo lo son los que no tienen tal orígen ni han sido nunca escritos? ¿Será que nuestros soldados, cuando paseaban la bandera española por el Norte de Europa, entretenian los ocios del campamento con los cuentos populares de la patria, y á la par que dejaban allí los del Mediodía, recogian los del Norte y los traian luégo aquí?

De todos los cuentos que contiene esta coleccion, sólo uno, el que titulo *Las changas*, no es popular en España: he tomado la idea de la coleccion de los hermanos Grimm. A esta confesion, que exige mi probidad literaria, debo añadir otra que me parece más justa aún, y es que si honra pudiera caberme en la recoleccion de los cuentos populares y en la especie de paráfrasis que de ellos hago, cabríame en el desempeño, pero no en la iniciativa, pues ésta pertenece á nuestro insigne Fernan Caballero, que ántes de escribir yo cuentos populares, habia escrito *Las ánimas*, *La suegra del diablo*, y otros cuentos no ménos intencionados y bellos que éstos, tomando del pueblo la idea original, como lo prueba el primero de los dos cuyo título he citado, que es á la par en España y en Alemania, donde, segun la version

de los hermanos Grimm, carece de la intencion religiosa que tiene tal como Fernan Caballero le ha dado á conocer.

Y ya que de intenciones hablamos, concluyo, mi querido Luis, asegurándote que si este libro es malo, es buena, es excelente, es santa, por lo tierna y pura, la intencion con que te le ofrece

ANTONIO.

Bilbao, Noviembre de 1865.

EL ANGEL Y EL DIABLO.

I

Uno de los empleados en el camionaje del otro mundo escribió y publicó un libro, segun unos, muy bueno, y segun otros, muy malo.

Por si hay entre ustedes alguno que no sepa lo que es camionaje, cosa que nada tendrá de particular, porque esta palabra no está en el Diccionario de la lengua castellana, voy á explicárselo. Camionaje se llama todo lo que se refiere al trasporte de personas y efectos desde las estaciones de los ferro-carriles á su inmediato destino. Por ejemplo, á la estacion A llega el fardo de ricas telas de contrabando B; que espera á conveniente distancia el contrabandista C; la fuerza motriz que, por encima de carabineros, etc., hace salvar á B la distancia que média entre A y C, se llama

camionaje. ¿Están ustedes enterados? ¿Sí, eh? Pues volvamos al libro.

Del libro en cuestion, que era todo él pura estadística, pura matemática, pura ciencia numérica, resultaba un dato muy curioso, y era que guarda proporcion el número de viajeros destinados al cielo ó al infierno con el número de años que los mismos viajeros cuentan, con la particular circunstancia de que cuanto más tarde sale uno de este mundo, más probabilidades tiene de que le lleven los demonios.

El dia en que se puso á la venta el susodicho libro no quedó un ejemplar en las librerías; y esto tiene una explicacion muy sencilla: el libro, segun unos, era muy bueno, y segun otros, era muy malo, y en materia de libros lo que más gusta son los extremos. Un libro sublimemente bueno ó sublimemente malo es de todos modos sublime, y encuentra abundancia de lectores.

No habia un habitante del otro mundo que no leyese ó se preparase á leer el libro del empleado en el camionaje, y dicho esto, dicho se está que el ángel de la Guarda y el diablo no fueron los últimos que gastaron su medio durete en comprar el tal librito, por supuesto, el primero con la intencion más pura, y el segundo con la intencion más endiablada.

Los buenos libros no sólo son buenos por lo

que dicen, sino tambien por lo que le hacen á uno pensar cuando los lee. Yo sé que era muy curioso el que escribió y publicó el empleado en el camionaje del otro mundo; pero esto no me autoriza á decir que fuese bueno: hay curiosidades muy pícaras, y tanto esto como lo que hizo pensar al ángel y al diablo, me hacen suspender mi juicio acerca de la bondad de la obra.

Veamos lo que la obra hizo pensar al ángel y al diablo.

El ángel se puso á razonar en estos términos así que terminó la lectura del libro:

—¡Válgame Dios lo que he descubierto! ¿Con que resulta que cuanto más viven las criaturas humanas, ménos probabilidades tienen de entrar en el cielo, y que infaliblemente van á él las que mueren en la edad de la inocencia? Pues señor, está visto que yo hago muy mal en cuidar de los chiquillos, y que á los chiquillos y á mí nos tiene cuenta que se mueran ántes de llegar á la edad de las picardías, porque así van todos derechos al cielo, y del otro modo van casi todos derechos al infierno. ¡Bobo de mí, que no me habia ocurrido hasta ahora una cosa tan sencilla como ésta! No es cosa de que yo vaya á empujar á los chicos para que se rompan la crisma, por ejemplo, al bajar una escalera, porque eso ya sería usurpar sus atribuciones al diablo; pero lo que sí haré es

dejar que se la rompan. Señor, ¿que un chiquillo se cae al rio ó coge una insolacion? Le dejo que se ahogue ó se muera de un ataque cerebral, en vez de tirarme al agua á sacarle ó convertirme en curandero, como he hecho hasta aquí. En el mundo hay protecciones muy mal entendidas, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he dispensado á los chiquitines. Vea usted cómo hasta de los libros peores se saca algo bueno.

Así razonaba el ángel, miéntras el diablo razonaba de este otro modo:

—¡Mil demonios me lleven si con la lectura de este libro no he hecho el mayor descubrimiento de toda mi pícara vida! Y que habla como un libro este empleado en el camionaje. Si todas las criaturas humanas murieran de chicas, sería cosa de cerrar el infierno, porque no pareceria por él un alma. Lo que á mí me tiene cuenta es que nadie se muera hasta llegar á la edad de las picardías. ¡Bruto de mí, que no habia caido hasta ahora en una cosa tan sencilla como ésta! No es cosa de que yo vaya á andar con los chiquillos de la mano, porque eso sería usurpar las atribuciones al ángel; pero lo que sí haré es librarles del peligro si los veo en él, en vez de procurar que se los lleve la trampa, como hasta aquí he hecho. En el mundo hay precauciones muy mal entendi-

das, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he hecho á los chiquillos. Vea usted cómo hasta de los libros mejores se saca algo malo.

Así razonaba el diablo, miéntras una madre decia viendo travesear á su hijo:

—¡Jesus, estas criaturas estudian con el enemigo malo!

Y otra madre decia, viendo que su hijo habia rodado las escaleras sin hacerse daño:

—¡Jesus, estas criaturas se matarian si el ángel de la Guarda no las tuviese de su mano!

II

Ya tenemos en campaña al ángel y al diablo dispuestos á cambiar de papeles, ó lo que es lo mismo, el ángel á dejar que los niños se rompan la crisma, y el diablo á impedir que se la rompan.

Quizá no haya pueblo en el mundo donde con tanto amor se trate á los niños como en Bilbao. Una de las cosas que más llaman en Bilbao la atencion del forastero, es la gracia y áun la riqueza con que los niños, hasta de la clase artesana, están vestidos y engalanados. En el Arenal y el campo de Volantin cuando hace buen tiempo, y en la plaza Nueva y el pórtico de Santiago cuando le hace malo, centenares de niños y niñas

muestran el buen gusto y la ternura que caracteriza á las madres de familia bilbaínas. Tal vez lo que algunas gentes llaman atraso influya en este afan con que toda madre se ocupa aquí constantemente en el cuidado y embellecimiento de sus hijos. Aquí la vida del hogar no ha degenerado como en otras grandes poblaciones; aquí la madre de familia no pasa la mayor parte de su vida en los cafés y los bailes y las tertulias, como sucede, por ejemplo, en Madrid; aquí la madre de familia pasa la vida en su hogar ocupándose en el cuidado de su casa y su familia.

Algunas gentes opinan que esto es un lamentable atraso; pero de seguro no opinarán lo mismo esos hermosos niños que de cinco á seis de la tarde en verano, y de tres á cuatro de la misma en invierno, salen de todas las casas vestidos y embellecidos con mil primores, miéntras sus madres, llenas de santo orgullo, se asoman á los balcones para contemplar la obra de su ternura y su delicado gusto.

De la madre que con el cuerpo ó con el pensamiento está casi siempre fuera de su hogar, no espereis esa ternura y ese delicado gusto que se reflejan en los inocentes niños que como bandadas de hermosas palomas vagan por los paseos de nuestra oculta y opulenta villa.

El ángel y el diablo, que no ignoraban esto

que yo cuento, y que por lo mismo deben tener tan buena voluntad el primero, como mala voluntad el segundo á la noble villa; el ángel y el diablo se plantaron en el Arenal de Bilbao una hermosa tarde de verano, á la hora en que aquellas arboledas se pueblan de hermosos niños, que el ángel contemplaba con embeleso y ternura, y el diablo con desden y repugnancia.

Un precioso niño de cuatro años, en torno de cuya rubia cabeza revoloteaba invisible el ángel, sin poder apartarse de él, por más que lo intentaba, como la mariposa revolotea en torno de la luz que la enamora, sin poderse apartar de ella por más que lo intenta, trepó por los balaustres de la verja del muelle y emprendió un paseo por encima de la verja. El ángel pensaba que al niño y á él les tenia cuenta que el niño cayese al agua, y se ahogase, y volase al cielo; pero en el momento en que el niño se ladeaba para caer al Ibaizábal, el ángel obedeció al instinto del bien, propio de su divina esencia, y tocando al niño con el ala, le sostuvo y le salvó empujándole suavemente á la blanda arena del paseo.

Casi al mismo tiempo que esto pasaba en el muelle, pasaba no léjos de allí una cosa parecida. Un niño de seis años se subió á un árbol con el afan de coger un nido. El diablo, revoloteando tambien invisible, procuraba acercarse á él para



impedir que se matara y volara al cielo; pero con dificultad podia vencer la repugnancia que le causaba aquella angelical criatura. El niño puso el pié en una débil rama, y el diablo, en vez de sostenerla para que no se quebrantara con el peso del niño y éste cayera al suelo, obedeció al instinto del mal, propio de su infernal esencia, y desgarrando la rama, hizo caer al niño, que se mató en la caida, y voló al cielo.

Y cuando los niños tornaban al hogar donde los esperaban sus amorosas madres, el ángel tornaba al cielo, y el diablo tornaba al infierno, diciendo:

El Ángel.—Está visto que yo no sirvo más que para amar y proteger á los niños, que son mis hermanos y mis semejantes. La ciencia de los números será muy buena para los hombres, pero para los ángeles es mejor la ciencia del corazon. Sigamos siendo el guardian de la inocencia y la debilidad y la hermosura, y el que por sus picardías vaya al infierno, con su pan se lo coma.

El diablo.—Está visto que yo no sirvo para niñero, porque me inspiran una repugnancia invencible todos esos trastuelos de carita y alma de ángel. Sigamos armándoles zancadillas para que se rompan el bautismo, que si la edad de la inocencia no me paga tributo, la edad de las picardías me llena la alforja.



Así hablaron el ángel y el diablo, en quienes, como hemos visto, el instinto del bien y el instinto del mal pudieron más que el interes.

Madres que teneis hijos pequeños, ya sabeis que el ángel protege y el diablo persigue á vuestros chiquitines; pero lo que no sabeis, y por eso os lo voy á decir, es que siempre que vais á un baile, á un café ó á una tertulia, dejando á vuestros chiquitines en casa, el diablo se mete en ella cuando vosotras abris la puerta para salir.

LA PORTERÍA DEL CIELO.

I

El tio Paciencia era un pobre zapatero remendon que ganaba honradamente el pan, mete que mete la lezna y tira que tira del cáñamo, en un portal de Madrid, y debia el apodo con que era conocido á la resignacion con que durante su vida habia sufrido los muchos trabajos que el Señor le habia dado.

Allá por la época constitucional de 1820, era ya muchacho de quince á diez y seis años, pero tenia la inocencia de un niño de ocho, y como oyese decir que todos los hombres eran iguales, preguntó á su maestro si era verdad aquello.

—Ríete de semejantes dichos,—le contestó el maestro.—Sólo en el cielo son los hombres iguales.

El muchacho sintió que no lo fuesen tambien

en la tierra; pero se consoló con que lo fuesen en el cielo, y cuando algun parroquiano de la zapatería convidaba al maestro á echar una copa en la taberna de al lado, decia para sí el pobre aprendiz:

—Es lástima que no seamos todos los hombres iguales en la tierra como en el cielo, porque si fuese así, ese parroquiano no me diferenciaria del maestro, y como el maestro, iria yo á echar mi copita en la taberna de al lado; pero paciencia, que en el cielo serémos tòdos iguales.

Tocóle la quinta dos años despues, y entónces tuvo más motivos que nunca para lamentarse de que los hombres no fuesen iguales en la tierra como en el cielo, porque en su compañía habia soldados distinguidos y cabos y sargentos y oficiales que probaban ser verdad lo que su maestro le habia dicho tocante á la igualdad humana; pero se consolaba tambien pensando que en el cielo serian todos iguales.

Volvió de servir al rey, y aprovechando lo poco que habia aprendido de zapatería, se estableció en el portal consabido, y allí pasó el resto de su vida, consolándose de sus penas y privaciones con la esperanza de ir al cielo y gozar de la igualdad que no habia encontrado en la tierra.

En el piso principal de la casa cuyo portal ocupaba, vivia un marqués, que le hubiera dado

muy malos ratos con el espectáculo de su opulencia, á no ser el marqués un señor muy bueno, á no ser tanta su paciencia, y sobre todo, á no ser tanta su esperanza de decir un dia al marqués en el cielo: «Amiguito, aquí todos somos iguales».

Pero no era sólo el marqués del piso principal el que le hacía sentir que en la tierra no fuesen todos los hombres iguales como en el cielo, pues hasta sus amigos más íntimos pretendian diferenciarse de él. Estos amigos eran el tio Mamerto y el tio Macario, hombres de tan buena conducta, que el tio Paciencia no podia vivir sin su honrada compañía.

El tio Mamerto tenia una aficion bárbara á los toros, y la echaba de inteligentísimo en materia de tauromaquia. Cuando en tiempo de Fernando VII se creó una escuela para enseñar esta *ciencia* (¡aprieta, manco!), estuvo á punto de ser nombrado *catedrático* de ella, y este precedente le hacía considerarse superior al tio Paciencia, quien reconocia esta superioridad y se consolaba pensando que si su querido amigo y él no eran iguales en la tierra, lo serian en el cielo.

El tio Macario era muy feo, y se casó con una muchacha muy guapa; pero le salió su mujer tan perra, que no tenia el diablo por donde desecharla. Al cabo de veinte años de peloteras y otras cosas que por decencia se callan, se le murió la

bribona de su mujer, y el buen hombre quedó como en la gloria; pero al fin y al cabo se encalabrinó con otra muchacha, que era tambien como una rosa, y se casó con ella, á pesar de que su amigo el tio Paciencia trató de quitárselo de la cabeza, considerándolo una enorme tontería. Como el tio Paciencia nunca habia conseguido que las mujeres le quisieran, y habian querido á pares al tio Macario, éste creia tener cierta superioridad sobre el tio Paciencia, quien no podia ménos de reconocerla, y hubiera pasado malos ratos, á no considerar que su buen amigo y él serian iguales en el cielo, ya que no lo eran en la tierra.

El tio Mamerto era capaz de ir al fin del mundo por ver una corrida de toros; tanto, que solia decir:

—Por una corrida de toros dejo yo la gloria eterna.

A lo cual replicaba escandalizado el tio Paciencia:

—Hombre, no digas bestialidades.

Un dia que se asaban los pájaros habia novillos en Getafe, y el tio Mamerto fué á verlos á patita y andando, y al volver cayó en cama con un tabardillo, y tabardillo fué, que se le llevó al otro mundo.

Aquel mismo dia estaba muy malo el tio Macario, de resultas de un sofocon que le habia dado

su mujer, pues si la primera se los habia dado grandes, la segunda se los daba morrocotudos. Su mujer, que no desperdiciaba ripio para quitarle cuanto ántes de en medio, se apresuró á darle la noticia de que el tio Mamerto habia estirado la pata, y el pobre tio Macario, que estaba ya para pocos sustos, estiró la suya apénas supo que su amigote habia cerrado el ojo.

Ya he dicho que el tio Paciencia no podia vivir sin sus dos amigos, porque los queria entrañablemente. Extrañando que en todo el santísimo dia no hubiesen pasado por el portal á echar en su compañía un párrafo y un cigarro, cuando dejó el trabajo al anochecer fué á buscarlos y supo que ambos habian muerto. Aquella terrible noticia fué para él un escopetazo, y aquella misma noche tomó tras ellos el camino del otro mundo, con el consuelo de que pronto se iba á ver donde todos los hombres son iguales.

Toda la vecindad sintió mucho la muerte del tio Paciencia, pues todos tenian tal confianza en su honradez y su carácter servicial, que cuando tenian que cambiar billetes del Banco de España se los entregaban al tio Paciencia, y éste se exponia á morir reventado por cambiarlos.

A la mañana siguiente de morir los tres pobres amigos, el bruto del ayuda de cámara del marqués, cuando entró el chocolate á su amo, tuvo

la imprudencia de decir á éste que el zapatero del portal habia muerto al saber que habian espirado casi de repente dos amigos suyos. Y como el marqués era un señor muy aprensivo, y por aquellos dias se decia si habia ó no cólera en Madrid, se asustó tanto con la salida de pié de banco del ayuda de cámara, que pocas horas despues era cadáver, con gran sentimiento de los pobres del barrio, pues era un señor muy caritativo. Y por todo el barrio no se oia más exclamacion que ésta:

—¡Qué barbaridad la gente que muere!

II

El tio Paciencia emprendió el camino del cielo muy contento con la esperanza de gozar eternamente de la gloria, de vivir en un mundo donde todos los hombres eran iguales y de encontrar allí á sus queridos amigos Mamerto y Macario. En cuanto á esto último, no dejaba de tener sus dudillas, porque el buen hombre decia con mucha razon:

—¡Qué lance fuera que á aquéllos no les hayan querido abrir las puertas del cielo! Ellos siempre fueron hombres de bien á carta cabal; pero la pícara aficion de Mamerto á los toros, y la tontería de Macario de casarse segunda vez habiéndole ido tan mal la primera, me dan muy mala espina.

Para salir algun tanto de dudas, preguntó á un peon caminero si habia visto pasar por allí á dos sujetos de éstas y las otras señas, y el peon le contestó afirmativamente, con lo cual el tio Paciencia continuó su camino cantando más alegre que unas Pascuas.

El camino del cielo era áspero y penoso como un demonio, por lo cual sin duda no se veia en él más que gente pobre y acostumbrada á la fatiga. Chocándole mucho al tio Paciencia no ver á ningun rico entre tanto caminante, decia para sí:

—No es extraño que los señores no hagan este viaje, porque tendrian que hacerle en el caballito de San Francisco. Si pudieran hacerle en coche, mil demontres me lleven si no veíamos por aquí más carretelas que en el Prado y la Fuente Castellana.

El tio Paciencia interrumpió sus reflexiones viendo venir de hácia el cielo un hombre que lloraba como un becerro y daba muestras de la mayor desesperacion. Aquel hombre era nada ménos que el tio Mamerto.

Al tio Paciencia le dió un brinco el corazon, anunciándole alguna desgracia, cuando reconoció á su amigo.

—¿Qué te pasa, hombre?—preguntó al tio Mamerto.

—¡Qué demonios me ha de pasar! Que por

bruto me han cerrado para siempre las puertas del cielo.

—Pero ¿cómo ha sido eso, hombre? Explícate con doscientos mil de á caballo, que me tienes con el alma en un hilo. Siempre habrá sido por tu pícara aficion á los toros.

—Algo ha habido de eso.

—Pues cuéntame lo que ha habido y no seas machaca.

—Llegué á la portería del cielo, y encontré allí una porcion de personas que aguardaban á entregar el pasaporte para el otro mundo. El portero que revisaba los papeles, con su gran calva á la vergüenza y su manojo de llaves en la mano, gastaba mucha calma y molia á todo dios con preguntas y respuestas ántes de permitir la entrada. Yo, que, como era natural, tenia gana de colarme cuanto ántes dentro, dije para mí: «¿Qué va á que este viejo con su pesadez me tiene aquí hasta la noche? No, pues como se descuide un poco, me cuelo dentro, aunque luégo me saquen de una oreja, que ese señor debe ser muy aficionado á ellas, como lo prueba la que rebanó al pobre Malco». Poco despues veo que el tal portero arma una pelotera con un pobre diablo á quien no dejaba éntrar, so pretexto de si habia sido ó no aficionado á toros. «¡Ciertos son los toros! dije yo al ver aquello. El abuelo ése me va á tener aquí fasti-

diado hasta las mil y quinientas, y si llega á oler que tambien he sido aficionado á corridas, me niega la entrada como á ese otro». ¿Y qué hago? Así que el portero da una media vuelta, ¡schif! me cuelo dentro. Daba yo gracias á Dios por haberlo hecho, porque dentro estaba uno como en la gloria, cuando le da la gana al portero de contar los que estaban en la portería, y nota que le falta uno.—«¡Uno me falta! grita hecho un soliman. Y apuesto una oreja á que es el madrileño. De Madrid habia de ser él para que no fuera gato; pero ¡juro á brios que yo le he de ajustar las cuentas!»—«Señor, le dice un aduladorzuelo que tenia traza de cortesano, ¿quiere usted que yo le saque de una oreja?»—«Déjese usted de orejas, hombre», contesta el abuelo. Y llamando á unos músicos á quienes ponia muy buena cara, porque parece que se los habia recomendado Santa Cecilia,—«Toquen ustedes, les dice, salida de toro». Y los músicos la tocan, y yo, bruto de mí, al oir aquel toque, creo que hay corrida de toros en la portería, y salgo á verla como una saeta, y entónces el portero cierra la puerta y me deja fuera con un palmo de narices, diciéndome:—«¡Vaya usted al infierno, que aficion á toros como la de usted no tiene perdon de Dios!» Y aquí me tienes, querido Paciencia, que voy camino del infierno por mi condenada aficion á la tauromaquia.

El tio Paciencia prorumpió en amargo llanto al ver la infelicidad de su pobre amigo, á quien no echó un buen sermon, considerando que ya sería predicar en desierto, y ambos continuaron su camino, el tio Paciencia el del cielo, que era cuesta arriba, y el tio Mamerto el del infierno, que era cuesta abajo.

—¿Qué va á que á mí tambien me sucede algun percance en la portería? Se conoce que el señor portero tiene un geniecito endemoniado.

Así decia el tio Paciencia conforme caminaba, cuando vió que venía otro hombre de hácia el cielo. Aquél no lloraba ni se arrancaba los pelos como un condenado; pero traia la cabeza baja y denotaba una profunda tristeza.

—¡Calla!—dijo el tio Paciencia.—¡Mil demonios me lleven si ése no es el tio Macario! ¡Toma! ¡Pues es el mismo!

Y en efecto, el tio Macario era el de la cabeza baja.

Los dos amigos se abrazaron conmovidos.

—¿Tú por aquí, Paciencia?—dijo el tio Macario.—¿Adónde vas, hombre?

—¿Adónde he de ir? Al cielo.

—Difícil será que entres.

—¿Por qué?

—Porque es muy difícil entrar allí

—¿Y en qué está la dificultad?

—En que el portero es el viejo más cócora que yo me he echado á la cara. Mira tú, si no, lo que me ha pasado á mí con él...

—Pero ¿qué te ha pasado, hombre?

—¡Una friolera! Llegamos otro y yo á la puerta, llamamos, y sale el portero con su calva descubierta y su manojo de llaves en la mano.—«¿Qué querian ustedes?» nos pregunta.—«¡Vaya una salida! contesto yo. ¿Qué hemos de querer sino entrar?»—«¿Es usted casado ó soltero?» pregunta á mi camarada.—«Casado», le contesta.—«Pues pase usted, que basta esa penitencia para ganar el cielo, por gordos que sean los pecados que se hayan cometido». Y mi compañero se coló dentro.—«¡Arrea! dije yo para mí. Pues si éste ha ganado el cielo con haberse casado una vez, mejor le habré ganado yo con haberme casado dos veces». Y fuí á colarme tras de mi compañero.—«¿Adónde va usted?» me preguntó el portero, deteniéndome de una oreja.—«Hombre, le repliqué, ¿tiene, usted gana de que le regalen el oido? Voy al cielo».—«¿Es usted casado ó soltero?»—«Casado dos veces, á falta de una».—«¿Dos veces?»—«Sí señor».—«Pues vaya usted al limbo, que en el cielo no entran tontos como usted». Y aquí me tienes, querido Paciencia, que voy camino del limbo. ¡Vamos, si las cosas que á mí me suceden!...

—Te está muy bien empleado,—dijo el tio Paciencia, entre compadecido é indignado de la tontería de su amigo.—¿No te decia yo que no tenia perdon de Dios el casarse dos veces? Pues anda, hijo, que harto bien librados salen los tontos con vivir sin pena ni gloria.

Lejillos estaba el tio Paciencia de tenerlas todas consigo al acercarse á las puertas del cielo, porque las noticias que le habian dado del geniecito del portero eran para intimidar al más pintado.

—Vamos, tio Paciencia,—se decia á sí mismo,—es menester que la tengas en esta ocasion, porque si logras catequizar al portero, te cuelas dentro, y ¿quién te tose á tí entónces? Señor, ¿que el abuelo es quisquilloso y regañon y curiosete, como todos los de su oficio? ¡Cómo ha de ser! Hay que hacerse cargo de que el pobre es un viejecito que no puede ya con los calzones, y con los viejos hay que ser indulgente como con los niños, porque los extremos se tocan. Ademas, la paciencia es una virtud que el mismo Jesus recomendaba al apóstol San Pedro, segun aquel cantar que dice:

Como San Pedro era calvo,
le picaban los mosquitos,
y el Maestro le decia:
—¡Ten paciencia, Periquito!

En éstas y las otras, el tio Paciencia divisó las puertas del cielo, y se estremeció de alegría, considerando que estaba ya á medio kilómetro de un mundo donde todos los hombres eran iguales.

Hala, hala, llegó por fin á la portería y vió que no habia en ella un alma, de lo que se alegró muchísimo, porque así no se exponia á morir reventado, como cuando iba á cambiar billetes en el Banco de España.

Dió un aldabazo muy moderado, y un viejo que no tenia un pelo en la cabeza abrió el ventanillo y le preguntó:

—¿Qué se le ofrecia á usted?

—Buenos dias, señor,—contestó el tio Paciencia con la mayor humildad, quitándose el sombrero;—¿está usted bueno?

—Bueno; pero ¿qué queria usted?

—¿Y la parienta y los niños?

—Hombre, no sea usted molino, y diga qué se le ofrece.

—Usted ha de perdonar, señor. Pues nada, yo venía á ver si me permitia usted entrar.

—Siéntese usted en ese banco, y espere á que venga más gente, que no es cosa de andar abriendo y cerrando á cada paso este condenado porton, que pesa más que un marido jugador.

—Está muy bien, señor, y usted ha de dispensar.

—Está usted dispensado.

El abuelo cerró el ventanillo, y el tio Paciencia, á quien las últimas palabras del portero volvieron el alma al cuerpo, se sentó en un banco, matando el tiempo con el siguiente soliloquio:

—Efectivamente que el señor portero es un poquillo vivo de genio. ¿Quién demonio iba á creer que se habia de incomodar porque uno le saludase como Dios manda? Pero se conoce que á pesar de su genio es un santo. Pues señor, esperemos en el banco de la paciencia.

Estaba el tio Paciencia entretenido en liar un cigarro, cuando, oyendo un escandaloso aldabazo, que á poco más hace astillas la puerta, alzó la cabeza y se encontró con que el que con tanto fuero llamaba era nada ménos que su vecino el marqués.

—¡Con la cabeza!—dijo desde adentro el portero al oir el aldabazo.—¿Quién es el bárbaro que llama así?

—El excelentísimo señor marqués de la Pelusilla, grande de España de primera clase, caballero de todas las cruces nacidas y por nacer, senador del reino, etc., etc.

Al oir esto el portero, abrió de par en par la puerta, tronzándose el espinazo á fuerza de reverencias, y exclamando:

—Perdone vuecencia si le he hecho esperar un

poco, que yo ignoraba que tanto bueno tuviéramos por acá. Pase vuecencia, señor marqués, que segun el jaleo que empieza á armarse por allá dentro, ya ha corrido la voz de que tenemos por estos barrios al caballero más ilustre y rico de España.

Y en efecto, el cielo estaba ya alborotado con la llegada del marqués, á quien se empezaba ya á improvisar un recibimiento de todos los demontres.

Las campanas se echaban á vuelo; los cohetes rasgaban el aire por todas partes; no habia ya un balcon ni una ventana que no luciese una rica colgadura, ó cuando ménos una modesta colcha de cama; las imprentas vomitaban versos (¡eg, qué asco!) en alabanza del marqués; los chiquillos se desgañitaban dando vivas á su excelencia; las vírgenes dejaban la costura, y plantándose el vestido blanco y la corona de flores, tomaban la lira y tocaban y cantaban que se las pelaban; desde las murgas callejeras hasta la orquesta del teatro Real hacian oir sus armonías, y todo era fiesta y regocijo y jaleo. Hasta el portero, al volver á cerrar la puerta, dió una zapateta en el aire, exclamando:

—¡Viva la Pepa, que hoy es dia de echar una cana al aire!

—¡Sí, como no eches la cabeza!...—dijo por

lo bajo el tio Paciencia, más quemado que un pisto manchego con lo que estaba viendo.

El jaleo seguia por allá dentro, y el tio Paciencia, que lo oia, continuaba soliloquiando en estos términos:

—¡Vamos, si lo estoy viendo y no lo creo! ¡Con que me paso la vida sufriendo con santa paciencia todos los trabajos, y humillaciones de la tierra creyendo que en el cielo son todos los hombres iguales, y por consiguiente, en él me he de desquitar de todas mis penas, y así que llego á las puertas del cielo presencio la prueba más irritante de desigualdad que en toda mi pícara vida me he echado á la cara!... ¡Con que aquí, lo mismo que en la tierra, á mí, porque soy un pobre zapatero, se me ha de tener como un pasmarote esperando en la portería, y al marqués, porque es marqués y rico y viene cargado de cruces y calvarios, se le ha de abrir inmediatamente la puerta y se le ha de recibir con repique de campanas y cohetes y músicas y colgaduras y versos!... ¡Por vida del otro dios, que esto es para freirle la sangre á un santo!... Pero... ¡paciencia, señor, paciencia!... Por fin, si logro colarme dentro, que ya lo veo dificililllo, me podré dar con un canto en los hocicos, porque ahí dentro se debe estar divinamente, á juzgar por lo poco que vi cuando el viejo ése abrió la puerta al mar-

qués, y por la deliciosa tufarada que sale cuando abren la puerta ó el ventanillo.

La apertura del ventanillo sacó al tio Paciencia de sus cavilaciones, y por el ventanillo apareció la calva del portero, que se asomaba á ver si habia ya gente esperando en la portería.

—¡Calla!—exclamó el portero, reparando en el tio Paciencia.—¿Qué hace usted ahí, hombre?

—Señor,—contestó humildemente el tio Paciencia,—estaba esperando...

—¡Si esperaran tanto las liebres!...

—Como usted no salia...

—Tiene usted razon, que con tantas cosas como tiene uno en la cabeza, se me habia ido el santo al cielo. Voy á abrirle á usted, hombre. ¿Por qué no ha llamado usted, santo varon?

—Ya ve usted, como uno es un pobre zapatero...

—¡Qué zapatero ni qué niño muerto, hombre! En el cielo todos los hombres son iguales.

—¿De véras?—exclamó el tio Paciencia dando un salto de alegría.

—¡Y tan de véras! ¡Pues no faltaba más, hombre, que aquí anduviéramos con categorías ni gaitas! Eso se queda para la tierra. Vamos, véngase usted para adentro.

El portero abrió, no toda la puerta como cuando entró el marqués, sino lo justo para que pu-

diera entrar un hombre, y el tio Paciencia se acercó al cancel, echó una miradita dentro, y se detuvo allí dolorosamente sorprendido. Las vírgenes no abandonaban la costura, ni los chiquillos la escuela, ni una campana tocaba, ni un cohete rasgaba el aire, ni una murga dejaba oir sus armonías, ni una mala colcha adornaba los balcones, ni una imprenta vomitaba versos.

El portero, que se conoce que no tenia pelo de tonto, adivinó la penosa extrañeza del tio Paciencia, y se apresuró á desvanecerla diciéndole:

—¿Qué es eso, hombre, que se ha quedado usted como los santos de Francia?

—¿No me ha dicho usted que en el cielo todos los hombres son iguales?

—Sí señor, y he dicho una verdad como un templo.

—Y entónces, ¿cómo el marqués...

—¡Hombre, qué bobo es usted! ¿No ha leido usted en la Sagrada Escritura que más fácil es que éntre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo?

—No señor, porque como no sé escuela...

—Pues crea usted que es el evangelio. Zapateros, herreros, labradores, mendigos, gentes, en fin, hartas de trabajar y padecer y ayunar, llegan aquí á todas horas, y no tenemos por novedad su llegada; pero se pasan siglos enteros sin que le

veamos el pelo á un señoron como el que ha venido hoy, y cuando viene alguno echamos la casa por la ventana. Con que, ea, vaya usted para adentro, que ya es hora de que descanse.

El tio Paciencia atravesó el cancel, y desfalleciendo de santa alegría, dobló las rodillas y exclamó tendiendo los brazos al Señor, que salia á sú encuentro:

—¡Señor! ¡Bendito seas tú, que das la bienaventuranza eterna á los que padecen en la tierra!

LAS CHANGAS.

I

Vivia en Bilbao un indiano que entre sus grandes riquezas contaba cien barras de oro de cinco arrobas cada una, que habia traido del Potosí, donde se habia enriquecido explotando una mina.

Este indiano tenia, hacía diez años, un criado llamado Martin, natural de Elorriaga, que es un pueblecito de las cercanías de Vitoria. El indiano habia tenido que hacer diferentes viajes á América durante los diez años, y con sólo decir á Martin: «Martin, cuida bien la casa hasta que yo vuelva, que no saldrás de ella sin un buen regalo», Martin le habia cuidado siempre tan bien la casa, que nunca le habia faltado el valor de un maravedí.

Martin estaba ya cansado de servir, y deseaba

volverse á Elorriaga á vivir con su madre, y consolarla en sus últimos años, pues iba siendo ya muy viejecita y no tenia más hijos que él. Es verdad que no habia ahorrado un cuarto de sus soldadas, porque conforme las iba ganando se las iba mandando á su madre; pero decia: «¡Qué demontre! Yo no soy ambicioso, y con el regalo que tantas veces me ha prometido el amo y lo que gane en la aldea, aunque sea arrancando piedras con los dientes, irémos tirando mi viejecita y yo. El amo es bueno; pero esto de comer siempre el pan ajeno, aunque se lo den á uno con buena voluntad, es muy triste.»

Martin se despidió, pues, de su amo, y éste, queriendo cumplirle la promesa que repetidas veces le habia hecho de hacerle un buen regalo y recompensar su fidelidad, le regaló una de las barras de oro que habia traido de América, con lo que Martin partió tan contento una mañanita de verano.

Martin llevaba al hombro la barra de oro envuelta en un pedazo de arpillera, y ántes de llegar á Galdácano, que está dos leguas de Bilbao, iba ya cansado y sofocado con la carga y el calor, y decia para sí, viendo á un caballero que venía hácia él montado en un hermoso caballo:

—¡Qué cosa tan hermosa es el viajar á caballo como viaja ese caballero! ¡No se cansa uno, no

se hace daño en los piés con los condenados guijarros del camino, se ahorra zapatos, y anda uno la jornada en el tiempo que le da la gana! ¡Y que no se alegraria mi viejecita de verme llegar montado en un caballo tan gallardo como ése!

—¡Hola! ¿Parece que vas cansado?—le dijo el caballero cuando emparejó con él.—Mal tiempo es éste para andar á pié y con carga, aunque la que tú llevas no pesará mucho, pues abulta poco.

—¿Que no pesa, dice usted?—le replicó Martin.—Cinco arrobas larguitas de talle.

—¡Pues qué! ¿Es plomo?

—No señor, pero es oro; y si no, véalo usted,—dijo Martin levantando un poco la arpillera.

—En efecto. ¡Qué! ¿Has descubierto alguna mina?

—No señor; me lo ha regalado un indiano á quien he servido diez años.

—Milagro será que pases con ella la cuesta de Urquiola, porque allí anda una partida de ladrones que roban á todo dios.

—¡Por vida del demonio!—exclamó Martin muy malhumorado con esta noticia.—¡Qué lance fuera que este mazacote me costara la vida!

—¿Quieres que cambiemos?

—¿Qué hemos de cambiar?

—Ese mazacote por este hermoso caballo.

—No tengo inconveniente.

El caballero se apeó, ayudó á montar á Martin, y echando la barra de oro al hombro, continuó su camino á pié, miéntras Martin le continuaba á caballo.

El caballo de Martin tenia un trote endemoniado; así era que para cuando llegó á Zornoza, que está á tres leguas de Bilbao, Martin llevaba las asentaderas hechas una carnicería, las tripas hechas un ovillo y la cabeza hecha una olla de grillos.

—¡Por vida del caballo de Cristo padre!—decia Martin desesperado.—¿Qué va á que tengo que cogerle de la rienda y caminar á pié? ¡Pero tonto de mí, que no me habia ocurrido hacerle galopar para que deje el condenado trote! ¡Hala, chiquito!

Y así diciendo, Martin dió dos espolazos al caballo, y el caballo salió á escape como una flecha; pero como Martin era un malísimo jinete, un poco ántes de llegar á Durango, que está cinco leguas de Bilbao, perdió la silla y cayó contra un roble á la orilla del camino.

Un aldeano que venía de la parte opuesta arreando una vaca, corrió en su socorro, y refrescándole la frente con agua que cogió en la boina en un arroyo inmediato, logró que recobrara el sentido, que habia perdido con el batacazo.

Entre tanto, el caballo y la vaca pacian bajo los árboles.

—¡Maldito sea el caballo y la madre que le parió!—dijo Martin así que recobró el uso de la palabra.—En cuanto llegue á Durango, le vendo por lo primero que me ofrezcan, porque no vuelvo á montar en él aunque me den el oro y el moro. ¡Es divertido, como hay Dios, viajar á caballo para desollarse uno las nalgas trotando, ó romperse el bautismo galopando! Mil veces mejor viaja usted tranquilamente tras de su vaca, con el item de que puede usted atracarse de leche cuando le da la gana.

—Pues oiga usted,—dijo el aldeano,—yo, á Dios gracias, tengo muchas vacas, pero no tengo más que un caballo y me hace falta otro para trillar. ¿Quiere usted que cambiemos?

—Corriente,—contestó Martin muy contento.

El aldeano montó en el caballo y continuó su camino, miéntras Martin continuaba el opuesto con su vaca delante, soliloquiando de este modo:

—He hecho un negocio soberbio. Donde quiera que tenga hambre ó sed, paro mi vaquita á la sombra de un árbol, y me atraco de exquisita leche, y así llego á Elorriaga sin gastarme un cuarto en comistrajos ni bebidas de taberna, que cuestan un ojo de la cara y saben á demonios. Una vez en casa, mantengo la vaca con cualquier cosa, me saco buenos cuartos ó voy formando una vacadita con las crias que me vaya pariendo, me

da leche para el gasto de casa, y cuando sea vieja la engordo para la carnicería, y saco de ella para comprar otra jóven. ¿Quién me tose á mí con el negocio que he hecho en Durango? ¡Y que mi viejecita hará malos platos de arroz con leche y natillas con la leche de la vaquita esta!

Al llegar á Mañaria, que está seis leguas de Bilbao, Martin iba ya molido de arrear á la vaca, que con el calor y el cansancio iba despeada y sacaba una cuarta de lengua. Martin tenia hambre y sed, pero no quiso beber en la fuente ni tomar alimento en la taberna, porque dijo para sí:

—Así que subamos la cuesta de Urquiola, descansarémos la vaca y yo, y me daré una buena pechada de leche, que me hará más provecho que el agua fria de Mañaria y el panazo y los guisotes de la taberna.

Tan negro se vió Martin para hacer subir á la vaca la cuesta de Urquiola, que más de una vez perdió la paciencia y dió á la vaca de palos; pero, una vez arriba, creyó que se iba á desquitar de todos sus malos ratos descansando y hartándose de leche á la sombrita de un árbol.

Sacó del bolsillo un vasito y se puso á ordeñar la vaca; pero fuese porque la vaca no se queria estar quieta, fuese porque él era mal ordeñador, ó fuese porque la vaca no tenia leche, lo cierto es que no caia una gota al vaso. El pobre

Martin sudaba el quilo estrujando inútilmente las tetas de la vaca, cuando ésta, no pudiendo ya sufrir más los estrujones, plantó á su amo una coz que le derribó patas arriba, y no contenta con esto, se volvió furiosa, y al verle caido le dió una cornada, que si como fué en el trasero y no hizo más que rasgarle los pantalones, hubiera sido en la parte opuesta, le hubiera echado fuera las tripas.

Renegaba Martin de la vaca, y juraba y perjuraba que en cuanto llegase á á Ochandiano la iba á vender por lo primero que le ofrecieran, cuando emparejó con él un hombre que venía de hácia Ochandiano, arreando con una verdasca un cerdo muy gordo y hermoso.

—¿Qué le ha pasado á usted, hombre?—le preguntó el del cerdo.

—¡Qué me ha de pasar! Que iba á ordeñar un vaso de leche de esa condenada vaca, y me ha dado una coz y una cornada, que á poco más me deja en el sitio.

—¡Ya se conoce que usted entiende poco de vacas! ¿Qué leche ha de ordeñar usted de ésa, si es más vieja que Matusalen y ya sólo sirve para la carnicería?

—¡Por vida del otro dios!...—exclamó Martin desesperado.—¡Y yo que creia llevar una gran cosa para el arreglito de mi casa!

—Para el arreglo de la casa no hay mejor

cosa que un cerdo como éste que llevo yo. Con los desperdicios de la cocina le mantiene usted, y le engorda como sin sentir.

—Y que tiene usted razon.

—¿Quiere usted que cambiemos?

—No tengo inconveniente.

—Pues echemos la robra.

El del cerdo alargó á Martin una bota llena de riquísimo clarete y media tortilla y pan, y despues que merendaron en amor y compañía, continuaron cada cual su camino, Martin hácia Ochandiano con el cerdo, y el desconocido hácia Mañaria con la vaca.

Martin iba contentísimo, no sólo porque habia sacado la tripa de mal año con la robra, sino porque habia hecho un buen negocio con el cambio de la vaca por el cerdo.

—Pues señor,—decia,—he hecho un negocio loco. ¡Poco contenta que se va á poner mi viejecita con su cerdito! Ella, que es tan cuidadosa y económica, le pondrá como una pelota este otoño con cuatro patatas, cuatro manzanas, cuatro castañas y cuatro espigas de borona, y alrededor de Navidad le matamos y pasamos con él un invierno delicioso. ¡Es tontería! Para el gobierno de una casa no hay como un cerdito. ¡Y cómo se ensanchará mi pobre vieja al ver el techo de su cocina lleno de morcillas y longanizas y lomos y perniles!...

¡Y que tiene ella mala mano para salar el jamon de modo que se conserve dulce y aromático todo el año!... ¡Y que así que vengan los tomates hará ella malas fritadas de jamon con tomate!... ¡Vamos, si parece que he nacido de pié, segun la fortuna que tengo para las changas!

En estas reflexiones iba Martin, cuando se encontró con un hombre que llevaba sujeto de las patas un hermoso ganso. Martin, que con la robra y la adquisicion del cerdo estaba muy alegre y tenia muchas ganas de conversacion, la emprendió con el del ganso, preguntándole:

—¿Cuánto ha costado ese avechucho?

—¿Avechucho le llama usted? Tómele usted á peso y verá si lo es.

—¡Caramba si está gordo!—dijo Martin, suspendiendo el ganso de las alas.

—Como que hace dos meses que se le está atracando de carne y avellanas.

—¡Qué! ¿Le lleva usted á vender á Durango?

—No señor, le llevo de regalo á Abadiano.

—Pues señor, bueno es el ganso, pero mejor es un cerdito como éste que yo acabo de cambiar por una vaca.

—¿Dónde le ha cambiado usted?

—Ahí, en Urquiola.

—Pues le aconsejo á usted que no pase con él por Ochandiano.

—¿Por qué?

—Porque debe ser el que le robaron anoche al alcalde.

—¡Qué!—preguntó Martin sobresaltado.—¿Le han robada al alcalde de Ochandiano algun cerdo?

—Sí señor. Y como el alcalde descubra al ladron, de seguro no pára hasta que le eche á presidio por toda la vida.

—¡Por vida de dios Baco balillo!...—exclamó Martin pataleando.—¡Qué lance fuera que este cerdo sea el robado, y sin comerlo ni beberlo, me quedara yo sin el cerdo y encima fuese á presidio!

—Pues está usted muy expuesto á ello.

—¡Por vida del otro dios!...

—Hombre, no se ahogue usted en poca agua. ¿Quiere usted cambiar el cerdo por este ganso?

—No tengo inconveniente.

—Ea, pues ahí tiene usted el ganso y venga el cerdo, que me voy con él por esos andurriales, por si, como yo creo, es el que le han robado al alcalde.

Martin continuó su camino hácia Ochandiano, y el otro, con el cerdo delante, tomó una senda que por la izquierda baja á Abadiano.

Martin estaba contentísimo con el cambio.

—Hay que confesar—decia—que soy hombre de suerte. ¡Vea usted qué milagrosamente me he librado de pudrirme en una cárcel! Luégo he ga-

nado en el cambio, porque me iba á ver negro ántes que llegase á casa con un animal tan pesado como el cerdo. Y aparte de eso, hay que convenir en que el tocinazo y la morcilla es comida muy vulgarota y malsana... ¡Cerdo!... ¡Cochino!... El mismo nombre dice que es cosa muy puerca... Un ganso ya es otra cosa. En primer lugar, puede darse uno tono diciendo hoy que tiene un pato, mañana que tiene un ganso, y otro dia que tiene un ansaron, porque, como dice el refran, pato, ganso y ansaron, tres cosas suenan y una son. ¡Y cuidado que éste es alhaja! ¡Poco contenta se pondrá con él mi viejecita, que es tan aficionada á las aves!... ¡Y malas pepitorias que hará ella con estas ancas tan amarillas y mantecosas!... ¡Y mala almohadita que llenarémos con esta pluma tan suave y tan blanca!... ¡Y mala provision de plumas para el tintero que haré yo con éstas tan gordas y tan hermosas!...

En éstas y las otras, llegó Martin á Ochandiano, que está á ocho leguas de Bilbao, y preguntando con maña, supo que no le habian robado al alcalde tal cerdo ni tal calabaza.

Esto le puso de mal humor, y le hizo mirar con algo de disgusto al ganso, tanto más, cuanto que los herreros de Ochandiano, que son el demonio para chungarse con los pasajeros, empezaron á divertirse con él á propósito del ganso.

—¡Qué!—le preguntaban unos.—¿Has comprado ese avechucho para hablar por boca de ganso?

—¡Qué!—le decian otros.—¿Has pagado el pato en el camino?

—¡Qué!—le añadian los de más allá.—¿Es hermano tuyo ese ganso?

Martin continuó su camino muy quemado con estas pullas y la tunantada del que se habia llevado su cerdo, y un poco más allá de la villa colocó el ganso en el suelo y se fué tras una mata. Cuando más ocupado estaba tras de la mata, vió á traves del ramaje que el ganso se levantaba, y corriendo hácia un riachuelo inmediato, ¡plaf! al agua, patos.

El pobre Martin le persiguió rio abajo, y al fin logró echarle mano, pero se puso hecho una sopa, lo cual le hizo renegar del ganso y decidirse á venderle en Villareal por lo primero que le ofreciesen.

Al llegar á Villareal, que está nueve leguas de Bilbao, se paró á pedir fuego para encender la pipa á un afilador que estaba fumando y cantando en una tiendecilla inmediata al camino.

—¡Hola! Parece que está la gente contenta,—dijo Martin al afilador.

—No hay motivo para estar triste.

—¡Qué! ¿Le va á usted bien con el oficio?

—A pedir de boca. ¿Y á tí con el tuyo?

—Falta que le tenga.

—Duros tienes ya los huesos para aprenderle, si no escoges uno como éste, que no necesita aprendizaje.

—Pues oiga usted, uno como el de usted me convenia á mí. ¿Qué se necesita para ser afilador?

—Nada más que comprar una piedra.

—En cuanto tenga dinero, la compro.

—Hombre, yo tengo una buena, y te la daré barata.

—No tengo un cuarto.

—Lo siento; pero para que veas que deseo servirte, te la daré por ese ganso.

—Estamos conformes.

El afilador se quedó con el ganso, y Martin, cargado con la piedra de afilar, continuó su camino, hala, hala, por aquellas hermosas llanuras de Álava.

—Pues señor,—decia Martin para sí,—está visto que para hacer changas me pinto solo. Vea usted, si no, cómo yo, que no tenia oficio ni beneficio, me encuentro de manos á boca con un oficio de los buenos. En cuanto llegue á casa, monto mi piedra de afilar, planto un anuncito en los periódicos de Vitoria, y ya me tiene usted ganando lo que me dé la gana sin salir de mi casita, porque de seguro se hacen parroquianos mios

los cuarenta y tres pueblos que rodean á Vitoria. ¡Y poco contenta que se pondrá mi viejecita al saber que su hijo vuelve á casa con un oficio de los mejores!

El calor apretaba de firme y hacía chirivitas en la llanura.

Martin no podia ya con su alma, con el calor y la piedra, que pesaba como un demonio; pero se acercaba ya á Vitoria, que está once leguas de Bilbao, y ya veia blanquear á Elorriaga, que está media legüecita más allá de Vitoria.

—¡Por vida del otro dios,—decia,—que estoy ya con ganas de soltar esta condenada piedra!

Viendo á la orilla del camino el cauce de un molino que llevaba mucha agua y era muy profundo, descargó la piedra en el suelo para beber un trago de agua en el cauce. La orilla del cauce estaba llena de cieno, y Martin colocó sobre él la piedra para echarse de pechos sobre ella y beber de bruces. Bebió, y al ir á levantarse, empujó sin querer la piedra, y ésta despareció en la profundidad del agua.

—¡Gracias á Dios—exclamó Martin—que me he librado de estorbos! Si piensa la piedra que me he de dar un remojon para sacarla como me le dí para sacar del rio al ganso, no se lleva mal chasco! Quédese en el agua, que, á Dios gracias, no es ninguna barra de oro.

Y así diciendo, continuó tan contento su camino, pensando lo que se iba á alegrar su viejecita al verle.

En efecto, su viejecita se volvió chocha cuando le vió.

—Con que vamos,—le preguntó, despues de las lagrimitas y el besuqueo consiguientes,—¿qué tal dejas al amo?

—Tan bueno y tan contento por lo bien que le he servido. ¡Vaya un regalito que me hizo al partir!

—¿Qué te regaló?

—Una barra de oro de cinco arrobas larguitas de talle.

—¡Jesus qué riqueza! ¿Vendrás reventadito con tanto peso?

—No, madre, porque como me pesaba tanto, y hacía tanto calor, la cambié por un caballo muy hermoso.

—Hiciste bien, hijo, que más vales tú que todo el oro del mundo, y así, cuando vayas á cualquier parte, irás montadito como un señor.

—Sí, pero como el caballo tenia mal paso y era demasiado fogoso, le cambié por una vaca.

—¡Qué bien hiciste, hijo! ¡Para que el tal caballo te hubiera estrellado el mejor dia! ¡Mal año para él! Verás, verás qué quesitos y qué natillas hago yo con la leche de la vaquita.

—Es el caso, madre, que luégo resultó que la vaca era muy vieja, y la cambié por un cerdo.

—¡Hiciste perfectamente, hijo! ¡Una vaca vieja! ¡Eh! ¿De qué vale eso? Para vejestorios, bastantes tienes con tu madre... Un cerdito ya es otra cosa. Voy á bajarle al pobre animal un poco de borona...

—No se incomode usted, madre, que le cambié por un ganso, porque supe que era robado.

—¡Robado! ¡El Señor nos asista! Hiciste bien, hijo, en deshacerte de él cuanto ántes. ¡Mire usted los ladronazos!... ¡Señor, que ni el copon ha de estar seguro en estos tiempos!... ¿Con que le cambiaste por un ganso, eh?... Malos asaditos harémos con el ganso por la pascua de Navidad!

—Madre, es el caso que como los herreros de Ochandiano me hacian burla al verme cargado con el ganso, me incomodé y le cambié por una piedra de afilar con ánimo de ponerme á afilador.

—¡Bien hecho, hijo mio! ¡Mire usted los picarones de los herreros! ¡Anda, que vayan á burlarse de la cabra de su madre!... Me alegro de que te pongas á afilador, porque así te tendré siempre en casita...

—No puedo ponerme, madre, porque la piedra se me cayó al agua...

—¡Anda con Dios, hijo, peor fuera que te hubieras tú caido! ¡Una piedra de afilar! Hiciste bien

en no entrar al agua por ella. ¡Mire usted que barra de oro perdias!...

—¡Ay, madre!—exclamó Martin dándose una palmada en la frente.—Ahora caigo en que he perdido la barra de oro que me dió el amo.

—Estás equivocado, hijo mio, que la tengo yo aquí convertidita en onzas de oro.

Y al decir esto, la viejecita abrió el arca y enseñó á su hijo cien onzas de oro como cien soles, en que, á fuerza de industria y economía, habia convertido las soldadas que durante diez años le habia ido enviando su hijo.

—¡Madre!—dijo Martin abrazando á su viejecita.—¡Qué felices somos!

—¡Sí, hijo mio!—le contestó la viejecita.—Y lo seríamos aunque no tuviésemos un cuarto, porque la felicidad de este mundo no está en lo que se tiene en el arca, que está en lo que se tiene en el corazon.

MARI-SANTA.

I

Lo que voy á contar pasó hace más de cuatrocientos años, ó lo que es lo mismo, cuando San Vicente Ferrer andaba por el mundo, asombrándole con su predicacion y sus milagros.

Mari-Santa era hija de un pobre marinero de Bilbao, y debia la primera parte de su nombre al cura que la bautizó, y la segunda al pueblo, que la tenia por una santa. Si no era una santa tal como la Iglesia quiere que sean las que coloca en sus altares, poco le faltaba, porque desde niña se habia consagrado al consuelo de los afligidos.

¿Lloraba un niño en las riberas del Ibaizábal? Una niña que jugaba en estas riberas abandonaba presurosa sus juegos infantiles para consolar al niño, que al punto trocaba su llanto en risa, porque la palabra de aquella niña tenia una dulzura

que calmaba todos los dolores y dulcificaba todas las afliciones.

¿Consumian las llamas la pobre casería de un labrador en las repúblicas de Abando, Begoña ó Deustúa, y el labrador y su familia lloraban sin consuelo viéndose de repente sin techo con que cobijarse ni pan que llevar á los labios? Una compasiva doncella aparecia entre aquella desconsolada familia, y su dulce y persuasivo acento infundia consuelo y esperanza y resignacion á aquellos desventurados.

¿Lloraba una madre de familia la pérdida de su esposo ó su hijo? La humilde hija de un marinero corria á su lado y llevaba el consuelo á su corazon, sólo con el poder de su palabra, dotada de un encanto y una persuasiva irresistibles.

La que empleaba así su vida en consolar á los afligidos, era conocida en todo el valle del Ibaizábal con el nombre de Mari-Santa.

II

El apóstol Vicente Ferrer, el segundo Pablo, el clarin del Evangelio, como con razon le llama su biógrafo Valdecebro; el trueno de Europa, como con más razon en el fondo que buen gusto en la forma le califica Granda, historiador de la basílica de Begoña, llegó al valle del Ibaizábal, asombrando con su elocuencia y sus milagros á las tres

provincias vascongadas, como habia asombrado á las restantes de España y muchas de Europa.

A propósito de los milagros de San Vicente Ferrer, quiero hacer una pregunta á los que no creen en milagros. Pase que haya quien dude de los que piadosamente ha atribuido el pueblo á tal ó cual siervo de Dios, porque la misma Iglesia duda de ellos miéntras no tiene grandes pruebas de que son verdaderos; pero ¿es posible que haya quien dude de los de San Vicente Ferrer, que por espacio de un siglo y en número infinito estuvieron asombrando á Europa y se verificaban muchísimas veces en presencia de veinte ó treinta mil personas? Sabido es que el santo apóstol decia á su compañero: *Toqueu á milacre*, y al toque de la campana llamada de milagros se reunian en torno del apóstol millares de enfermos que sanaban instantáneamente así que el apóstol ponia su mano en ellos. Puede equivocarse ó alucinarse una persona, pero no millones de ellas; puede equivocarse ó alucinarse una poblacion, pero no millares de poblaciones; puede durar la equivocacion ó alucinacion un dia, pero no un siglo.

Vicente Ferrer predicaba en lemosin ó valenciano en la iglesia de Santiago de Bilbao, y le comprendia perfectamente el pueblo, que casi en su totalidad no sabía más lengua que la vascongada, que entónces era casi la única que se habla-

ba en Vizcaya. Por la noche, convencido sin duda de que el cielo está más cerca de los montes que de la tierra llana, como dice un cantar vascongado, iba á descansar de sus gloriosas fatigas en una pobre casería situada en la cordillera que se extiende entre Gangúren y Bérriz, donde en aquellos tiempos se llamaba Campo de la Lid, y hoy se llama Santo Domingo, porque el apóstol valenciano erigió allí un templo, que ha subsistido hasta nuestros dias, al santo fundador de la órden dominicana, cuyo hábito vestia Vicente Ferrer.

Contáronle en Bilbao las piadosas tareas en que Mari-Santa empleaba la mayor parte de su vida, y aquella noche, al llegar á su humilde asilo de la montaña, hincóse de rodillas, alzó los ojos y el corazon al cielo, y pidió á Dios que si un dia enviaba la tribulacion á la doncella que se consagraba al consuelo de los afligidos, le enviase tambien el consuelo.

Apénas el siervo de Dios formuló esta súplica, el Señor le anunció que la habia acogido propicio.

III

Mari-Santa se unió con un honrado mancebo que, como el padre de Mari-Santa, ganaba el sustento dedicándose á la marinería, y un año despues dió á luz un hermosísimo niño.

Cuando cumplia este niño tres años, enfermó de repente, y á pesar de los cuidados de su tierna y amantísima madre, voló su alma al cielo.

El dolor de Mari-Santa, cuyo marido se hallaba ausente en una larga navegacion, no tuvo límites.

Todos procuraban consolar á Mari-Santa; pero la que encontraba consuelo para todas la aflicciones, no le encontraba para la suya, por más que le recordasen que su hijo se sentaba ya entre los ángeles y habia muerto sin los dolores físicos que comunmente se experimentan en el tránsito de la vida temporal á la eterna.

En la colina de Mallona, subiendo de la villa al santuario de la Vírgen de Begoña, axistia por aquellos tiempos una ermita consagrada á Jesus crucificado, y cada vez que Mari-Santa pasaba por allí se postraba á los piés de Jesus, exclamando:

—¡Gracias, Señor, porque nunca habeis dejado descender la tribulacion á mi alma!

Pero desde que perdió á su hijo, su oracion era ésta:

—¡Señor! ¿Por qué me habeis desamparado?

Una noche bajaba Mari-Santa de consolar á los afligidos en las colinas de Begoña, y segun su costumbre, dobló las rodillas ante el Crucifijo de Mallona.

La noche era oscura, oscura, y el Ibaizábal ru-

gia en el fondo del valle, y el mar bramaba á lo léjos, y las fieras aullaban en las laderas de Archanda y Pagazarri, que entónces estaban cubiertas de altos y espesos matorrales.

—¡Señor! ¿Por qué me habeis desamparado?—exclamó Mari-Santa con más dolor y desconsuelo que nunca.

—¡Torna la vista!—le contestó una voz que parecia salir de los labios del Crucificado.

Mari-Santa tornó la vista hácia las lóbregas vertientes del Pagazarri, y una vision singular se ofreció á sus ojos: allá á lo léjos, á lo léjos, vió el cadáver de un mancebo pendiente de un patíbulo, y al pié del patíbulo dos ancianos que lloraban y procuraban taparse el rostro con las manos para ocultar su vergüenza. ¡El mancebo ajusticiado se parecia prodigiosamente á su hijo, y los ancianos se parecian prodigiosamente á ella y su marido!

Mari-Santa comprendió, llena de júbilo y consuelo, el significado de aquella maravillosa vision, y desde entónces nunca pasó por la colina de Mallona sin exclamar prosternada á los piés del Crucificado:

—¡Gracias, Señor, porque llevásteis á vuestro seno á mi hijo ántes que fuese indigno de él!

LA AMBICION.

En un imperio, cuyo nombre calla la historia, porque esta señora opina, como yo, que no debe uno meterse á decir lo que no sabe, vivian en un miserable establo un pobre jornalero y su mujer. Juan y Ramona, que así se llamaban, aunque Juan era más conocido por el mote de *Mejorando-lo-presente*, que le daban porque, viniese ó no á pelo, nunca se le caia de los labios esta muletilla. Juan y Ramona eran tan desgraciados, que ni techo con que guarecerse hubierán tenido, á no haberse compadecido de ellos un labrador de la provincia de Micomican, que les dió para vivir una tejavana que en otro tiempo habia servido de establo al ganado de aquel labrador.

—Mal estamos en un establo,—decia Juan;—pero debemos conformarnos con nuestra suerte, pues, mejorando lo presente, Dios con ser Dios habitó en un establo cuando se hizo hombre.

—Tienes razon,—contestaba Ramona.

Y ambos trabajaban, si no felices, al ménos resignados, Juan donde le llamaban á ganar un jornal de dos pesetas, y Ramona en el gobierno de la casa, si casa se puede llamar á un establo.

El emperador era muy aficionado á vivir en el campo, y tenia muchos palacios de diferentes categorías en la provincia de Micomican.

Un dia estaba Juan trabajando en una huerta cerca del camino, cuando á lo léjos vió venir el coche del emperador, corriendo como alma que lleva el diablo.

—Apuesto—dijo Juan—á que á su majestad se le han desbocado los caballos y le va á suceder alguna desgracia. Sería una lástima como hay Dios, porque, mejorando lo presente, el emperador vale un imperio.

No se equivocaba Juan: los caballos del emperador iban desbocados, y el emperador gritaba:

—¡Ay, pobre de mí! ¡Me voy á romper el bautismo por algun derrumbadero de éstos! ¿No habrá un hijo de cabra que me socorra? ¡Al que se tire al morro de estos condenados caballos le daré aunque sea la camisa que tengo puesta!

Pero nadie se atrevia á tirarse al morro de los caballos, porque éstos iban furiosos; y lanzarse á detenerlos, era lanzarse á la eternidad.

Juan, indignado de la cobardía de los otros

trabajadores, y movido por su amor al emperador y por su natural propension á hacer bien sin mirar á quién, se tiró al morro de los caballos, y consiguió detener el coche, con asombro del mismo emperador, que no daba ya por su vida un ochavo.

—Pídeme lo que quieras,—le dijo el emperador,—que todo me parece poco para recompensar al que me ha prestado un servicio tan morrocotudo.

—¡Señor!—le dijo Juan.—Yo, mejorando lo presente, soy un pobre jornalero, y el dia que no tengo donde ganar un par de pesetas, ayunamos mi mujer y yo. Con que si vuestra majestad me asegurara el jornal, que llueva, que haga bueno, mi mujer y yo nos daríamos con un canto en los hocicos, porque somos gente que nos contentamos con poco.

—Ya se conoce. Ea, pues lo tienes concedido. El dia que no tengas jornal en otra parte, te vas á cualquiera de mis palacios, y te entretienes aunque sea en limpiar los comunes.

—¡Gracias, señor!

—¡Eh! No hay de qué darlas. Eso es una porquería.

El emperador continuó su camino tan contento, y Juan continuó su trabajo pensando en el alegron que iba á dar á su mujer cuando fuera á la

noche á casa y le dijera que tenia asegurado el jornalito para todos los dias, que lloviese ó que hiciese bueno.

En efecto, su mujer se alegró mucho cuando le dió tan buena noticia. Cenaron, y se acostaron en paz y gracia de Dios, y Juan durmió como un bienaventurado; pero Ramona se pasó la noche dando vueltas en la cama, como el que tiene algun pesar ó algun deseo que le desvela.

—¿Sabes lo que he estado pensando toda la noche, Juan?—dijo Ramona por la mañana.

—¿Qué?

—Que ayer fuiste un tonto en pedir tan poco al emperador.

—¿Pues qué más le habia de pedir?

—Que nos diera para vivir una casita algo más cómoda y decente que este pícaro establo.

—Tienes razon, mujer; pero ya no tiene remedio.

—Puede ser que le tenga.

—¿Cómo?

—Mira, vas á ver al emperador y se la pides.

—¡Sí, ahora he de ir con esa embajada!

—¡Y tres más que irás!

—Vamos, mujer, no te incomodes. ¡Jesus, qué genio tienes! Iré, y Dios quiera que su majestad no me despida con cajas destempladas, aunque, mejorando lo presente, es un señor muy llano.

Hala, hala, Juan se encaminó al palacio del emperador, y éste le dió audiencia en cuanto llegó.

—¡Hola, Juan!—le dijo su majestad.—¿Qué traes por aquí, hombre?

—Señor,—contestó Juan un poco avergonzado,—mi mujer, mejorando lo presente, es más buena que el pan; pero ya se ve, el establo en que vivimos es tan rematado, que estamos deseando perderle de vista, y aquélla ha dicho esta mañana: «Si su majestad, que es tan bondadoso, nos diera una casita algo mejor que ésta, ¿quién nos tosia á nosotros?»

—¿No es más que eso lo que tu mujer quiere? Pues concedido lo tiene. Ahora mismo voy á dar órdenes para que pongan á su disposicion la casita blanca. Pasa al comedor á tomar un bocado y un trago, y en vez de dirigirte luégo al establo, dirígete á la casita blanca, que ya encontrarás á tu mujer instalada en ella.

Juan dió las gracias al emperador por sus nuevas bondades, y pasando luégo al comedor, se puso allí de jamon y vino hasta alcanzarlo con el dedo.

Emprendió nuestro hombre su regreso, y cuando llegó á la casita blanca, su mujer salió á recibirle llorando de alegría.

Y era natural que la pobre Ramona estuviese alegre, porque la casita blanca era una alhaja.

Ocupaba un altito desde el cual se descubria toda la hermosa llanura. Una gran parra moscatela cubria toda la portalada, y bajo la parra habia asientos y cuadritos de claveles y rosales. Las habitaciones de la casa eran una salita muy blanca y muy mona con su sillería, su cómoda y su espejo; una alcoba con su cama tan blanda y tan limpia y tan hermosa, que podia dormir en ella el emperador; una cocinita con todos sus menesteres, entre los cuales se contaba la batería, que brillaba como el oro; y un comedorcito con cuatro sillas, una mesa y un aparador. En el comedor habia una puertecita adornada por la parte exterior con un arco de floridas enredaderas, y por esta puertecita se salia á una huerta, donde habia frutales y flores y hortalizas, y donde retozaba una bandada de gallinas que ponian cada huevo tan gordo como este puño, y perdonen ustedes el modo de señalar.

Llegada la noche, Juan y Ramona cenaron como unos príncipes en su comedorcito, y en seguida se acostaron en su hermosísima cama. Los dos durmieron bien, pero sobre todo Juan, que no movió pié ni mano en toda la noche.

Ramona empezó á ponerse cavilosa al dia siguiente, y Juan notaba que cada vez dormia más inquieta, como que en toda la noche no paraba de dar vueltas en la cama.

—Mujer, ¿qué demonio tienes, que pareces una devanadera toda la noche?—le preguntó Juan una mañana.—Pues lo que es aquí no tenemos pulgas como en el establo.

—Las pulgas poco me quitan á mí el sueño.

—¿Pues qué te le quita, mujer?

—Me le quita la majadería que hiciste en pedir á su majestad tan poco.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!... ¿Te parece aún poco lo que le pedí y nos concedió?

—Sí que me parece. Esta casita es tan pequeña que no se puede una rebullir en ella, y si mañana ú otro dia tenemos chiquillos, nos vamos á ver negros en este tabuco.

Será todo lo que tú quieras; pero ya no tiene remedio.

—Puede que le tenga.

—¿Y cómo le ha de tener?

—Volviendo tú á ver á su majestad y diciéndole que nos dé una casa más grande que ésta.

—¡Anda al ginojo, que yo no quiero irle con semejante embajada!

—¡Pues irás, ó nos verémos las caras!

—Pero, mujer, ¿no ves que se me va á caer la mia de vergüenza?

—Vaya, déjate de conversacion y echa á andar á palacio, si quieres que tengamos la fiesta en paz.

—Pues bueno, iré, mujer, ya que te empeñas en ello.

Juan, que no tenia voluntad propia, lo cual es la mayor desgracia que puede tener el marido que no tiene mujer como Dios manda, tomó el tole hácia el palacio del emperador.

—Por supuesto,—decia entre sí con más miedo que vergüenza,—es muy posible que su majestad me haga bajar las escaleras de cabeza, porque hay que convenir en que ya pasa de castaño oscuro el abuso que de su bondad estoy haciendo. Y me estará bien empleado por mi pícara debilidad.

Los temores de Juan no se realizaron, pues tan pronto como pidió audiencia á su majestad, le fué concedida, y el emperador le preguntó con cara de risa:

—¿Cómo va por la casita blanca?

—Bien, señor.

—¿Y tu mujer, qué tal se encuentra en ella?

—Bien, señor; pero ya sabe vuestra majestad lo que son las mujeres, que si uno les da el pié, se toman la mano. La mia, mejorando lo presente, no tiene tacha; pero dice que si mañana ú otro dia tenemos chiquillos, vamos á estar allí como besugos en banasta.

—Tiene razon. ¿Y querrá, por supuesto, casa más grande?

—Cabales, señor.

—Pues anda y vé al comedor á que te den un piscolábis, y en lugar de volver á la casita blanca, vete al palacio azul, que ya encontrarás allí instalada á tu mujer con la servidumbre que necesita el que vive en un palacio.

Juan dió las gracias al emperador por tantas bondades, y despues de ponerse como una pelota en el comedor, se dirigió contentísimo al palacio azul, que era uno de los que tenia el emperador en aquella llanura.

El palacio azul no era grande ni estaba amueblado con riqueza, pero era muy lindo, y estaba amueblado con sencilla elegáncia. Un criado de librea que recibió á Juan á la puerta, le condujo á la habitacion de la señora. La señora era Ramona, á quien su doncella acababa de vestir uno de los lindos trajes que encontró en su nueva habitacion. A Juan se le cayó la baba cuando vió tan majetona á su mujer.

Juan y Ramona creyeron volverse locos al verse dueños de un palacio cómodo y elegante y servidos por cuatro criados, que eran: un cochero, un lacayo, una doncella y una cocinera.

—Quítate ese traje de palurdo, le dijo Ramona á Juan.—¿No te da vergüenza presentarte con tan poca decencia delante de nuestros criados?

—¡Esta es otra que bien baila!—dijo Juan,

asombrado de la salida de su mujer.—¿Con que yo, que, mejorando lo presente, toda mi vida he estado hozando tierra y otras cosas peores, me he de avergonzar del traje que he llevado toda la vida?

—Pero, condenado á muerte, si tienes trajes correspondientes á tu clase, ¿por qué no te los has de poner?

—¡Mi clase!... ¡Vamos, esta mujer se ha vuelto loca!

—¡Juan, vete á tu habitacion á mudarte, y no me tientes la paciencia, que ya sabes que tengo malas pulgas!

—No te incomodes, mujer, que ahora voy,—dijo Juan, dirigiéndose á la habitacion de donde habia visto salir á Ramona.

—¡Torpe!—le dijo ésta, deteniéndole y señalándole otro cuarto.—Esa habitacion es la mia, y la tuya es aquélla.

—¡Otra te pego, Anton! ¿Con que la habitacion de mi mujer no es tambien mia?

—No; eso es entre la gente ordinaria, pero en nuestra clase, no.

Juan se dejó de disputas, y entrando en la habitacion que se le habia indicado como suya, encontró allí un ropero con una porcion de ricos trajes de hombre, y salió poco despues hecho un milord.

Aquella noche dió Ramona una gran prueba de que á veces era tan débil de carácter como su marido, pues apénas indicó éste que no consentia en dormir separado de su mujer, Ramona se avino á que en esta parte continuaran imitando á la gente ordinaria.

Hacía quince dias que Juan y Ramona vivian en el palacio azul, y Ramona estaba cada dia más cavilosa, y cada noche dormia más desasosegada.

—¿Qué demonio te pasa, que parece que tienes hormiguillo?—le preguntó Juan una mañana.

—Lo que me pasa es que tengo el marido más tonto que come pan.

—¡Adios con la colorada! ¡Qué! ¿No estás todavía contenta con la brevita que tu marido te ha proporcionado?

—No señor, no lo estoy. Es necesario ser tan majadero como tú para contentarse con lo que tenemos, cuando pudiéramos tener mucho más con sólo pedirlo.

—Pero, mujer, ¿has perdido el juicio? ¿Puede concedernos el emperador más de lo que nos ha concedido, ni necesitamos nosotros más para ser felices?

—Sí; puede concedernos más, y lo necesitamos.

—¡Explícate, con mil diablos, que me vas á volver loco con tu condenada ambicion!

—Y tres más que me explicaré, y muy clarito, que, á Dios gracias, no tengo pelos en la lengua. A tí te basta para ser feliz lo que basta á las gentes ordinarias: una buena mesa para poder atracarse á lo pavo á todas horas; pero los que tenemos miras más altas, necesitamos algo más que tajadazas y vinazo. Tú te pones tan ancho cuando sales por ahí y oyes que te llaman don Juan, y á mí me llevan los diantres cuando me llaman doña Ramona.

—¡Pues qué! ¿No es mejor que nos llamen eso que no tio Juan y tia Ramona, como nos llamaban ántes? ¿Qué más quieres, mujer?

—Quiero que me llamen señora marquesa.

—¡Aprieta, manco! ¡Vamos, si digo y redigo que la pícara ambicion te ha vuelto á tí el juicio!

—Mira, Juan, dejémonos de disputas y porfías, que ya sabes que se me hinchan pronto las narices. Yo no quiero ser ménos que la marquesa del Rábano y la condesa del Repollo, que á cada triquitraque se llenan la boca con su título, y cuando la encuentran á una parece que les falta tiempo para decir con mucho retintin: «Vaya usted con Dios, doña Ramona». Ya que el emperador te dijo cuando le salvaste la vida que le pidieras aunque fuese la camisa que llevaba puesta, vas á ir á verle y le vas á pedir que nos haga marqueses.

—Anda y vete adonde se fué mi dinero, que ni en broma quiero oir tales disparates.

—Juan, no me hurgues, que vas á salir con las manos en la cabeza.

—Pero, mujer, por muy bragazas que sea tu marido, ¿has podido siquiera imaginarte que habia de condescender con ese nuevo capricho?

—¡Y vaya si condescenderás!

—Te digo que no vuelvo á ver al emperador.

—Irás, aunque sea de cabeza.

—¡Pero, mujer, no seas loca!

—Vamos, vamos, ménos conversacion y echa á andar.

—Bueno, iré, ya que te empeñas, mujer. ¡Por vida del otro dios, que merecia que me fusilaran por esta pícara debilidad de carácter!

Juan emprendió el camino de la corte, y solicitó una nueva audiencia del emperador. Cuando contaba por seguro que su majestad le echaria enhoramala, si es que no le echaba por el balcon, se encontró con que su majestad se apresuró á concederle audiencia.

—Señor, perdone vuestra majestad tantas impertinencias, — balbuceó, lleno de cortedad, al acercarse al emperador.

—Hombre, déjate de cortedades, — le interrumpió su majestad bondadosamente.—¿Cómo va por el palacio azul?

—Tan ricamente, señor.

—¿Y cómo tienes á la costilla?

—Aquélla, buena, mejorando lo presente.

—Y contenta con su suerte, ¿no es verdad?

—En cuanto á eso, señor..., ya sabe vuestra majestad lo que son las mujeres, que, mejorando lo presente, parece que las ha hecho la boca un fraile.

—¿Pues qué pide la buena de doña Ramona?

—¡Qué, señor! ¡Si le da á uno vergüenza el decirlo.

—Anda, hombre, dilo y no seas tan corto de genio, que al que me salvó la vida le daria yo aunque fuera la corona.

—Pues, señor, aquélla queria ser marquesa.

—¿Marquesa nada más? Pues desde este instante es marquesa de la Maravilla.

—¡Gracias, señor!

—Guarda las gracias para tu mujer, y vé al comedor á tomar un tente en pié, que para cuando vuelvas ya encontrarás á tu mujer instalada en el palacio de su título, pues el palacio azul es poco decente para marqueses.

Juan pasó al comedor, y despues de ponerse que parecia que iba á dar un estallido, se encaminó al palacio de la Maravilla.

El palacio de la Maravilla no era tan cosa del otro juéves como su nombre pudiera hacer

creer; pero ¡juro á brios que ya se podia vivir en él!

Una porcion de lacayos y porteros recibieron á Juan á las puertas del palacio, llamándole señor marqués, y Juan, aunque era tan modesto, no pudo ménos de inflarse un poquillo con aquel recibimiento y aquel título.

La que no cabia en el miriñaque, á pesar de que se habia plantado uno tan ancho como la campana de Toledo, bajo la cual se sentaron un dia siete sastres y un zapatero, era su mujer al oirse llamar por sus doncellas señora marquesa por acá, señora marquesa por el otro lado.

—¿Con que ya estarás contenta, mujer?—le dijo Juan.

—Sí por cierto que lo estoy. Y en verdad que era muy triste eso de oirse una llamar doña Ramona á secas como la boticaria y la cirujana. Señor, lo que yo decia: si una no tiene más que abrir el pico para ser marquesa, ¿por qué no lo ha de ser? Ya has visto cómo no te ha comido su majestad porque le pidieras una cosa tan puesta en razon.

—Pues mira, trabajillo me costó el decírselo.

—¡Eh! ¡Quita de ahí, que los hombres no servis para nada!

—Pero me puse más animado así que su majestad me dijo: «Hombre, no seas tan corto de ge-

nio, que al que me salvó la vida le daria yo aunque fuese la corona».

—¡Calla! ¿Con que te dijo eso?

—Cabales.

—¿Pues por qué no le pediste más?

—¡Otra te pego! ¿Qué más le habia de pedir?

—Tienes razon, hombre, que, como dijo el otro, hay más dias que longanizas, y al amigo y al caballo no hay que cansallo.

Los señores marqueses de la Maravilla estrenaron al dia siguiente su mejor coche, y era de ver cómo ruaban á todas horas por aquella comarca, como diciendo ¡rabia! ¡rabia! á la marquesa del Rábano y á la condesa del Repollo. Algunos disgustillos les costaban los pleitos y querellas de los campesinos, que se oponian á que pasasen con el coche por éste ó por el otro camino, ó por tal ó cual heredad; pero de estos disgustos se desquitaba en grande la marquesa cuando, por ejemplo, al encontrar á la boticaria ó la cirujana le decia desde el coche en que iba repantigada: «Adios, doña Fulana», y la otra le contestaba, pédibus andando: «Adios, señora marquesa».

Al cabo de algun tiempo, el marqués creyó notar que su mujer no era completamente feliz, porque la veia cada vez más cavilosa, y por la noche no paraba de dar vueltas en la cama.

Una mañana, ya bien de dia, dormia el mar-

qués como un liron, y la marquesa, que habia pasado la noche más inquieta y desvelada que nunca, estaba despierta á su lado como impaciente por verle despertar.

—¡Jesus, qué hombre tan dormilon!—exclamó la marquesa, no pudiendo ya dominar su impaciencia.

Y dando á su marido, en salva la parte, un tremendo pellizco, añadió:

—¡Despierta, marrano!

—¡Huy! ¡Por vida del otro dios!...—gritó el marqués llevándose la mano á la parte, con perdon de ustedes, pellizcada.

—¿No te da vergüenza tanto dormir?

—¡Vergüenza una cosa tan natural! Más vergüenza debe dar el no dormir, pues el desvelo suele indicar peso en la conciencia. ¿Qué demonios te pasa que en toda la noche has parado de dar vueltas?

—¡Ya! Si una tuviera el alma tan echada á la espalda como tú...

—Mujer, no te entiendo.

—Pues me entenderás por torpe que seas. Di, Juan, emperador es más que rey?

—¡Pues no lo ha de ser!

—¿Es decir, que los emperadores pueden hacer reyes?

—Yo creo que sí, Si, pongo por caso, á su ma-

jestad el emperador se le antojara decirnos: «¡Eh! Marqueses de la Maravilla, convierto en reino la provincia de Micomican, que me pertenece, y os hago á vosotros reyes del nuevo reino», creo que nadie se lo podria impedir.

—Pues bien, yo quiero que su majestad diga y haga eso á peticion tuya.

La casa se le cayó encima á Juan al oir esto á su mujer; pero era tan absurdo el nuevo capricho de Ramona, que Juan se atrevió á esperar que fuese todo una chanza.

—¡No daria—dijo—mal bufido su majestad si hubiese alguno tan simple ó descarado que le fuese con esa peticion!

—Yendo tú no le dará, puesto que ha dicho que ni la corona puede negar al que le salvó la vida. Con que anda, hijo, avíate un poco y vete á ver á su majestad.

—Pero ¿lo dices de véras?

—¡Pues no lo he de decir! ¡Buen genio tengo yo para bromas! Quiero ser reina, para ponerles las peras á cuarto á esas gentecillas que pasan la vida hozando tierra y comiendo patatas, y tienen la audacia de oponerse á que las personas decentes transiten por donde les dé la gana.

—¡Vamos, ahora sí que digo que has perdido por completo el juicio!

—Lo que vas tú á perder de un bofeton son

las muelas, si no tomas más pronto que la vista el camino de la corte.

—¡La cabeza perderé ántes que hacer tal disparate, caramba, que ya estoy harto de condescendencias!

—¿Sí? Pues de hoy en adelante haz cuenta que no tienes mujer. Esta es mi habitacion, y no tienes que volver á poner los piés en ella, ni yo los pondré en la tuya.

—¡Pero, mujer!

—Nada, nada, haga usted cuenta que no nos hemos conocido.

—Vamos, no seas testaruda, Ramonita...

—¡Si le digo á usted que hemos concluido!

—Mira, pichona...

—¡Basta de conversacion!

—¡Por vida de... Vamos, serás complacida, mujer; iré á ver á su majestad y le diré que quieres ser reina, aunque sepa que me fusila en el acto.

Ramona hizo una caroca á su marido en pago de su nueva condescendencia, y el buen Juan emprendió el camino de la corte renegando de su pícara debilidad de carácter.

Contra sus esperanzas, el emperador se apresuró á concederle audiencia y le recibió con la cara de risa acostumbrada.

—¿Qué hay, marqués?—le preguntó:

—¡Qué ha de haber, señor! Una nueva impertinencia.

—No seas corto de genio. ¿Será cosa de la marquesa, eh?

—Cabales, señor. Estas pícaras mujeres nunca están contentas.

—¿Pues qué quiere la tuya?

—Nada, señor; dice que se alegraria de que vuestra majestad la hiciera reina.

—¿Reina nada más? Pues ya lo es. Pasa al comedor á ver si hay por allí algo que echar á perder, y en lugar de volver al palacio de la Maravilla, vé al palacio de la Corona, donde encontrarás ya á tu mujer instalada como corresponde á la reina de Micomican.

Juan se deshizo en gracias y cortesías, y despues de tratarse en el comedor á cuerpo de rey, emprendió su regreso. Al llegar al palacio de la Corona, una salva de cañonazos anunció su llegada. La tropa estaba formada en las cercanías de palacio, donde entró al són de la marcha real y de los vítores del pueblo, que se volvia chocho con la presencia del marido de su nueva soberana.

Su majestad la reina doña Ramona I tenia besamanos en el momento en que llegó á la real cámara su augusto esposo, y éste, tomando asiento á su lado, empezó á dar tambien á besar su real

mano; pero la tenia tan sucia, que cuantos la besaban salian de la cámara escupiendo. Para ser rey hay que tener las manos muy limpias.

Los reyes de Micomican se divirtieron en grande durante las primeras semanas de su reinado, en que todo fué fiestas y regocijos en celebridad de su feliz advenimiento al trono; pero así que estas fiestas pasaron, la reina doña Ramona empezó á entristecerse y ponerse fastidiosa.

El rey llamó al primer médico de cámara, y tuvo con él una consulta muy séria.

—Hombre,—le dijo,—te llamo á ver qué demonios me dices de la tristeza y el malestar que noto de algun tiempo á esta parte en mi augusta esposa. Toda se vuelve dar vueltas en la cama, de modo y manera que ni ella duerme ni á mí me deja dormir, y lo peor del cuento es que cada vez está más triste y todo la irrita y desespera.

—Pues señor, en primer lugar hay que complacerla en todo y por todo...

—Estamos conformes, hombre; pero hay cosas superiores al poder humano. Si llueve, se incomoda porque llueve; si hace aire, se incomoda porque hace aire; si estamos en invierno, se incomoda porque no ha venido ya la primavera, y el mal trastorna su juicio hasta el punto de ponerse á gritar: «¡Mando que no llueva, mando que no haga aire, mando que la primavera venga inmediata-

mente!» Ya ves tú que sólo siendo uno Dios puede lograr que se obedezcan tales órdenes. Con que, vamos, ¿á qué demontres atribuyes tú este malestar y estos antojos de mi augusta esposa?

—Señor, es muy posible que sean anuncios de un fausto acontecimiento...

—¡Ya, ya te entiendo! ¡Demonio! ¡Pues no habia yo caido en eso! Y que no nos disgustaria á mí ni á mi augusta esposa encontrarnos con un sucesor directo, porque si no, no hay que hacerse ilusiones, el dia que nosotros cerremos el ojo, viene la guerra civil y esto se lo lleva la trampa.

La reina doña Ramona quedó, pues, en estado de observacion á ver si resultaba en estado interesante; pero pasaron meses y más meses y la reina estaba cada vez más triste y caprichosa, y por más que el rey y los médicos la miraban y remiraban de piés á cabeza, cada vez la encontraban más escurrida.

Un dia se decidió el rey á interrogar muy sériamente á la reina, á ver si le sacaba del cuerpo la causa de su tristeza y cavilosidad.

—Vamos á ver,—le dijo,—¿qué demonios te pasa, que ni duermes ni me dejas dormir y te vas quedando como la espina de Santa Lucía?

—¡Que soy muy desgraciada!—contestó la reina doña Ramona, echándose á llorar como una Magdalena.

—¿Desgraciada tú? Vivias en un establo tan desabrigado y sucio como el que habitó Dios al hacerse hombre, y, mejorando lo presente, te encuentras de bóbilis bóbilis, hecha toda una reina. ¿Qué demonios es lo que quieres?

—Es verdad que soy reina, pero me muero de tristeza cuando desde el trono vuelvo atras la vista y no veo nada de lo que otras reinas ven.

—¿Pues qué ven otras reinas?

—Por ejemplo, la reina de España ve una serie de grandes y gloriosos reyes que se llaman Recaredo, Pelayo, San Fernando, Alonso el Sabio, Isabel la Católica, Fernando el Católico, Cárlos V, Felipe II, Cárlos III..., y esos reyes tuvieron su sangre y se sentaron en su trono y amaron y engrandecieron al pueblo que ella ama y engrandece.

—Tienes razon, mujer; pero tú quieres hacer imposibles, y ésos sólo Dios los hace.

—Pues esos imposibles son los que á mí me aburren y desesperan. ¿De qué le sirve á una ser reina, si hasta en los deseos más justos se ve contrariada y no los puede realizar? Hace, por ejemplo, buena tarde, y empiezo á aviarme para ir á dar un paseo á pié por los jardines de palacio; pero aparece una nubecilla en el cielo como diciéndole á una: «¡No te compongas!», y cuando una va á salir, aquella insolente nube empieza á

chorrear agua y tiene una que quedarse en casa y fastidiarse y rabiar. Lo que yo quisiera es tener poder bastante para que una miserable nubecilla no se burle de mí.

—¡Pero, mujer, si ya te he dicho que ese poder sólo siendo uno Dios puede tenerle!

—Pues yo quiero ser Dios.

Juan se santiguó lleno de asombro y horror al oir esta salida de su mujer, cuyo juicio indudablemente estaba trastornado por el demonio de la ambicion; pero no quiso exasperar á aquella desgraciada loca con las reconvenciones que, de estar en su juicio, hubiera merecido.

—Pero ¿no conoces, hija,—le dijo con dulzura,—que el cumplimiento de ese deseo es tan imposible como insensato? El emperador nos ha concedido cuanto hemos deseado; pero lo que ahora deseas no nos lo puede conceder.

—Sin embargo, yo quiero que vayas á verle y se lo digas; que puede ser que entre él y el Papa lo puedan arreglar.

—Pero si no hay ni puede haber más que un Dios, ¿cómo lo has de ser tú?

—Yo he oido decir siempre que Dios todo lo puede. Si el emperador acude al Papa, y el Papa acude á Dios, ya ves tú si Dios, que todo lo puede, irá á dejar mal á los dos.

—Pero si Dios no puede...

—¡Calla, judío, y no digas barbaridades! Dios lo puede todo.

Juan creyó obrar con prudencia absteniéndose de contradecir más á su mujer, y lo que hizo fué retirarse y llamar al primer médico de cámara para poner en su conocimiento la nueva y extrañísima faz que presentaba la enfermedad moral de la reina.

El médico dijo que aberraciones del espíritu aún más extrañas que la de la reina habia observado en su larga carrera profesional, é insistió en que, léjos de contradecir á la augusta enferma, se la complaciera hasta donde humanamente fuese posible.

Poco despues volvió el rey á la cámara de su augusta esposa, y ésta se puso hecha un veneno cuando le vió.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Con que tú eres el primero que desobedece mis órdenes?

—¿Cómo desobedecer?

—¡Sí señor! ¿No te he dicho que quiero que vayas á ver al emperador y le ruegues que se ponga de acuerdo con el Papa á ver si entre los dos consiguen que yo sea Dios?

—Sí que me lo has dicho, pero...

—No hay pero que valga. ¿Cómo no estás ya en camino para cumplir mis órdenes? No te andes en bromitas conmigo, que no eres más que el ma-

rido de la reina, y si se me hinchan las narices, te mando ahorcar más pronto que la vista.

—Vamos, hija, vamos, no te incomodes, que inmediatamente serás obedecida.

—¡Es que no andemos con lilailas! Y oye: le vas á decir de mi parte al matasanos ese que parece te has echado de consejero áulico, que si nó vas á ver al emperador y le haces en toda regla la peticion que te he encargado, te servirá de pareja cuando bailes en la horca.

El rey se retiró, y como contase al primer médico de cámara lo que acababa de decirle su mujer, el médico insistió más que nunca en que era necesario complacer en todo á la augusta enferma.

El rey, pues, emprendió el camino de la corte imperial. Mucho le inquietaba la índole extravagante y áun impía de su comision; pero le tranquilizaba la consideracion de que él no era ya un Juan particular como cuando otras veces habia hecho la misma jornada, sino un monarca que iba á hablar con otro monarca. Lo que le cargaba un poco era la cuestion de etiqueta.

—No sé—decia—cómo demonios me las componga para hablar con el emperador. Yo he oido decir que todos los soberanos nos llamamos primos, aunque no lo seamos; pero ¿quién me asegura á mí que si le llamo primo al emperador no me da un bufido que me despampana?

En éstas y las otras llegó á la corte imperial, y el emperador se apresuró á recibirle apénas se presentó en palacio.

—¿Cómo está su majestad la reina doña Ramona?—le preguntó bondadosamente el emperador.

—Malucha anda, mejorando lo presente.

—¡Hombre, eso es lo peor! ¿Y qué tiene?

—¡Qué demonios sé yo! A estas mujeres el diablo que las entienda. ¡Pues si supiera vuestra majestád la comision que me ha dado!

—¡Hola! ¡hola! Veamos.

—Dice... Pero ¡ca, si le da á uno vergüenza el decirlo! Dice que á ver si vuestra majestad se pone de acuerdo con el Papa, y entre los dos consiguen hacerla Dios.

—¡Hola! Esas ya son palabras mayores. ¿Con que Dios, eh?

—Ya ve vuestra majestad que es una locura, porque no se puede quejar de pocos adelantos en su carrera una mujer que hoy es reina y no hace todavía un año vivía en un establo. Un establo no deshonra á nadie, ciertamente, porque al fin Dios, con ser Dios, vivió en él al hacerse hombre, pero se le puede decir al que sale de él aquello de

. . . . ¡miserable criatura,
que acabas de salir de la basura!

—¿Con que quiere ser Dios la buena de doña Ramona, eh?

—Cabales.

—Pues la complacéremos hasta donde se pueda. Pase vuestra majestad al comedor á sacar la tripa de mal año, y al regresar encontrará á su mujer, si no convertida en Dios, convertida en algo que se le parezca.

El rey consorte pasó en efecto al comedor, pero por más esfuerzos que hizo, apénas pudo tragar bocado. Todo le sabía á rejalgar de lo fino, y era que en su interior sentia una inquietud y un malestar que parecian anunciarle alguna desgracia.

Emprendió el viaje de regreso, y al llegar al palacio de la Corona, vió, con tanto dolor como asombro, que el palacio estaba cerrado y completamente desierto.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó á un transeunte.

—Que el emperador ha suprimido el reino de Micomican, restableciendo la antigua provincia y reincorporándola al imperio.

Juan no tuvo valor ni fuerzas para preguntar más. Vagó horas y más horas como loco, sin saber por dónde andaba, y de repente se encontró á la puerta del establo donde habia habitado con su mujer, y al empujar la puerta, que estaba en-

tornada, se encontró á su mujer instalada nuevamente allí. Lo único que tenia de Dios la que habia tenido la criminal ambicion de serlo, era la semejanza, en cuanto ocupaba un establo, como Dios cuando se hizo hombre.

QUERER ES PODER.

I

Pepe tenia veinticinco años cuando abandonó cierta ciudad del Mediodía, donde habia nacido, completamente resuelto á ser ministro. Veamos cuáles fueron las razones que tuvo para esta resolucion.

Su padre era un empleado de diez y seis mil reales, y á la verdad que sugiere muy tristes consideraciones esta pícara costumbre de clasificar los empleos públicos por el sueldo con que se retribuyen. ¿No hay en los empleos públicos alguna cosa más importante, más noble, más elevada que el sueldo? ¡Por lo visto, no! Su padre, repito, le dió una educacion más que mediana. Cuando Pepe terminaba la carrera de leyes, murió su padre, y el muchacho se encontró, como tantos otros que

siguen la misma carrera, con que no tenia qué comer, porque es más difícil conseguir pleitos que defender, que conseguir un título que autorice á defender pleitos.

Una tarde paseaba por las cercanías de la ciudad, lamentándose de su mala suerte y envidiando la de una familia artesana que se disponia alegremente á despachar la merienda, cuando oyó una voz que le decia:

—¡Eh! ¡Pepito, ven por acá y tomarás un bocado y un trago con nosotros!

Pepe reparó en el que le llamaba, y se encontró con que era un tal Juanillo que se habia criaen la buhardilla de su casa, y con quien solian jugar en el portal y en la escalera él y otro chico llamado Perico Romero, hijo de un maestro de latinidad, hasta que los tres estuvieron en edad de emprender una carrera, ó lo que es lo mismo, hasta que Perico y él la emprendieron en el Instituto, y Juanillo en una zapatería.

Tres razones muy poderosas movieron á Pepe á aceptar el ofrecimiento de Juanillo: primera, el placer de renovar los recuerdos de la infancia; segunda, el delicioso olor que la merienda con que se le brindaba despedia; y tercera, la debilidad de su estómago, en que á aquellas horas, que eran las cuatro de la tarde, no habia entrado aún gracia de Dios.

Pepe sacó la tripa de mal año en compañía de Juanillo, quien le contó que era completamente feliz, porque apénas salió á oficial de zapatero, encontró quien le diese la mano para establecerse de su cuenta, tuvo trabajo de sobra, se habia casado, sostenia desahogadamente su familia, no debia á nadie un cuarto, y tenia ya ahorrados algunos miles de reales que ofrecer á los amigos «que no tenian á ménos hablar con los pobres».

—¿Y tú, qué te has hecho?—preguntó Juanillo á Pepe.

—¡Yo—contestó éste con amargura—me he hecho abogado!

—¡Hola! Esas ya son palabras mayores. ¿Y qué ha sido de Perico Romero, aquél que andaba siempre con el *agraces fortuna y uvas* que habia aprendido de su padre?

—A aquél le expulsaron del Instituto porque no queria estudiar y perdia todos los cursos.

—¡Pobre Perico! ¿Y adónde habrá ido á parar?

—Se fué á Madrid de ayuda de cámara de un diputado que le queria mucho porque le divertia cantando *playeras*, y no he vuelto á saber de él.

—Pues, chico, yo soy un pobre zapatero, y de poco puedo servir á un señor abogado como tú; pero á buena voluntad nadie me gana. Si un dia necesitas un par de onzas, cuenta conmigo, que te

quiero porque eres de los señores que no tienen á ménos hablar con los pobres.

—Gracias, Juanillo,—contestó Pepe.

Y se separó de su antiguo compañero y amigo, añadiendo para su raido gaban:

—¿Por qué no me haria mi señor padre seguir la carrera de... zapatero?

El recuerdo del único latin que Perico Romero habia aprendido del dómine, su padre, no se apartaba de la imaginacion de Pepe.

—Veamos—dijo un dia—si es cierto que la fortuna favorece á los audaces.

Y tuvo la audacia de pedir la mano de una muchacha tan rica como hermosa.

La muchacha y el padre de la muchacha conferenciaron acerca de aquella peticion, y por último convinieron en que debian dar á Pepe calabazas, porque al fin Pepe no era más que un abogadillo.

Iba ya Pepe á echar enhoramala el *audaces fortuna juvat*, creyéndole un gran embuste, como lo probaba el mal éxito del ensayo que acababa de hacer, cuando leyó en un periódico ministerial de Madrid el siguiente párrafo:

«La nueva direccion creada en el ministerio de Gracia y Justicia ha sido confiada al señor don Pedro Romero. Felicitamos al Gobierno de su majestad por este nombramiento, que será aplaudido

por todos los hombres imparciales, porque el señor Romero es uno de los jóvenes más ilustrados y laboriosos que cuenta nuestra administracion.»

Pepe se quedó haciendo cruces cuando leyó estos renglones, é invocando lleno de fe el *audaces fortuna juvat*, pidió á Juanillo un par de onzas de oro, y tomó el camino de la corte completamente decidido á ser... ministro.

II

Ya tenemos á Pepe en Madrid. Pregunta por aquí, observa por allí, escucha por el otro lado, averiguó que para ser ministro lo primero que necesitaba era un traje elegante, y una tarde se dirigió al Retiro, decidido á no abandonar aquellos hermosos jardines, tan propios para la meditacion, sin encontrar lo que le hacía falta.

Estaba sentado en un banco de piedra á la sombra de un árbol, sin poder dar con el condenado é indispensable traje por más que cavilaba, cuando por su lado pasaron dos señoras elegantísimas, una de ellas jóven y hermosa, y la otra un poco ajamonada. Detras de las señoras iba un lacayo, y detras del lacayo un jóven muy elegante, que no quitaba ojo de la hermosa jóven.

Pepe olvidó por un momento lo que necesitaba para ser ministro, y se puso á filosofar en estos términos:

—Ese caballerito está enamorado de esa señorita, y el amor le obliga á caminar detras de un lacayo. ¡Válgame Dios, á qué humillaciones se someten los enamorados! ¡Dichoso yo que no estoy enamorado!... Pero tate, que enamorado estoy, si no de una muchacha, de una cartera de ministro, y ¡Dios sabe á cuántas humillaciones me someterá este amor!

Pepe suspendió su soliloquio calificando sus juicios de temerarios, porque vió que el caballero que caminaba tras el lacayo abandonaba la pista de la hermosa jóven, lo cual queria decir que Pepe se habia equivocado suponiéndole enamorado de aquella beldad. El caballero se dirigió hácia otro que estaba sentado á la espalda de Pepe, en un banco separado del que éste ocupaba sólo por un seto de lilas y rosales, y despues de saludarle afectuosamente, se sentó á su lado, y ambos trabaron la siguiente conversacion:

—¡Vaya, vaya! ¡El buen López por Madrid!

—Sí, amigo Pérez.

—¿Y cuándo has llegado?

—Hace ya más de ocho dias.

—¿Y qué hay por Pamplona?

—Hombre, hace ya más de dos meses que no he estado por allá; pero, segun me dice mi administrador, no ocurre cosa notable.

—Yo creí que habias pasado allí el verano.

—No, le he pasado en Vizcaya; y por cierto que he pasado dos meses deliciosos desde Bilbao á Algorta, y desde Algorta á Portugalete y Santurce.

—¿Y ahora vienes á divertirte en Madrid?

—Hombre, si te he de decir la verdad, vengo á pasar muy malos ratos.

—¿Cómo es eso, hombre? Tú, millonario, jóven, buen mozo...

—Y enamorado.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Con que todo eso tenemos?

—Sí, chico. Y no me debes agradecer el que me haya acercado á tí y me haya sentado á tu lado, porque lo he hecho con miras interesadas. Cuando me disponia á regresar á Pamplona vi en el Arenal de Bilbao, paseando con su madre, una muchacha preciosa que me trastornó el seso. Averigüé la fonda donde paraban, é inmediatamente tomé los bártulos y me trasladé allá con la esperanza de tratar á aquellas señoras; pero cuando yo esperaba verlas al dia siguiente en la mesa redonda, supe que habian tomado el camino de Madrid, que eran conocidas por *las* de Villarrubia, y que vivian en la calle de Alcalá... Inmediatamente me encaminé á la corte, y aquí me tienes cada vez más enamorado de Luisa, que así se llama la chica, y sin haber encontrado quien me presente en su casa. ¿Conoces tú á esas señoras,

ó conoces alguno que pueda presentarme á ellas?

—Pues, chico, tengo el sentimiento de decirte que ni las visito ni conozco á nadie que las visite; pero debo advertirte una cosa. Un amigo mio, que de resultas de unos amores murió del pecho hace poco, iba mucho á su casa, y me decia que madre é hija son muy orgullosas, aunque las dos son señoras de talento.

—¿Orgullosas y de talento? Chico, eso no puede ser; pero sea lo que sea, estoy decidido á sacrificarlo todo por este pícaro y novelesco amor, porque no puedo vivir sin esa muchacha. Te dejo, porque han ido hácia la casa de fieras, y continúo en su seguimiento.

—Lo que debes hacer es presentarte cuanto ántes en su casa, y no rebajarte yendo tras de su lacayo.

—Daria mi mejor posesion por encontrar quien me presentase en su casa.

—Pues no seas tonto; si no encuentras quien te presente, preséntate tú mismo, que, como decia con mucha razon el dómine de mi pueblo, *audaces fortuna juvat.*

—Chico, eso sería exponerme á que me despidieran con cajas destempladas, y si tal sucediera, no me quedaba más remedio que levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—¡Qué pobre eres, á pesar de ser tan rico!—

exclamó Pérez, estrechando la mano de su enamorado amigo.

Y López comprendió que su amigo tenia razon, guardó silencio y continuó su camino hácia la casa de fieras.

—¡Ya pareció aquello!—dijo para sí Pepe, que sin querer habia oido toda esta conversacion.—Ya encontré lo que necesito para ser ministro.

Y se fué detras de López, sin considerar que si López por amor á una muchacha se rebajaba hasta el punto de ir tras un lacayo, él por amor á una cartera se rebajaba hasta el punto de ir tras el que iba tras un lacayo.

III

López iba fumando. Pepe, al emparejar con él, sacó un cigarro y le dijo:

—¿Me hace usted el favor de la lumbre, y usted dispense?

—Con mucho gusto.

Pepe encendió su cigarro y trabó conversacion con López. López tenia poca gana de conversacion; pero Pepe se acordó del *audaces fortuna juvat*, y sostuvo el diálogo contra viento y marea.

—¿Sabe usted que este Retiro es delicioso?

—Sí que lo es.

—Lo que no me gusta son estos campos de las cercanías de Madrid. Son tan áridos...

—Sí que lo son.

—Usted, segun el acento, debe ser del Norte.

—Sí que lo soy.

—¡Aquél sí que es país verde y fresco y hermoso!

—Sí que lo es.

López no queria conversacion, y Pepe, que lo conoció, pues no tenia pelo de tonto, estuvo para tocar retirada; pero se acordó del *audaces fortuna juvat*, y se decidió á ir al grano.

—Caballero,—dijo con tono resuelto,—dispénseme usted una libertad que me voy á tomar, pues aunque le parezca á usted una grosería, se convencerá al fin de que no lo es.

—Diga usted lo que guste,—contestó López, sorprendido de aquel preámbulo.

—Pues bien, sin querer oirla, he oido la conversacion que usted ha tenido con su amigo Pérez, y sé, por lo tanto, que usted está enamorado de Luisita de Villarrubia.

—¡Caballero!...—murmuró López indignado.

—Nada, nada, no se altere usted, y déjeme hablar.

—Pues hable usted, y cuidadito con lo que dice.

—Lo que voy á decir es que yo visito á las señoras de Villarrubia.

—¡Usted!...—exclamó López, dejándose llevar del primer impulso de su alegría.

Pero se contuvo de repente, y añadió muy serio:

—¿Y qué me quiere usted decir con eso, caballero?

—Quiero decir, que soy jóven como usted, y comprendo y respeto la pasion que le ha inspirado á usted Luisita.

—Pero ¿con qué derecho se mezcla usted en lo que no le atañe ni importa?

—Hombre, dejémonos de gazmoñerías, y hablemos con franqueza. Yo sé que la franqueza le gusta á usted, porque es muy propia de todo navarro.

—Pues sí, me gusta,—dijo López, vencido por la lisonja con que Pepe halagaba su naturaleza.

—Hoy por usted y mañana por mí. Los hombres se deben ayudar mutuamente. ¿Quiere usted que yo le presente en casa de las señoras de Villarrubia?

—Sí señor.

—Pues lo haré con muchísimo gusto.

—¿Cuándo me presentará usted?

—Mañana, si usted gusta.

—Tome usted mi nombre y las señas de mi casa.

—Tome usted el mio y las señas de la mia.

Pepe y López cambiaron tarjetas, hablaron algunas palabras más, se estrecharon la mano, López siguió hácia la casa de fieras, y Pepe se volvió á Madrid á informarse de cuál era el sastre que á la sazon estaba de moda.

IV

Eran las dos de la tarde del dia siguiente, y López se asomaba con frecuencia al balcon, impaciente por ver llegar á Pepe, que le habia prometido ir á buscarle á aquella hora para presentarle en casa de las señoras de Villarrubia.

López estaba elegantísimamente vestido; como que Pepe le habia encarecido la importancia de este requisito, en atencion á que las señoras eran muy elegantes y gustaban que lo fuesen cuantos asistian á su casa. Al fin sonó la campanilla, y Pepe llegó; pero López se sorprendió desagradablemente al verle vestido con el raido y asendereado traje que el dia anterior vestia.

—Amigo mio,—le dijo Pepe,—no podemos ir hoy ni en mucho tiempo quizá á casa de las de Villarrubia, y lo siento en el alma, tanto porque dudará usted de mi formalidad, como porque

estará usted impaciente por ver y hablar á Luisita.

—¡Qué! ¿Tiene usted alguna ocupacion urgente?

—Ninguna; pero ya le dije á usted ayer que á aquella casa es indispensable ir de punta en blanco, como usted se ha puesto, y no con el modesto *negligé* en que me hallo.

—Estoy conforme, y por lo mismo extraño que no se haya vestido usted.

—Me ha sido imposible.

—¿Por qué?

—Porque... ¡Qué demonio! Debo ser con usted franco, pues es usted navarro, y los dos somos hombres de mundo, que no nos asustamos de nada. Esperaba esta mañana una letra de mi casa, con cuyo importe contaba para pagar un traje que tengo mandado hacer en casa de Caracuel, y lo que he recibido es una carta de mi familia, en la cual me dicen que por ahora no espere un cuarto, porque la cosecha de aceituna se ha perdido. Con que ya ve usted que soy franco y cumplo del mejor modo posible, retirando la promesa que hice á usted ayer...

—No encuentro razon para que usted la retire...

—Pero, hombre, ¿cómo me he de presentar...

—Presentándose con el traje que tiene usted

encargado á Caracuel, para cuyo pago ruego á usted que acepte estos cuatro mil reales.

—Los acepto con condicion de que se los devolveré á usted cuando sea ministro.

—Estamos conformes,—dijo López sonriendo y añadiendo para sí: «¡Qué gracia tienen estos andaluces!»

Pepe y López se despidieron para el dia siguiente á la misma hora, en que el primero volveria en traje de etiqueta para ir á casa de las de Villarrubia.

Conforme se dirigia Pepe á casa de Caracuel, donde el dia anterior le habian tomado medida de un traje completo y elegantísimo que se confeccionaba (esto es muy de sastre) á toda prisa, soliloquiaba de este modo:

—Pues señor, ya tengo lo que por de pronto necesitaba para ser ministro; pero ¿cómo voy á salir del paso mañana en casa de las de Villarrubia, á quienes vi ayer por primera vez? ¡Eh! Dejémonos de vacilaciones y encogimiento, que *audaces fortuna juvat*, y por pescar una cartera ministerial, bien puede uno exponerse á rodar unas escaleras.

V

A las dos en punto del dia siguiente paró una elegante carretela á la puerta de casa de López,

y de la carretela saltó Pepe hecho un Gerinéldos, si es que Gerinéldos vestia pantalon de doscientos reales, frac de ochocientos, chaleco de ciento sesenta, camisa de idem, sombrero de ciento veinte, botas de la misma cantidad y guantes de cuatro pesetas.

Pepe y López subieron á corto rato á la misma carretela, y el primero gritó al cochero:

—Calle de Alcalá, casa de las señoras de Villarrubia.

La carretela partió á escape, y como faltase poco para que atropellase en la Puerta del Sol á una pobre mujer, ésta exclamó:

—¡Ave María Purísima! ¡Parece que va algun ministro en ese coche, segun el fuero con que camina!

—¡Cerca le andas!—murmuró Pepe al oirlo.

Y poco despues Pepe y su compañero estaban en casa de las de Villarrubia.

Despues de invocar Pepe mentalmente el *audaces fortuna juvat*,

—Juan,—dijo al criado que estaba en el recibimiento,—anúncianos á las señoras.

El criado no se llamaba Juan, pero se llamaba así uno de sus compañeros, y el tono con que aquel caballero le hablaba, le hizo creer que sería visita ordinaria de la casa, y preguntó tímidamente á quién habia de anunciar.

—¡Bribon! ¿No me conoces, ó quieres que te regalen el oido?—exclamó Pepe en tono amenazador.

El criado, aturdido, no se atrevió á replicar, y pasó aviso á las señoras, quienes, despues de echarle una peluca porque no se enteraba del nombre de las visitas, le mandaron que condujera á la sala á aquellos caballeros.

Pocos instantes despues salieron al estrado las señoras de Villarrubia, y Pepe se adelantó á su encuentro, saludándolas desembarazada y familiarmente y estrechándoles la mano.

El desembarazo y la serenidad de Pepe formaban singular contraste con el encogimiento y la emocion de López en presencia de la que tantos suspiros, desvelos y paseos le habia costado.

Luisita, para quien López no era costal de paja, pues ya habia notado el amoroso afan con que la seguia á todas partes, y áun habia soñado con él, porque era muy despierta, y ya se sabe que las muchachas, cuanto más despiertas son, más sueñan con los buenos mozos; Luisa, digo, se quedó no ménos atortolada que su amante al encontrarse cara á cara con éste.

La mamá, que no se atortolaba tan fácilmente como la chica, irguió la cabeza con altanería, y adivinando Pepe que iba á soltar alguna andanada, se apresuró á tomar á su amigo de la mano y

á decir con todo el desparpajo que el caso requeria:

—Me tomo la libertad de presentar á usted al señor don Fermin López, rico propietario de Navarra y uno de mis mejores amigos.

—¿Y á usted quién le presenta, caballero?—preguntó la señora mayor con aire amenazador y altivo.

—¿A mí, señora?—contestó Pepe acercándose á la puerta del estrado.—A mí me presenta mi poca vergüenza.

—¡Insolente!—exclamaron á la par la señora y López.

Y éste quiso lanzarse á dar de bofetadas al que en situacion tan ridícula le habia puesto; pero Pepe iba ya escalera abajo, y metiéndose en la carretela, desempedraba la calle de Alcalá, corriendo hácia la Puerta del Sol.

El primer impulso de López fué correr tras él y hacerle pagar tan cara como merecia la burla; pero se detuvo, considerando que su primer deber era sincerarse á los ojos de las señoras, y luégo buscar al burlador y matarle.

—Señoras, no crean ustedes que voy á huir como ese villano. Dígnense ustedes oirme, y luégo me juzgarán como mejor les parezca. Yo soy forastero, y debiendo residir algun tiempo en Madrid, deseaba honrarme con el trato de ustedes,

pues habia oido encarecer su amabilidad y decir que frecuenta su casa la sociedad más distinguida de la corte. Por casualidad hace pocos dias conocí á ese bribon, que para estafarme se me vendió como persona delicada y decente, y asegurándome que tenia la honra de tratar á ustedes, me brindó con la de presentarme en esta casa. Condénenme ustedes por crédulo y confiado, pero no me condenen por falta de respeto á la casa en que me hallo y á las personas á quienes muestro sinceramente mi corazon.

—Está usted completamente justificado á nuestros ojos,—dijo la señora mayor, tendiendo á López afectuosamente la mano, como le tendió la suya Luisita.—Tengo bastante experiencia del mundo para conocer que usted nos habla con sinceridad, y que es un cumplido caballero, á quien ofrecemos nuestra casa y nuestra amistad, creyéndonos muy honradas con que acepte una y otra.

—¡Gracias, señora!—exclamó López casi llorando de alegría y agradecimiento.

Y una hora despues recorria todo Madrid buscando inútilmente á Pepe para matarle; y digo que inútilmente, porque Pepe habia salido una hora ántes para la Granja, donde permanecia aún la corte.

López era uno de los más asiduos y considera-

dos tertulianos de las señoras de Villarrubia. Y no era extraño que asistiera todas las noches á aquella tertulia, porque no habia noche que no tuviese afectuosos *apartes* con Luisita.

Una noche, precisamente la misma en que regresó la corte á Madrid, tuvieron Luisita y López el siguiente *aparte:*

Luisita.—Mamá se malicia que hay *algo* entre nosotros, y me ha molido hoy á preguntas.

López.—¿Y le ha dicho usted *algo?*

Luisita.—No me he atrevido á decirle nada.

López.—¿Me da usted permiso para decírselo?

Luisita (conteniendo el aliento para ponerse colorada).—Si usted me quiere de véras...

López (echando fuego por los ojos).—¡La idolatro á usted, Luisita!

Luisita (quedándole otra dentro).—¡Qué malos son los hombres!

Este aparte se interrumpió con la llegada de uno de los contertulios, que entró diciendo:

—Le traigo al amigo López una buena noticia. Acabo de ver en el Casino al andaluz consabido.

Los ojos de López brillaron de rabia y alegría, y el *aparte* continuó en estos términos:

Luisita.—Le prohibo á usted decir una palabra á ese hombre.

López.—Luisita, déjeme usted matarle.

LUISITA.—¡No le dejo á usted, ingrato!

LÓPEZ.—¿Por qué me llama usted ingrato?

LUISITA.—Porque quiere usted matar al que nos ha proporcionado la dicha de vernos y hablarnos.

LÓPEZ.—¡Tiene usted razon! Que le mate Dios que le crió.

Algunos meses despues de estos apartes traia *La Correspondencia* el siguiente suelto:

«Ayer se verificó el casamiento de la linda señorita de Villarrubia con el rico y simpático jóven navarro D. Fermin López. Entre los altos funcionarios que asistieron á la boda, figuraban el excelentísimo señor D. Pedro Romero, ministro de Gracia y Justicia, y su amigo y paisano el ilustrísimo señor D. José... (suprimo el apellido, porque no estoy competentemente autorizado para copiarle), subsecretario del ministerio de Hacienda. Los novios salieron anoche mismo para Francia, donde pasarán la luna de miel.»

VI

Dos años hacía que López se habia casado, cuando recibió un pliego cerrado, dentro del cual encontró un billete de cuatro mil reales, y un papel que decia:

«B. L. M. al Sr. López y le devuelve los cua-

tro mil reales que le anticipó forzosamente,—*El Ministro de Hacienda.*»

López tomó un sobre y le cerró, despues de meter en él el billete de cuatro mil reales, acompañado de un papel concebido en estos términos:

«B. L. M. al Sr. Ministro de Hacienda y le envia cuatro mil reales para que no vuelva á pedir empréstitos forzosos,—*Fermin López.*»

Algun tiempo despues de este cambio de comunicaciones fuí á visitar á Pepe. Entónces ya no era ministro, y debo decir de paso que si lo hubiera sido aún, yo no le hubiera visitado, porque los cortos de genio no visitamos á los ministros ni á los subsecretarios ni á los directores hasta que dejan de serlo (1).

—¿Qué se hace usted?—me preguntó el exministro.

(1) En honor de la verdad debo decir que alguna vez me he metido á pretendiente. Siendo ministro un antiguo y buen amigo mio, le dirigí la siguiente cartita:

«Tengo muchos amigos ex-ministros, ex-subsecretarios y ex-directores, y ésta es la primera vez que escribo á un ministro ó á un subsecretario ó á un director. Tengo tambien un amigo que, contando diez y ocho años de buenos servicios al Estado y una hoja brillantísima en todos conceptos, disfruta el sueldo anual de dos mil quinientos cincuenta y cinco reales, con el cual él y su pobre familia se mueren de hambre. ¡Trasládele usted, por Dios, á un destino de cuatro ó cinco mil reales!»

¿Ustedes han contestado á esta cartita? Pues tampoco mi antiguo y buen amigo el señor ministro.



—Estoy escribiendo un cuento que se titula: *Querer es poder*.

—Eso no es cuento.

—¿Pues qué es?

—Es verdad. Si usted lo duda, oiga usted cómo llegué yo á ministro.

Y el ex-ministro me contó lo que acaban ustedes de leer.

EL YERNO DEL REY.

I

Este era un rey tan avaro, que en lugar de pasarse la vida ocupado en hacer felices á sus vasallos, la pasaba recorriendo su reino en busca de minas de oro y plata, y dejaba que se llevase el diablo la nave del Estado. ¡Mal año para tales reyes!

Al pasar por una aldea, notó que en una casa miserable habia mucha alegría; como que disparaban cohetes desde la ventana, y arrojaban á los chicos cuartos y fruta. El rey preguntó por qué era aquella alegría, y le contestaron que era porque á los que allí vivian les habia nacido de pié un hijo; y como una adivinadora que habia en la aldea asegurase que á aquel chico le saldria bien cuanto emprendiera, y á la edad de quince años

se casaria con la hija de un rey, todos llamaban ya el yerno del rey al chico.

El rey, que era tan supersticioso como avaro y malo, dijo para sí:

—¡Qué lance sería que la hija del rey con quien se case ese chico sea mi hija, y ademas de verme en la vergüenza de ser suegro de un palurdo, me vea privado de las grandes riquezas que me traerá un yerno de mi clase!

Y presentándose á los padres del recien nacido, les dijo que le dieran el niño, pues él se encargaba de criarle y educarle como un príncipe, y casarle luégo con la hija de uno de sus ministros.

Los padres del chico se negaron al principio á acceder á la proposicion del rey; pero el rey les ofreció dinero, y al cabo accedieron, echándose la cuenta de que habiendo nacido de pié el chico y debiéndole salir todo bien, no podia salirle mal el irse con el rey á palacio.

La idea del rey era ahogar al chico en un rio que pasaba junto á la aldea; pero cuando le iba á echar al agua reparó que era parecidísimo á su hija, y no tuvo valor para tan mala accion. Lo que hizo fué colocarle en un cajon en que sólo penetraba el aire por un agujerito de la tapa, y echar al rio el cajon, que desapareció inmediatamente de su vista, arrastrado por la corriente.

El cajon llegó hasta la presa de un molino, y viéndole el criado del molinero, que habia ido á bajar la compuerta, creyó que habria en él algun tesoro, y le arrastró á la orilla con un gancho. Al abrir el cajon, se encontró con el niño, que habia llegado hasta allí durmiendo, y que al oir los golpes que el mozo daba con una piedra para abrir el cajon, despertó sonriendo, tan coloradito y hermoso.

A la molinera se le habia muerto el dia anterior un niño de dos meses, y el criado creyó que le serviria de mucho consuelo aquel niño. No se equivocó el criado, pues la molinera, así que puso al pecho el niño tan milagrosamente encontrado, se sintió tan consolada como si hubiese recobrado el suyo, y á los pocos dias ya le queria como si fuese su madre.

II

Más de catorce años despues de esto, andaba el rey, como siempre, buscando minas que le hicieran aún más rico de lo que era, pues la ambicion de oro y plata se aumentaba en él con la edad. De repente empezó á llover á jarros, y el rey corrió á guarecerse de la lluvia en un molino cercano, donde le llamó la atencion, por su hermosura, por el cariño con que le trataban los mo-

lineros, y sobre todo, porque se parecia mucho á su hija, un muchacho como de catorce á quince años.

—¿Es hijo vuestro este muchacho tan guapo?—preguntó á los molineros.

—No señor,—le contestaron.—Nosotros no hemos tenido más que un hijo, y se nos murió de dos meses. Ése le encontró nuestro criado, haçe más de catorce años, metido en un cajon que bajaba por el rio abajo y se detuvo en la presa.

—¿Y le quereis mucho?

—Como si fuera nuestro hijo. ¡No le hemos de querer, señor, si es la criatura mejor que ha nacido de madre!

Al rey no le quedó duda alguna de que aquel muchacho era el mismo que él habia echado al rio, encerrado en un cajon; y temeroso más que nunca de que se cumpliera la prediccion de la adivinadora casándose aquel muchacho con su hija, dijo á los molineros:

—¿Tendríais inconveniente en que ese muchacho fuese á llevar de mi parte una carta á la reina?

—Ninguno, señor,—contestaron los molineros.—Disponga vuestra majestad como guste, tanto del muchacho como de nosotros, que nuestro deber y nuestro gusto es servir á vuestra majestad.

El rey escribió á la reina una carta, diciéndole que así que la recibiese mandase cortar la cabeza y enterrar al portador, y se la entregó al muchacho con un par de duros de propina.

Partió el muchacho, y en el camino se encontró con un pobre sin camisa y extenuado de hambre, que le pidió una limosna, y el muchacho le dió un duro de los dos que le habia dado el rey, diciendo para sí: «Anda, que con un duro que me queda tengo para el viaje, y con el otro este infeliz podrá siquiera comprarse una camisa de arpillera y cenar esta noche unas sopas de ajo».

El pobre alzó los ojos al cielo llorando de agradecimiento y consuelo, y pidiendo á Dios que protegiese á su bienhechor, y el muchacho continuó su camino.

Poco despues el muchacho se encontró con una mujer, tambien andrajosa y extenuada, que le pidió limosna por amor de Dios, y le dió el duro que le quedaba, diciendo para sí: «Anda, que yo jóven y robusto soy y puedo aguantarme hasta la corte sin comer, y esa infeliz con el duro podrá siquiera comprarse una saya de estameña y cenar esta noche unas sopas de ajo».

Así diciendo y haciendo, el muchacho continuó su camino, miéntras la pobre pedia á Dios y á todos los santos del cielo que le diesen su ayuda.

Como iba cerrando la noche y llovia y nevaba

si Dios tenia qué, el muchacho se extravió en un espeso y solitario monte, por el que anduvo bregando hasta cerca de medianoche, sin poder recobrar el camino. Hacía un frio que se chupaba uno los dedos, y los lobos hambrientos aullaban en la espesura.

—Soy perdido,—dijo el muchacho,—si Dios no me favorece. Algun lobo de ésos que aúllan me va á cenar esta noche, ó cuando ménos, voy á morir de frio en esta espesura. ¡Dios tenga misericordia de mí!

Al decir esto, descubrió á lo léjos, y á traves de los árboles, una lucecita hácia la que se encaminó un poco alentado, con la esperanza de encontrar alguna casa donde guarecerse.

Su esperanza no era vana, pues al cabo se encontró á la puerta de una casita escondida en lo más espeso y retirado del monte.

Empujó la puerta, pues veia luz dentro, y se halló con una viejecita que se calentaba á la orilla del fuego.

—¿Qué traes aquí?—le preguntó la vieja, extrañada de su presencia.

—Lo que traigo—contestó—es mucho frio, mucho sueño y mucho cansancio, y le suplico á usted que me deje pasar aquí la noche.

—No puede ser,—contestó la vieja señalándole la puerta.—Dentro de poco vendrán unos bandi-

dos á quienes sirvo, y te matarán si te encuentran aquí.

—Si vienen, interceda usted por mí.

—Intercederé si te empeñas en quedarte, porque pareces tan buen muchacho que no puede una verte sin quererte; pero te aconsejo que no te quedes aquí.

—Tengo que quedarme aunque mi vida corra aquí riesgo, porque si no me quedo mi muerte es cierta. Los bandidos pueden compadecerse de mí, porque al fin son hombres; pero los lobos no se compadecerán, porque al fin son fieras.

—Pues quédate, y yo haré lo que pueda por salvarte.

La vieja, que cuanto más le trataba más cariño le tomaba, dió de cenar al muchacho, y el muchacho se quedó apaciblemente dormido en un banco á la orilla del fuego.

Poco despues llegaron los bandidos, y así que vieron á un extraño sacaron los puñales para asesinarle, amenazando al mismo tiempo á la vieja porque le habia dejado entrar; pero la vieja, con sus súplicas y sus reflexiones, consiguió calmarlos y accedieron al fin á dejar con vida al muchacho, á no ser que despertase ántes del amanecer, en que ellos dejaban la casa.

Pero si los bandidos se avinieron á no matar al muchacho, no renunciaron á despojarle del

dinero que llevaba en los bolsillos, á cuyo efecto le registraron, sin encontrarle más que la carta del rey.

Al ver que la carta tenia el sello real, abrieron tanto ojo, porque los dos bandidos tenian mucha tirria al rey, que los perseguia para ahorcarlos por falsificadores de billetes del Banco, pues es de saber que uno de los bandidos era diestrísimo en la falsificacion de toda clase de papeles.

Cuando los bandidos abrieron y leyeron la carta se llenaron de alegría, porque vieron llegada la ocasion de jugar al rey una mala pasada. El bandido más diestro en falsificar papeles escribió una carta imitando perfectamente la letra y el sello del rey, y diciendo á la reina que así que la recibiese casase al portador con la infanta, porque estaba segurísimo de que harian buenas migas y serian muy felices, y en seguida la colocó en el bolsillo del muchacho en lugar de la verdadera del rey.

Cuando despertó al amanecer el muchacho, los bandidos se habian marchado ya, y despues de comerse una rica tortilla con jamon que le hizo la vieja, continuó muy alegre su camino.

Así que la reina leyó la carta, que no dudó fuese de su marido, dispuso que el portador y su hija se casasen, y las bodas se celebraron con grandes fiestas y regocijos, tanto más, cuanto que

la infanta y su novio se enamoraron ciegamente desde el momento en que se vieron.

¡Vaya si pescó una buena chica el molinerillo! Porque es de saber que la infanta tenia unos ojillos y una cara y un qué sé yo capaces de hacer pecar á un santo.

¡Lo que tiene el nacer de pié en lugar de nacer de cabeza!

III

Al fin y al cabo regresó el rey á la corte, más quemado que un pisto manchego porque no habia encontrado mina alguna de oro ni de plata; y cuando supo que, léjos de estar enterrado el muchacho, estaba casado con su hija, se puso hecho un soliman y decidió ahorcar á la reina porque no habia hecho lo que él habia mandado; pero la reina se disculpó enseñándole la carta que le habia entregado el muchacho.

El rey convino en que la reina no era culpable, porque la carta estaba falsificada con tal maestría, que á él mismo le costaba trabajo convencerse de que aquella letra no era suya; pero llamando á su yerno, le preguntó quién habia falsificado la carta.

—Señor,—le contestó el muchacho,—yo no lo sé de cierto; pero deben haber sido unos bandi-

dos en cuya guarida pasé la noche cuando venía á la corte.

Al oir esto, el rey sospechó con razon que andaba en el ajo el bandido á quien perseguia por falsificador de billetes del Banco, y ya sólo pensó en deshacerse de su yerno de un modo indirecto.

—Yo—le dijo al muchacho—pudiera hacerte ahorcar, porque eso de que el rey reina y no gobierna no reza conmigo. Yo hago ahorcar al sursumcorda si se me pone en las narices; pero para que no se diga que si fué, que si vino, te perdono la vida y sólo te exijo una cosa para aprobar tu casamiento con mi hija y nombrarte mi sucesor. Lo que exijo de tí es que me presentes tres pelos del diablo; y no vayas á traerme pelos de cualquier pelafustan, porque yo los he de conocer en el olor á azufre y en el color *rubicundus Judas*.

El príncipe (pues ya hay que llamarle príncipe al molinerillo) estaba que se le podia ahogar con un cabello con la exigencia de que habia de traer tres pelos del diablo, y pidió consejo al primer ministro de su suegro, que era un viejo á quien llamaban Sábelotodo, porque todo lo sabía, y que se le habia mostrado muy adicto, barruntando que al fin y al cabo se calzaria con la corona. Sábelotodo le dijo:

—El asunto es peliagudo; pero no se apure por eso vuestra alteza, que todo se andará si la burra

no se pára. Diga vuestra alteza en todas partes que todo lo sabe, y bastará esto para que vuestra alteza lo consiga todo como yo lo he conseguido. Yo quedé huérfano de padre y madre á los doce años, y determiné irme por el mundo á buscarme la vida. Una vieja, que habia sido ama de gobierno de uno que llegó á director de Instruccion pública sin más que decir que lo sabía todo, me dijo al partir: «Hijo, tú no sabes nada, pero te voy á descubrir un secreto con el cual lo conseguirás todo, y es que digas siempre que todo lo sabes». En el primer pueblo adonde llegué, habia un caballero que necesitaba un ayudilla de cámara, y me presenté á él solicitando entrar á su servicio. «¿Qué es lo que tú sabes?» me preguntó el caballero, y le contesté que lo sabía todo. Con la confianza que tenia mi amo en que yo lo sabía todo, y con lo que aprendí obligado por la necesidad, conseguí dar gusto á mi amo, que al fin me recomendó para que me dieran una plaza de escribiente en las oficinas del Gobierno, donde diciendo que lo sabía todo, llegué á director del ramo. Oyendo el rey decir que yo lo sabía todo, me llamó un dia á su presencia y me preguntó si era cierto lo que se decia de mí. «Sí señor,—le contesté,—yo lo sé todo». Y en el acto me dió una cartera de ministro, que es una brevita de las buenas. Con que no olvide vuestra alteza la leccion,

y verá cómo consigue con ella cuanto le dé la gana.

El príncipe se puso en camino para el infierno, resuelto á hacer el viaje en el ménos tiempo posible, porque la Constitucion prohibia al rey permanecer fuera del reino más de un año, y á los príncipes permanecer más de dos, so pena de perder el rey la corona y los príncipes todos sus derechos á heredarla. Por supuesto que al despedirse el príncipe de la infanta su mujer, hubo aquello de «cuidado con que te enredes por ahí con alguna picarona», y lo demas que es de ene en tales casos.

IV

Andando, andando, el príncipe se encontró con una cuadrilla de bandidos que asesinaban á Cristo padre, y que así que le vieron se dispusieron á quitarle del medio.

—¿Adónde va usted?—le preguntó el capitan de los bandidos, miéntras montaba el trabuco para levantarle la tapa de los sesos.

—Al infierno,—contestó el príncipe, que era incapaz de mentir á nadie.

El capitan, al oir esta contestacion, desmontó el trabuco y le dió un abrazo, exclamando:

—Esa arrogante contestacion le salva á usted;

porque á nosotros nos gustan los valientes que, como usted, hablan gordo aunque tengan la muerte al ojo.

El príncipe continuó su camino, y andando, andando, llegó á una ciudad donde no se oian más que llantos y rogativas. No preguntó á nadie qué era lo que pasaba, pues preguntando hubiera confesado que no lo sabía todo; pero se enteró de todo por las conversaciones del público. Habia en la ciudad una fuente tan prodigiosa, que casi todas las enfermedades se curaban bebiendo sus aguas; y así era que siempre estaba la ciudad llena de forasteros que iban á beberlas, y en cambio de la salud que recobraban, dejaban allí el oro y el moro. Pero hacía ocho dias que la fuente habia dejado de manar, y aunque se habia ofrecido un burro cargado de oro al que consiguiese hacerla manar nuevamente, nadie lo conseguia ni habia ya esperanzas de que lo consiguiera. Naturalmente, á todo forastero que llegaba á la ciudad se le preguntaba qué era lo que sabía, á ver si entre ellos habia alguno que supiese de fontanería. Al príncipe se le hizo tambien esta pregunta, y contestó que lo sabía todo; pero cuando le preguntaron en qué consistia el haber dejado de manar la fuente, contestó que iba muy de prisa y á la vuelta daria la ansiada contestacion y ganaria el burro cargado de oro.

Los habitantes de la ciudad quedaron muy consolados con la esperanza que les dió el príncipe, y éste siguió su camino.

Andando, andando, llegó á otra ciudad, donde tambien era todo llantos y rogativas, porque habia en aquella ciudad un enorme manzano, cuyas manzanas eran tan prodigiosamente ricas en olor, color y sabor, que de todos los reinos extranjeros iban á comprarlas y las pagaban á peso de oro para la mesa de los reyes, y el manzano, cuyo fruto enriquecia á la ciudad, se iba secando sin que se le encontrase remedio, por más que la ciudad habia ofrecido un burro cargado de oro al que acertase á remediar aquella calamidad pública.

Allí, como en la primera ciudad, se preguntaba á los forasteros qué era lo que sabian, á ver si se daba con alguno que supiese de arboricultura, y tambien se preguntó al príncipe. Éste contestó que lo sabía todo, pero que como iba muy de prisa, aplazaba para la vuelta el curar el manzano y ganar el burro cargado de oro.

Continuó el príncipe su camino, dejando tambien llenos de esperanza y consuelo á los habitantes de la segunda ciudad, y andando, andando, llegó á una venta que estaba ántes de pasar un rio é hizo noche allí. Cuando ya se habia acostado, llegaron á la venta dos labradores que traian un burro cargado de pedazos de oro, é hicieron

tambien allí noche. Aquellos labradores estaban contentísimos, porque habian descubierto una mina de oro tan rica, que empleando en su explotacion lo poco que ellos sabian de minería, habian sacado el oro suficiente para cargar el borrico.

Por supuesto, se guardaron muy bien de decir á nadie la que habian descubierto; pero oyendo decir al posadero que estaba en la venta un viajero que era un pozo de sabiduría, y amenguando su gozo la dificultad de encontrar quien dirigiese la explotacion de la mina, les ocurrió que tal vez hallarian en aquel sabio el que ellos necesitaban, y determinaron sonsacarle por la mañana á ver si entendia de minas.

En efecto, por la mañana llamaron aparte al príncipe y le preguntaron qué sabía.

—Lo sé todo,—les contestó el príncipe.

Los labradores creyeron que con esto queria decirles que sabía el descubrimiento que habian hecho, y se miraron como diciéndose: «Amigo, éste nos ha comido la partida y ya es inútil andar con tapujos con él. Hablémosle con franqueza, á ver si se quiere encargar de dirigir la explotacion de la mina, y si no quiere, tapémosle la boca aunque sea con todo el oro que hemos traido en el borrico, que oro no nos faltará á nosotros miéntras conservemos el secreto de la mina».

—Pues ya que usted lo sabe todo,—dijeron al



príncipe,—hablemos con franqueza. ¿Quiere usted encargarse de dirigir la explotacion de la mina que hemosdescubierto?

—No puede ser,—contestó el príncipe,—porque voy muy de prisa.

—¿Pues adónde va usted?

—Al infierno.

Al oir esto, los labradores creyeron que aquel sabio tenia muy malas pulgas, y ya no pensaron más que en taparle la boca para que no divulgase su secreto. Ofreciéronle el borrico cargado de oro si juraba no decir á nadie nada de la mina; el príncipe lo juró, y poco despues continuó su camino, dejando en la venta el borrico cargado de oro para recogerle á la vuelta, y diciendo para sí: «¿Dónde demonios estará la mina que esos labradores han descubierto? Siento no saberlo, porque sería una gran noticia para mi señor suegro».

Andando, andando, llegó á la orilla del rio, que se pasaba por una barca. Al barquero le sucedia una cosa muy particular. Tenia ya sesenta años, y desde la edad de doce estaba allí de barquero sin encontrar quien le reemplazase en aquel oficio, que aborrecia con sus cinco sentidos. Cuando todavía era muchacho, su madre, que era una santa, veia con profunda pena que era muy aficionado á pasar el rato en las tabernas, y temia que se pervirtiese en ellas y se condenase. Para

que nunca fuese á las tabernas, y por consiguiente no se condenase, pidió á Dios una gracia, que Dios le concedió en atencion á su santidad, y fué que su hijo no pudiese salir de la barca miéntras no entrase en ella uno que hubiese dirigido una nave con más torpeza que él. El barquero, en cuanto entraba un hombre en la barca, le ponia el remo en la mano y trataba de salir de ella; pero hacía más de cuarenta años que hacía con todos esta prueba, y la hacía en vano. ¡Si sería torpejon el tal barquero!

Aguijábale la curiosidad de saber si estaba destinado á acabar allí la vida ó encontraria al fin quien le reemplazase, y preguntó al príncipe, como á todos, si sabria sacarle de aquella duda.

—Yo lo sé todo,—le contestó el príncipe;—pero á la vuelta hablarémos, que voy muy de prisa ahora.

—¿Pues adónde va usted tan de prisa?

—Al infierno.

El barquero no se atrevió á hacer más preguntas al que tan desabridamente le contestaba, y el príncipe siguió su camino.

V

Habia oido el príncipe decir que el infierno es tierra caliente, y por estas señas esperaba encon-

trar la tierra que buscaba. Andando, andando, empezó á sentir un calor tan grande, que no tuvo más remedio que irse quitando toda la ropa. Cuando no le quedaba ya más que la camisa, y áun ésa estaba á punto de quitarse, descubrió una caverna, que no dudó fuese la entrada del infierno, á juzgar por la mucha gente que entraba por ella.

Entró tambien, y andando, andando, llegó á la habitacion del diablo, que casualmente no estaba entónces en casa, porque andaba muy ocupado en la formacion de no sé qué partidos políticos.

El diablo tenia muchos servidores, y uno de ellos pasó recado á la señora, que al momento mandó pasar al príncipe á su gabinete, donde el príncipe la encontró sentada en un sofá y embutida en un miriñaque que ocupaba la mitad de la pieza.

—¿No está ese caballero?—le preguntó el príncipe, un poco avergonzado de su *negligé*.

—No señor,—le contestó la señora con una halagüeña sonrisa, recogiendo un poco el miriñaque para que se sentara á su lado.—Y dé usted gracias á Dios de que no esté, porque tiene un genio tan endemoniado, que si estuviera no salia usted de aquí vivo.

—¿Por qué?

—Porque es celoso como un diablo.

—¿Le gustan las mujeres, eh?

—¡Podíamos no gustarle!...

—Es verdad que le sirven ustedes de mucho.

—Somos sus piés y sus manos para todo.

—Pues ántes que venga, voy á decirle á usted el negocio que me trae por acá, que por cierto es peliagudo.

Alentado el príncipe con las cariñosas miradas y las tentadoras sonrisas que le dirigia la señora del diablo, pidió á ésta ayuda para conseguir en primer lugar tres pelos de la cabeza del cornudo, y en segundo la resolucion de los tres problemas que habia dejado pendientes en el camino, á saber: el de la fuente, el del manzano y el del barquero.

La señora, que cada vez estaba más amable y complaciente con el príncipe, y que estudiaba con el diablo para resolver las cuestiones más difíciles, se devanaba los sesos para encontrar los medios de complacer al príncipe, cuando cate usted que llama el diablo á la puerta, y para salvar al príncipe de sus uñas no tuvo más remedio que esconderle bajo el miriñaque.

—¡A cristiano me huele!—dijo el diablo al entrar, encogiendo las narices como quien sorbe tabaco.—¡A cristiano me huele, y mil demonios me lleven si por aquí no hay alguno!

—¡Anda al diablo con tus aprensiones!—le

dijo la señora con la mayor naturalidad del mundo.—¿Cuándo has de dejar de infernar la casa con tus condenados celos?

—Te digo que á cristiano me huele...

—¡A cuerno te olerá, Dios me perdone!

Al fin el diablo se tranquilizó, porque las mujeres son capaces de engañar al mismo diablo, y como estaba rendido con tanto como le daban que hacer los hombres políticos, se sentó en una sillita baja y reclinó la cabeza en las rodillas de la señora, para que ésta le arreglase un poco el pelo, que se le habia erizado de espanto al antojársele que la habitacion olia á cristiano.

Apénas reclinó la cabeza, se quedó dormido y empezó á roncar, con gran complacencia del príncipe, á quien hasta entónces no le habia llegado la camisa al cuerpo. Entónces la señora cogió un pelo entre el índice y el pulgar, y... ¡tris! le arrancó de un tiron y se le dió al príncipe, metiendo la mano por la manera del vestido y lo que sigue, porque yo no sé qué es lo que sigue.

El diablo despertó con el dolor del repelon, exclamando:

—¡Diablo! ¡Que me has hecho daño!

—Calla, hombre,—dijo la señora,—si es que te he tirado del pelo soñando, porque me habia quedado dormida, y estaba soñando una cosa tan rara...

—¿Y qué era lo que soñabas?—preguntó el diablo, que era curioso como un demonio.

—Que en una ciudad es todo llantos y rogativas porque ha dejado de manar una fuente.

—Y no volverá á manar miéntras no maten un sapo que se ha atravesado en la cañería,—contestó el diablo.

Y se volvió á quedar dormido.

Así que volvió á roncar el diablo, la señora cogió otro pelo, y... ¡tris! le arrancó de un tiron y se le dió tambien al príncipe por la manera del vestido y lo que sigue.

—¡Demonio! ¡Que me has hecho ver las estrellas!—gritó el diablo volviendo á despertar.

—Calla, hombre,—dijo la señora,—si ha sido tambien soñando, pues me habia vuelto á quedar dormida y tenia un sueño tan raro...

—¿Y qué sueño era?

—Soñaba que en otra ciudad todo es llanto y rogativas porque se seca un manzano.

—Y se secará si no matan un raton que le roe la raíz,—contestó el diablo volviéndose á dormir.

Cuando la señora le oyó roncar, cogió otro pelo, y... ¡tris! se le arrancó de un tiron y se le dió al príncipe por la manera.

—¡Mil demonios te lleven!—exclamó el diablo furioso, despertando nuevamente con el dolor.

—Calla, hombre,—dijo la señora,—si te he

tirado del pelo soñando, pues me habia vuelto á quedar dormida, y tenia un sueño más raro...

—¿Y qué soñabas?

—Que un barquero muy torpe tiene grandes deseos de saber si ha de encontrar ó no quien le reemplace.

—Y nada ménos que un rey le reemplazará,— dijo el diablo.

Y volvió á quedar completamente dormido.

Entónces el príncipe salió con mucha suavidad de debajo del miriñaque de la señora, donde no se habia ahogado de calor, gracias á la ligereza de su traje; y si no se llevó tras de sí, al marcharse, el alma de la señora, fué porque el alma de la señora era del diablo.

VI

El príncipe emprendió la vuelta á su tierra, volviendo á arroparse conforme se alejaba del infierno, que es tierra caliente; y al pasar la consabida barca llenó de alegría al barquero, anunciándole que iba á ser reemplazado, y nada ménos que por un rey. Agradecido el barquero, le dijo que la víspera del dia en que pasó por allí, habian pasado dos labradores con un burro cargado de oro, lo que probaba que á la parte allá del rio debia haber alguna mina riquísima.

—¡Buena noticia para mi señor suegro!—dijo para sí el príncipe.

El príncipe recogió en la venta el burro cargado de oro, y andando, andando, con el burro delante, llegó á la ciudad del manzano, buscó el raton que roia la raíz de aquel precioso árbol, le mató, y al dia siguiente empezó á florecer el manzano, en vista de lo cual la ciudad, regocijada y agradecida, le dió el prometido burro cargado de oro.

Andando, andando, con sus dos burros cargados de oro delante, el príncipe llegó á la ciudad de la fuente, buscó el sapo atravesado en la cañería, le mató, y la fuente volvió á manar, por lo cual la ciudad, llena de alegría y agradecimiento, le dió otro burro cargado de oro.

El príncipe, andando, andando, con sus tres burrros cargados de oro, llegó á la córte, abrazó á la infanta su mujer, sin decirle por supuesto que se habia enredado en el miriñaque de una picarona, y presentó al rey su suegro los tres pelos del diablo, que el rey reconoció como legítimos.

Cuando el rey vió los tres burros cargados de oro, abrió tanto ojo y preguntó á su yerno dónde estaba la mina que aquel oro producia; y como su yerno le dijese que debia estar al otro lado del rio consabido, el rey se puso inmediatamente en camino para ir á buscar la mina.

El príncipe, entre tanto, dijo para sí:

—¿Qué demonio de falta me hacen á mí estos tres burros cargados de oro, si para mi corta ambicion me bastan el amor de mi mujer y las rentas del principado? Voyme con ellos por el molino donde me crié á enriquecer á los que me criaron con tanto cariño, y si al paso encuentro á los dos mendigos con quienes repartí los dos duros que me dió de propina mi suegro, no se irán con las manos vacías, que tengo para mí que toda mi buena suerte la he debido á las bendiciones que me echaron.

Andando, andando, con sus tres burros cargados de oro, el príncipe pasó por una aldea, y á la puerta de una casa miserable vió á un anciano y una anciana tomando el sol; y al reparar bien en su cara, reconoció en ellos á los mendigos á quienes habia socorrido cuando iba con la carta del rey, y les dió uno de los burros cargados de oro, y continuó su camino, miéntras los ancianos decian, bendiciéndole y llorando de alegría:

—¡Ya tenemos para hacer el viaje á la corte y averiguar el paradero del hijo querido que nos llevó el rey!

—¿De qué hijo hablarán esos buenos ancianos?—dijo para sí el príncipe al oirlos.—¡Siempre se tratará de alguna bribonada de mi señor suegro, que es una alhaja!

Y andando, andando, rio abajo, con sus dos burros cargados de oro, llegó al molino donde se habia criado, y despues de pasarse un par de dias en amor y compaña con los que le habian servido de padres, les dejó los dos burros cargados de oro, y se volvió á la corte, donde le esperaba su mujer la infanta, cada vez más enamorada de él.

Iba espirando el año de la partida del rey, y el rey no volvia, lo cual era cosa muy séria, porque con arreglo á la Constitucion, perdia la corona si no habia vuelto al cumplirse el año de su salida del reino. El año se cumplió sin que el rey volviese, y la corona pasó á las sienes de su yerno, que se dedicó en cuerpo y alma á hacer la felicidad de sus vasallos, que lo necesitaban mucho, pues el monarca anterior lo tenia todo patas arriba por su pícaro afan de buscar minas de oro y plata.

Pero ¿qué era del rey? El rey habia reemplazado al barquero, porque habia dirigido la nave del Estado más torpemente que el barquero la suya, y en toda su vida pudo salir de la barca, porque no entró en ella otro más torpe que él. ¡Mal año para tales reyes!

LAS BORRICADAS.

I

En un lugar de Andalucía, cuyo nombre no viene á cuento, daba cada chillido que metia miedo una pobre mujer que estaba de parto. Y el caso era para chillar, porque hacía diez horas que habia asomado la cabeza la criatura, y por más que el comadron sudase, tira por aquí, tira por el otro lado, la criatura no acababa de salir.

—¡Apriete usted, que ya sale!—gritó el comadron.

—¡Aprieta, Trifona!—repitió el tio Robustiano, marido de la parturienta.

—Tio Robustiano,—dijo el comadron,—no tiene usted maña para nada. Tápele usted la boca á su mujer, que se le va la fuerza por ella.

El tio Robustiano plantó la mano á su mujer en la boca, y el remedio fué como con la mano,

pues la pobre Trifona, obligada á escoger entre reventar ó parir, escogió lo último, y la criatura apareció al fin en manos del comadron, que por la gravedad del caso habia sido llamado en lugar de llamarse á una comadre, que es lo que en casos ordinarios se hace en aquel país.

—¡Jesus!—exclamó el comadron despues de examinar el sexo de la criatura.—¡Si esto no es niño, que es un borrico!

—¡Efectivamente, un borrico es de grande!—asintió el tio Robustiano.—No es extraño que la pobre Trifona haya sudado sángre para soltar ese tarugo.

Esto pasaba en una alcoba inmediata á una cuadra, donde una burra, á cuyos piés dormia un borriquito de pocos dias, despachaba su racion de paja. El recuerdo del borriquito era sin duda lo que habia hecho al comadron y al tio Robustiano comparar al niño con un borrico, en lugar de compararle con un ternero, que es la comparacion admitida por el uso.

—Tio Robustiano,—dijo el comadron,—abrigue usted por ahí á la criatura miéntras yo arreglo á la madre.

Y el tio Robustiano, no hallando sitio más cómodo ni abrigado para colocar al recien nacido, le llevó al pesebre de la burra, y le dejó allí colocadito entre la paja.

—¡Calla!—dijo el comadron al ir á fajar á la recien parida.—¡Si esta mujer está ya más muerta que mi abuela!

—¡Amigo, nos ha partido usted de medio á medio!—exclamó el tio Robustiano.

Y como era natural, se echó á llorar como un borrico; digo, como un becerro, que es la comparacion admitida.

En efecto, la pobre Trifona habia muerto miéntras su marido y el comadron discutian la especie á que pertenecia la criatura.

El comadron arregló bestialmente la cabeza del niño, y digo bestialmente, porque se la dejó estrecha por delate y ancha por detras, extendió la papeleta de defuncion, haciendo constar que la parturienta habia muerto á consecuencia de haber dado á luz un chicarron como un borrico, y se largó, dejando al tio Robustiano el cuidado de las operaciones restantes.

La primera de estas operaciones era dar de mamar al niño, que lo pedia chillando como un condenado á muerte.

El tio Robustiano aplicó la boca del niño á la teta de la burra, y el niño se dió una pechada de leche como para él solo, y se quedó profundamente dormido.

El tio Robustiano Asnar (Aznar era su apellido, pero ya se sabe que los andaluces y los vas-

congados convierten la *z* en *s*) habia pensado buscar nodriza á su hijo; pero cuando vió que al chico le iba tan ricamente con la leche de burra, desistió de su pensamiento, con tanto más motivo, cuanto que era hombre sumamente económico, como lo probaba un pucherete de onzas de oro que tenia enterrado en la cuadra, no fiándose, el muy cuco, de la Caja general de Depósitos.

—Nada, nada,—dijo,—que mame el chico leche de burra, y así se pondrá bueno si con los tirones que le dió el bruto del comadron quedó algo resentidillo del pecho.

II

Silvestre, el hijo del tio Robustiano Asnar, se crió á las mil maravillas con su nodriza, la burra, cuya leche era tan abundante, que, como decia el tio Robustiano, bastaba para alimentar dos burros.

Un dia dijo para sí el tio Robustiano:

—Este chico está ya tan grande como su hermano de leche, y es tiempo ya de ponerle á la escuela para que se desasne un poco y luégo vaya á Sevilla á estudiar veterinaria, que es carrera muy socorrida en España, donde hay tantos animales.

Dicho y hecho: pocos dias despues Silvestre

empezó á asistir á la escuela; pero hacía tantas rabonas por irse á jugar con su hermano, á quien naturalmente queria como á un semejante, que dos años despues todavía estaba en el silabario, donde sólo sabía deletrear esta palabra: *b*, *u*, *bu*, *r*, *o*, *rro*, *burro;* por lo cual, y porque no habia dia que despues de dar la leccion no le plantasen la gorra de papel con el letrero BURRO, todos sus condiscípulos le designaban con el nombre de su hermano.

A fuerza de años y tambien de varazos, porque su maestro era de aquéllos que creen que á burro lerdo, arrierito loco, aprendió á leer endemoniadamente; pero por más que su maestro se empeñó en que aprendiera á escribir, no pudo hacerle pasar de palotes; por lo cual el maestro llamó un dia al tio Robustiano y le dijo que habia determinado expulsar de la escuela á Silvestre.

—¿Por qué?—le preguntó el tio Robustiano.

—Por burro.

—No extraño que lo sea, porque lo ha mamado con la leche,—contestó el tio Robustiano, no encontrando otra razon para defender á su hijo.

Silvestre Asnar pasó poco despues á Sevilla á estudiar veterinaria con grandes recomendaciones que le proporcionó su padre para un catedrático.

Para no moler al lector refiriéndole las borri-

cadas que allí hizo Silvestre, me limitaré á decir que el catedrático á quien le habia recomendado su padre, escribió á éste dos años despues, diciéndole que por burro se expulsaba tambien á Silvestre de aquella universidad.

Las repetidas coces que el tio Robustiano habia recibido de su hijo habian quebrantado grandemente su salud, y tan terrible fué la que recibió por conducto del catedrático, que el pobre murió de ella, exclamando:

—¡Me ha partido por el eje el animal de mi hijo!

Silvestre Asnar se encontró, pues, huérfano, con un pucherete de onzas de oro, y acreditado de burro, no sólo en su pueblo y en Sevilla, sino tambien en toda Andalucía, pues sus borricadas habian sido puestas en romance, y por toda Andalucía las cantaban y vendian los ciegos.

Y dijo para sí:

—¿Qué demonches me hago yo ahora, siendo como soy el hazme reir de las gentes? Si supiera rebuznar un poco el frances como tantos otros, me iria á Francia, porque cuanto más me aleje de Andalucía, ménos me conocerán; pero como no lo sé, me contentaré con irme á la provincia de España más lejana de Andalucía.

Y echando una miradita al mapa de España, y viendo que las Provincias Vascongadas eran las

más lejanas de Andalucía, se decidió á venirse á comer en ellas el pucherete de onzas qne le habia dejado su padre.

Inmediatamente se embarcó en uno de los vapores que navegan entre Sevilla y Bilbao, y llegó felizmente á este último puerto, donde determinó pasar el resto de sus dias, porque le llenó de entusiasmo la perpetua verdura de Vizcaya.

III

El pueblo vascongado es el pueblo español más exento de jandalismo ó gitanería, y esta cualidad es una de las que más me encariñan con él, porque toreros, chalanes, manolos, jaques, gitanos, todo eso que se puede llamar jandalismo ó gitanería, es cosa que me revienta, á pesar de mi entrañable amor al pueblo y sus costumbres (á sus costumbres buenas, por supuesto, porque tambien las tiene bien repícaras). En Andalucía, donde abundan los verdaderos graciosos, nadie celebra las tonterías de los que no lo son; pero en Vizcaya, donde si no faltan graciosos indígenas, son rarísimos los graciosos andaluces, el pueblo se desternilla de risa con las andaluzadas más desgraciadas y vulgares.

Acostumbrado Silvestre Asnar á no hacer reir en Andalucía, se llenó de admiracion y orgullo

cuando vió que en Vizcaya todo el mundo reventaba de risa al oirle y le calificaba de gracioso.

—¡Hola! ¡hola!—dijo para sí.—No soy tan burro como suponian en mi tierra. Bien dijo, no sé si Cristo ó Santa María, que nadie es profeta en su patria. Vamos á cuentas. Yo tengo un buen pucherete de onzas de oro y no necesito por ahora pensar en el pan nuestro de cada dia; pero necesito pensar en hacerme estimar, porque... es tontería, con el dinero sólo no se vive en el mundo; y prueba de ello es lo que pasa en Bilbao, donde hay una porcion de indianos que tienen el oro y el moro, y nadie hace caso de los que no tienen más mérito que el de ser ricos. Ya que tengo talento para estudiar y hacerme estimar por mi saber, quizá pueda hacerme estimar por mi gracia, y llámele usted hache. Metámonos, pues, á gracioso.

Este razonamiento parecerá algo impropio de un burro; pero hay que tener en cuenta que á veces los burros rebuznan á tiempo.

Silvestre se metió en efecto á gracioso, pero sus gracias ni siquiera tenian el mérito de la originalidad, pues casi todas eran escandalosamente plagiadas. Y si no, pruebas al canto.

En Bilbao casi todas las habitaciones tienen campanilla, cuyo llamador da á la calle. Silvestre se entretenia en atar un pedacito de carne á los

llamadores, y resultaba que los perros transeuntes, así que olian la carne, ¡ham! se tiraban á ella, y en las habitaciones andaba un repiqueteo de doscientos mil demonios.

Silvestre metia dentro de un fuelle un ratoncito muerto, y cuando el raton estaba corrompido, lo cual se conocia en el pestilente olor del aire que salia del fuelle, se iba á un portal donde un zapatero y su aprendiz trabajaban en un cajon ó garita de tablas, metia el cañon del fuelle por un agujerito que daba detras del maestro, soplaba con mucha suavidad, y el maestro, que percibia un olor endemoniado, arreaba un puntapié al aprendiz, poniéndole de cochino que no habia por dónde cogerle.

Se plantaba á la puerta de una casa, y en cuanto veia pasar algun vecino de la calle de Santa María, le preguntaba:

—Diga usted, Fulano, ¿qué calle es la de usted?

—Santa María.

—*¡Ora pro nobis!*—se ponia á cantar Silvestre, desternillando de risa á los circunstantes.

Serafin era un jóven muy guapo y aficionado al estudio de la historia natural; pero tan excesivamente tímido, que no podia saludar á una mujer sin ponerse colorado como un pavo. Su bello ideal habia sido siempre y era el casarse, aun-

que fuese con una muchacha más fea que un demonio; pero permanecia soltero, porque nunca se habia atrevido á decir á una mujer por ahí te pudras. Habia en la calle del Correo una cigarrería, que gozaba de cierta celebridad, por la única razon de que sus dueñas eran tres hermanas solteras, más feas que el voto-va-Dios, y á Serafin le ocurrió un dia el pensamiento de decir á cualquiera de ellas si se queria casar con él; pero le pareció tan atrevido aquel pensamiento, que desistió inmediatamente de él, y sólo el haberle concebido le ruborizaba de tal modo, que cuando pasaba por la calle del Correo no se atrevia á mirar hácia la cigarrería de las tres hermanas, que solian estar siempre trabajando á la parte de afuera del mostrador.

Silvestre oyó decir un dia á Serafin que deseaba hacer un viaje á Madrid, sólo por ver la casa de fieras.

—Hombre,—le dijo,—no es menester ir tan léjos para ver las fieras más raras que usted se ha echado á la cara en toda su vida.

—¿Y dónde están?—preguntó Serafin, abriendo tanto ojo.

—Aquí, en la calle del Correo. ¿Quiere usted venir á verlas?

—Vamos allá.

Silvestre y Serafin echaron á andar, y distrai-

dos en su conversacion, llegaron á la puerta de la cigarrería de las tres hermanas.

—Pase usted,—dijo Silvestre abriendo la vidriera y quedándose á la parte de afuera para que pasase Serafin.

Éste creyó morirse de vergüenza cuando reparó en el sitio en que se hallaba, y cuando vió á las tres hermanas fuera del mostrador; pero entró casi maquinalmente, y Silvestre, cuando le vió en medio de las cigarreras,

—¿No queria usted ver las fieras?—dijo.—Pues ahí las tiene usted.

Y cerrando la vidriera, se largó calle arriba.

A Serafin le dió un soponcio, y ¡pataplum! cayó desmayado, no en el suelo, sino en las garras de una de las fieras, con quien, no se sabe cómo demontres, se casó pocas semanas despues.

En Bilbao hay mucha aficion á los espárragos, que son aquí riquísimos, y duran desde Marzo á Octubre. Silvestre Asnar hizo correr la voz de que él tenia una receta, mediante la cual se podian comer los espárragos todo el año, y tan ricos que se chupaba uno el dedo. Los aficionados á espárragos se alborotaron con esta noticia, y pidieron al andaluz por todos los santos del cielo que les facilitase tan preciosa receta. El andaluz, despues de hacerse rogar por espacio de un mes, les salió con la siguiente pata de gallo:

—La receta es ésta: se echa en un plato sal, aceite y vinagre, se revuelve todo bien, se moja allí el dedo, y se chupa.

El tamborilero municipal de Bilbao tiene obligacion de tocar los dias festivos en los soportales de la casa de la Villa, que está en la plaza del Mercado, donde al oir el alegre són del tamboril y el silbo, se reune alborozado el pueblo, y baila y se regocija. Asnar compraba un limon en los puestos de naranjas y limones de los soportales de la misma plaza, le partia por medio, y repartiéndole entre dos chicos, encargaba á éstos que se pusieran á chuparle delante del tamborilero. Así lo hacian los chicos; y cuando el tamborilero los veia chupar el limon, se le hacian los dientes agua, se le llenaba el silbo de ella, y tenia que dejar de tocar, con gran algazara y chacota del público, que adivinaba al momento quién era el autor de aquella jugarreta.

Estas y otras eran las *gracias* con que Silvestre Asnar trataba de hacerse hombre de pro.

IV

Hay en Vizcaya unas mujeres llamadas adivinadoras, que ganan el pan abusando de la credulidad de los sencillos aldeanos que van á consultarlas cuando se les ha perdido ó les han hur-

tado alguna res, alguna alhaja ó algun dinero. No es decir que abunden aquí estas embaucadoras, pues no pasarán de media docena las que hay en todo el Señorío. Las adivinadoras, que aunque con distinto nombre, se conocen tambien, y por cierto en mayor número que en Vizcaya, en todas las demas provincias de España; las adivinadoras no dicen nunca categóricamente dónde está la cosa perdida ó hurtada: traban larga conversacion con el que va á consultarlas, investigando con destreza el sitio donde se ha perdido ó la persona que la ha hurtado, y cuando han obtenido del tonto que las consulta los indicios que les niegan sus cartas ó sus misteriosos conjuros, dan una contestacion equívoca, que á veces hace recuperar lo perdido, y cuando no, deja á la adivinadora en buen lugar.

Años atras, en unos baños muy concurridos de la Alcarria, se contaban maravillas de un pastor avecindado en aquellas cercanías, y que ejercia la industria de curandero. Y es de notar, aunque sea de paso, la necedad del vulgo, que para no ser necio á medias, prefiere siempre á los pastores, que naturalmente son los hombres más ignorantes de la sociedad, para atribuirles prodigios de habilidad y sabiduría. El pastor de la Alcarria aventajaba á todo el protomedicato en punto á conocimiento y cura de las enfermedades; como que

con sólo ver la cara del enfermo y preguntarle su nombre, le decia el mal que le aquejaba, el tiempo que llevaba de padecerle, cuál era la estacion ó el mes ó el dia ó la hora en que más le apretaba, y hasta los médicos que le habian asistido. Dicho esto, dicho se está tambien que los bañistas enfermos acudian en tropel á consultar al prodigioso pastor, en cuyas manos dejaban una buena parte de su provision de dinero.

Como algunos jueces son el diablo para descubrir á los criminales, tiró el diablo de la manta, y quien dice el diablo dice el juez del partido, y se descubrió el pastel. El pastel se amasaba del modo siguiente: el mayoral de la diligencia de Madrid á los baños habia colocado en el coche un aparatito acústico, mediante el cual oia desde el pescante todo lo que se hablaba en el interior del carruaje; y como la manía de los enfermos es hablar de su mal, el mayoral se enteraba de lo que mutuamente se decian los enfermos á quienes conducia, y luégo enteraba de ello al pastor, con quien estaba de acuerdo, y de quien percibia una parte de las utilidades de aquella industria.

De medios análogos á los que empleaba el pastor de la Alcarria se suelen valer tambien las adivinadoras de Vizcaya.

Figurémonos que Bilbao es una pera (¡y qué rica!) y Achuri es su pezon. Pues en este pezon

vivia una adivinadora, á quien Silvestre determinó dar un chasco tan gracioso como todos los suyos, y se le dió, aunque no tan pesado como le merecen las bribonas de su oficio y los pedazos de animales que las consultan.

Un dia que la adivinadora tenia muchas consultas, se presentó Silvestre á ella y le dijo delante de las personas que llenaban la sala:

—Yo he perdido un reloj de oro, y vengo á ver si usted me ayuda á recobrarle.

—Pase usted,—le contestó la adivinadora, indicándole la puerta de un gabinete donde generalmente recibia las consultas.

—No señora,—replicó el andaluz;—quiero hacerle á usted toda la relacion delante de esta buena gente, á ver si hay aquí alguno que sepa algo de mi reloj.

—¿Con que dice usted que le ha perdido?

—Sí señora.

—¿Y cuándo?

—Ayer.

—¿Y dónde, poco más ó ménos?

—Yendo á dar un paseo hasta la Salve.

La adivinadora continuó haciéndo preguntas y más preguntas al andaluz, y cuando ya se convenció de que habia averiguado bastante ó de que no podía averiguar más, formuló su fallo en estos términos, por supuesto despues de consultar

una baraja y pronunciar unas palabras tan misteriosas que ni ella misma las entendia:

—El reloj que perdió usted ayer, le encontró una mujer que andaba recogiendo sospales (1), y se le cayó á usted enganchándosele la cadena en una rama de los árboles que están tumbando y labrando en el campo de Volantin.

—Eso no puede ser,—replicó Silvestre,—porque donde perdí el reloj no habia árboles, ni sospales, ni mujeres.

—¿Pues qué habia?

—Una sala, una mesa con tapete verde, una baraja y unos hombres alrededor de la mesa.

Al oir esto, todos los presentes soltaron la carcajada, y la adivinadora, avergonzada y furiosa, prorumpió en denuestos, jurando que se las habia de pagar el que tan en ridículo y tan en descrédito la habia puesto delante de sus mejores parroquianos.

Entre los parroquianos de la adivinadora de

(1) En Bilbao predomina el castellano; pero fuera del recinto de la villa, el vascuence es generalmente la lengua familiar del pueblo. El castellano de la gente ordinaria de Bilbao y sus arrabales es una jerga poco ménos que ininteligible para los que no están acostumbrados á oirla. Sirva de ejemplo el siguiente *discurso* con que un aprendiz de carpintero se quejaba de que un pilluelo, con pretexto de recoger virutas, cogia los desperdicios de la madera labrada con hacha y azuela: «¡A chúchu de chiriloras, sospales y mucurres agarrapar hase!»

Achuri, el que con más frecuencia venía á consultarla, y por consiguiente era el más bobalicon, era un tal Bartolo, molinero de Izurza. Silvestre tenia gana de dar un chasco á Bartolo, y dispuso uno, por cierto nada original, para cuando viniese la primera vez á Bilbao.

La adivinadora, que le andaba á Silvestre á los alcances por medio de sus espías, tanto para precaverse de sus jugarretas como para encontrar ocasion de vengarse de él, supo la mala pasada que el andaluz preparaba al molinero.

La primera vez que el molinero de Izurza vino á Bilbao, fué á consultar á la adivinadora sobre si una hija suya muy arrimadita á la cola consentiria ó no en casarse con un jóven de Madrid que la pretendia hacía tiempo, y que de tanto como sabía se habia vuelto tonto.

Bartolo habia dejado á la puerta un hermoso burro (es muy comun que los burros sean hermosos) que habia comprado hacía pocos dias en la feria de Abadiano. Tan orgulloso estaba con su burro, que hablaba á todo el mundo de él, y tambien habló á la adivinadora.

—Pues oye,—le dijo ésta,—ya que eres tan buen parroquiano, y para probarte que miro por tus intereses, te voy á dar un aviso y un consejo. El aviso es, que ese burro es un estudiante encantado.

—¿Es posible—exclamó Bartolo asustado—que un estudiante sea burro?

—Sí, hay muchos estudiantes que lo son. Ese, en lugar de estudiar, se entretenia en insultar á una pobre encantadora, y la encantadora le convirtió en burro. No será extraño que el mejor dia recobre la figura de hombre si le da la gana de hacerse pensador, porque así como los hombres se vuelven burros cuando dan en piensar, los burros cuando dan en pensar se vuelven hombres.

—¡San Antonio, abogado de los animales, me valga!—exclamó Bartolo, que era tan interesado como bobo.—¿Con que estoy expuesto á perder las dos onzas de oro que me costó el burro?

—No las perderás si haces lo que te voy á decir. Ya te he dado el aviso; oye ahora el consejo. Si tu burro recobra la figura de hombre, en lugar de darte por entendido de la trasformacion, cárgale como un burro y arrímale cada paliza que le descostilles, y verás cómo vuelve á ser burro, que así como los burros á fuerza de palos se vuelven hombres, los hombres á fuerza de palos se vuelven burros.

—No echaré en saco roto el consejo,—dijo Bartolo.

Y se despidió de la adivinadora con ánimo de salir para Izurza la mañana siguiente, ántes de amanecer.

V

La luz del alba comenzaba á aparecer allá sobre los altos montes que limitan por Oriente el verde y poblado valle de diez leguas que se extiende de Somorrostro á Elorrio; pero como la luna se habia ocultado hacía rato, el valle del Ibaizábal estaba envuelto en la oscuridad. El ruido del agua que se lanzaba furiosa de las presas de Ibaizábal y el Ponton, no era ya el único que turbaba el silencio del valle, ni eran la unica luz que en él brillaba las nubecillas de fuego que se alzaban de las ferrerías del Desierto y Bolueta; empezaba á oirse el vago rumor que anuncia el despertar de un pueblo madrugador y laborioso, y á traves de las ventanas de las caserías, dispersas en ambas vertientes del valle, aparecia y desaparecia la luz del candil, á cuyo beneficio la mujer ó las hijas del labrador despachaban los quehaceres domésticos ántes de salir á trabajar en las heredades cercanas. Y ya empezaba á oirse el canto de los pájaros escondidos en las enramadas de Miraflóres, y el de las muchachas que iban á coger el agua serena de Iturrigorri y Santuchu.

El molinero de Izurza salió de una posada de Achuri seguido de su burro. Como éste se mos-

trase un poco remolon en abandonar las delicias de la cuadra, su amo le despabiló con unos cuantos varazos, y enlazando el ramal al brazo para poder más desembarazadamente preparar la pipa, tomó la cuesta de Miraflóres con su burro detras; y detras del burro la tomó Silvestre, que desde una esquina habia estado espiando su salida de la posada.

En el alto de Miraflóres, donde la oscuridad era completa por la sombra de los árboles, Silvestre se interpuso entre el molinero y el burro, cortó el ramal por cerca de la cabezada, y atando el extremo cortado á su propio pescuezo, reemplazó al burro, que se fué muy contento á pacer en la campa inmediata.

El molinero, chupa que chupa su pipa sin volver la vista atras, y Silvestre tras él atado con el ramal, pasaron el puente de Bolueta y empezaron á dar vista á la península de Echébarri, cuando la claridad del dia era ya tál que se veian perfectamente los altos picos de Sarántes y Amboto.

Hay en aquel sitio, á la orilla del camino, un ancho guardaruedas que suelen aprovechar los aldeanos para montar en la caballería, y Bartolo se dirigió á él para montar en su burro. ¡Júzguese de su admiracion y su disgusto cuando echó de ver que su burro se habia convertido en un hom-

bre, sin duda á consecuencia de los palos que le habia dado al salir de la cuadra.

—¡Señor!—le dijo Silvestre, haciendo esfuerzos para contener la risa.—Yo era un pobre estudiante, y una pícara encantadora me convirtió en burro porque no quise casarme con ella. Suélteme usted y déjeme en libertad, ya que el encanto ha desaparecido.

—¿Qué es lo que rebuzna este pícaro burro?—dijo Bartolo dando un tiron del ramal desde encima del guardaruedas.

Y viendo que el desencantado se resistia á acercarse á la piedra, tomó una vara de un seto, y añadió, dándole un varazo que le dobló:

—Toma, hijo de una cabra, que á fuerza de leña he de quitarte yo los resabios.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—gritó el andaluz retorciéndose.

Y añadió con toda la sinceridad de su alma:

—¡Confieso que soy un burro!

Bartolo, sin hacer caso de sus lamentos y sus protestas de que todo habia sido una broma, de que se arrepentia ya firmemente, se montó en él, horcajándose en sus hombros, y empezó á menudear en su espalda los varazos con tal furia, que el pobre Silvestre no tuvo más remedio que apretar el paso.

Felizmente tenia la fuerza de un burro, y así

podia resistir la carga, que no era floja, pues Bartolo pesaba seis arrobas largas de talle.

A la mortificacion de la carga y los varazos se juntó una nueva mortificacion, pues los transeuntes se burlaban de él sin piedad, y se veia obligado á ocultarles que no hacía voluntariamente de burro, porque cada vez que despegaba los labios, Bartolo le hacía callar de un varazo que le trechaba.

Bartolo no dudaba de cuanto le habia dicho la adivinadora. ¿Y cómo dudar, si al pié de la letra se habia cumplido su profecía de que, cuando ménos lo pensara, se le trasformaria el burro en hombre? Pero si dudara, el mismo Silvestre hubiera disipado todas sus dudas, pues á cada instante hacía una borricada que revelaba sus instintos y hábitos asnales. Citemos algunas de sus borricadas.

Culpándose á sí mismo de la broma bestial que tantos lapos y sudores le costaba, iba por todo el camino repitiendo:

—¡Soy un burro, soy el más burro que ha nacido de madre!

Al pasar por Zornoza vió en un campito cerca del camino una burra que pacia con su borriquillo al lado. Por casualidad la burra y el borriquillo eran parecidísimos al ama y al hermano de leche de Silvestre, y despertando esta circunstancia en el pobre mozo los dulces recuerdos y amores de la

infancia, Silvestre corrió sin saber lo que se hacía á aquel campito; pero Bartolo descargó sobre él una tempestad de lapos que le hizo entrar nuevamente en vereda.

Como Silvestre se habia criádo con leche de burra, era aficionadísimo á ella. Al llegar á Durango, donde hay á la derecha de la carretera una alameda con una fuente riquísima en medio, y á la izquierda una manzana de casas con tiendas y otros establecimientos, Bartolo se apeó para beber un trago de agua y dar tambien de beber á la cabalgadura; pero notando que el que él creia un burro no quitaba ojo de una muestra en que se anunciaba leche de burra, creyó con razon que Silvestre preferiria la leche de burra á la riquísima agua de Durango, y pidiendo un cuartillo de leche, se la trajo al mozo, que la bebió de un trago con ánsia y alegría indescriptibles.

Tornó Bartolo á montar en Silvestre y á medirle de cuándo en cuándo las costillas con la vara, y así dieron vista muy pronto al molino de Izurza, á cuya puerta cantaba á la sazon Bárbara, la hija del molinero, esta *canta* bestial:

Para llevar la carga
del matrimonio,
se necesita un burro;
que un hombre es poco.

VI

El molino de Izurza va á servir de teatro á lo que resta de este cuento, y por consiguiente es cosa de describirle de cuatro plumaditas; de cuatro plumaditas nada más, porque un molino tiene tan poco que describir, que si fuesen más, el verdadero molino sería yo.

La carretera, á cuya orilla están la iglesia y las principales casas de la aldeita de Izurza, corre paralelamente con el rio, mediando entre ambos un corto espacio ocupado en unos puntos por huertas y tierras de pan llevar, y en otros por robles y castaños, á cuya sombra pace en todo tiempo el ganado, haciendo sonar sus cencerrillas, y en invierno *allega* el labrador la hoja desprendida de los árboles y el helecho seco, para abonar sus cortas pero fecundas y hermosas heredades,

De la carretera parte hácia el rio una estradita enchatarrada (1) y sombreada de uno y otro lado por los avellanos, sauces y endrinos que forman el seto, y por la hilera de manzanos que se extiende á uno y otro lado entre el seto y la heredad.

(1) Llámase *chatarra* á la escoria de las ferrerías, que se emplea en los caminos y paseos como una especie de grava impermeable.

Al fin de la estrada, y ya casi al desembocar en el rio, está el molino que es conocido con el nombre antonomásico de Bolinchu, que quiere decir Molinillo.

Como doscientos pasos más arriba del molino, que se distingue desde léjos de las demas casas de la aldea por la harina que blanquea en su tejado, está la presa, y entre el cauce y el rio média un espacio que forma triángulo, y es una linda huerta perteneciente al molino y orlada de manzanos, melocotoneros y guindos, así por el lado del rio como por el lado del cauce.

En la base de este triángulo está el molino, que tiene detras la antépara ó cubo, y delante una portaladita ó plazuela, á la que dan sombra un nogal y dos cerezos. Dos son sus puertas: una de ellas correspondiente á la cuadra, que con el apartado de los rodetes, de donde torna el agua al rio por un arco rebajado, ocupa el piso bajo; y la otra, correspondiente al piso principal, donde están las dos piedras molares, una para el trigo y la otra para el maíz, y la habitacion de los molineros, que ocupa el resto del piso principal. A este piso se sube por una escalerilla exterior de mampostería con descansillo y pretiles. Para que no penetren en el piso principal los cerdos y las gallinas que hozan y escarban en la portalada y la cuadra, hay en la entrada una portezuela de

vara y media de alto, constantemente cerrada con su taravilla interior. Y por último, conviene decir, para que esta descripcion no quede incompleta, que en una ventana del lado del rio hay un botrino colgado, y entre la escalerilla y la puerta de la cuadra una piedra molar vieja, arrimada á la pared.

Los habitantes racionales (vamos al decir) de Bolinchu son Bartolo, Canuta su mujer, y Bárbara su hija, y entre los irracionales (vamos al decir tambien) el que merece especial mencion es el perro Cascarrabias.

Señalemos un rasgo de cada uno de estos individuos, para que por la muestra se conozca el paño. De Bártolo no necesitamos señalar rasgo alguno, porque bastan los que hemos señalado para que por ellos se haya visto que Bartolo es un pedazo de majadero más bobo que el de Coria. Empecemos por Canuta. Canuta, cómo les sucede á muchas personas, tiene pretensiones de talentuda sin saber por qué. Un jóven de Madrid, que de tanto como sabía se ha vuelto tonto, viene todos los veranos á pasar una temporada en Izurza. El último verano se enamoró como un bárbaro de Bárbara, y como ésta se negase rotundamente á casarse con él, diciendo que no le gustaban los sabios, Canuta se enfureció hasta el punto de echar á su hija esta terrible maldicion:

—¡Ya que no quieres casarte con un sabio, permita Dios que te cases con un burro!

Las viejas de Izurza aseguran que en Bolinchu va á pasar alguna cosa rara, porque nunca deja de caer la maldicion de una madre.

Bárbara es, como ya dije, muy arrimadita á la cola, pero tambien es la muchacha más guapa de toda la merindad de Durango, donde las hay morrocotudas. Un dia, en la romería de San Antonio de Urquiola, estaban los mozos á punto de echar mano á las *maquilas* (1), sobre quién habia de bailar con la molinerita de Izurza. El alcalde de Abadiano, á cuya jurisdiccion corresponde el célebre santuario de Urquiola, tomó cartas en el asunto, y no hallando otro medio de resolver la cuestion, hizo una proposicion, que fué aceptada tanto por los mozos como por la molinera: propuso que ésta eligiese para bailar entre el mozo que consiguiese arrastrar una piedra de diez quintales de las que se emplean para probar la fuerza de las parejas de bueyes, y el mozo que supiese más de historia sagrada. Hechas las respectivas pruebas y señalados por el alcalde y el cura los dos mozos que más habian sobresalido en fuerza y sabiduría,

(1) Los bastones que, segun costumbre, colocan los mozos en torno del tronco de un árbol, donde uno de ellos les hace centinela.



Bárbara dió la preferencia al que habia arrastrado la piedra de diez quintales.

Cascarrabias debe este nombre á sus amos, porque siempre está de mal humor con Bárbara y Bartolo. A Canuta suele hacerle algunas fiestecitas; pero con quien siempre se deshace en ellas, es con el jóven que de tanto como sabe se ha vuelto tonto. Esto hace sospechar al vecindario de Izurza que Cascarrabias, en el pellejo de Bárbara, no hubiera preferido en Urquiola al mozo que arrastró la piedra de diez-quintales. Júzguese del talento de Cascarrabias por lo que voy á contar. Cuando no hay carne fresca en Izurza, que es todos los dias de la semana, ménos el sábado y el domingo, en que se mata y despacha una res, Canuta envuelve en un papel el importe de la carne que necesita, coloca el dinero en una cestita cerrada, pone el asa de la cestita en la boca de Cascarrabias, señala á éste con la mano hácia Durango, Cascarrabias echa á correr con su cestita en la boca, y una hora despues ya está de vuelta con la carne en la cestita. El cortador de Durango, que ya le conoce y sabe lo que quiere, conoce por el dinero la carne que se le pide, y se guarda muy bien de dar con el dedillo á la balanza, porque una vez que lo hizo, Cascarrabias, que no le quita ojo miéntras pesa, le saltó furioso á la cara, y á poco más le lleva las narices.

VII

Cascarrabias, que estaba durmiendo bajo el nogal de la portalada, despertó al oir los juramentos y los lapos con que su amo arreaba á Asnar por la estrada abajo, y la algarabía y risotadas de una porcion de gente que seguia al molinero viéndole montado en tan extraña cabalgadura. Y al ver asomar á Asnar con el molinero encima, corrió furioso á su encuentro y de la primera dentellada le desgarró el pantalon por detras; pero cuando iba á tirarle la segunda, que hubiera dado en lo vivo, pues lo vivo habia quedado descubierto con la primera, Bárbara le arrimó un cantazo que le hizo huir gritando: «¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Cómo saca la cara Bárbara por sus semejantes!»

He referido este suceso, porque de él se saca la consecuencia de que Cascarrabias simpatizaba ménos y Bárbara simpatizaba más con Silvestre que con el jóven de Madrid que de tanto como sabía se habia vuelto tonto.

Antes de pasar más adelante, conviene, para la mejor inteligencia de este verídico cuento, que demos á conocer una de las razones que Bárbara tenia para ser tan aficionada como el mismo Asnar á los burros. Siendo todavía niña, estaba una tarde de verano al otro lado del rio haciendo un

haz de leña para calentar el horno, cuando estalló una terrible tempestad. Bárbara corrió á refugiarse en el pórtico de una ermita que está en el robledal, á la orilla del rio, y viendo desde allí que el rio comenzaba á crecer, pues la nube descargaba hácia Mañaria, que está media legua más arriba, determinó pasárle inmediatamente ántes que creciera más. No faltará quien diga que esta determinacion fué muy prudente; pero yo le replicaré que esta determinacion fué muy bárbara, porque un poco más arriba de la ermita hay un puente, por el cual podia haber pasado la molinerilla, por mucho que hubiera crecido el rio. Bárbara se lanzó al vado, que se pasaba por unas piedras, y cuando estaba sobre una de éstas, oyó un gran ruido en direccion de Mañaria, y en lugar de apresurarse á saltar al otro lado, calculando que aquel ruido era el de una montaña de agua que avanzaba por el rio abajo, se paró á escuchar qué ruido era aquél. De repente apareció á su vista la montaña de agua, y ántes de que tuviera tiempo para ponerse en salvo, el agua la alcanzó y la arrastró por el rio abajo. Luchaba desesperada la pobre Bárbara con la furiosa corriente, buscando aunque fuese una barra ardiendo á qué agarrarse, cuando un burro, que bajaba tambien arrastrado por el agua, tropezó con ella. Bárbara se agarró á la cola del burro, y á esto debió su salvacion,

pues el burro, que tenia más talento que ella, logró salir á la orilla izquierda del rio y sacó á Bárbara agarrada de la cola. Bárbara no olvidó nunca que un burro le habia salvado la vida, y desde entónces los burros le inspiraban tal simpatía, que cuando veia alguno, los ojos se le iban tras él.

Pero volvamos á Bartolo. Bartolo se apeó en la portalada, metió en la cuadra á Silvestre, le ató del ramal al pesebre, y salió á contar desde el descansillo de la escalera el extraño caso de la trasformacion del burro, trasformacion que maravilló á unos, é hizo decir á otros que el molinero queria hacerles comulgar con ruedas de molino, pues en Izurza hay gentes tan largas, tan largas, que se pierden de vista, aunque haya tambien otras que creen á piés juntillas los prodigios que se cuentan de la misteriosa torre de Echéburu (1).

Al dia siguiente, como en los sucesivos, Bartolo cargó de harina á Asnar, y varazo por aquí, varazo por el otro lado, anduvo con él de casería

(1) La torre de Echéburu, que está en jurisdiccion de la misma república de Izurza, es un edificio muy singular por los inaccesibles peñascales que la dominan, por su antigüedad, por el peñon surcado de cavernas en que está edificada, y por las pavorosas tradiciones que el vulgo, y áun los historiadores, refieren de ella. En otro libro narraré estas tradiciones, que más de una vez he oido al pié de la sombría torre sin poder conservar el ánimo sereno, aunque estoy ya curado de espantos.

en casería, dejando zurrones molidos y tomando zurrones por moler.

Cascarrabias enseñaba los dientes á Asnar siempre que le veia, y se los clavaba siempre que le alcanzaba.

Algunas veces se permitia Canuta dudar de que Asnar fuese un burro trasfigurado en hombre; pero Bartolo tenia una observacion tan sencilla como poderosa para disipar completamente sus dudas, y consistia en recordarle la ojeriza que Cascarrabias, enemigo irreconciliable de los burros, tenia á Asnar. Ante esta observacion, Canuta se daba por convencida.

Quien más simpatizaba en el molino con Asnar era Bárbara. Parece á primera vista que Bartolo debia simpatizar tambien; pero sucedia todo lo contrario, y esto tiene una explicacion muy sencilla: Bartolo tenia más de bobo que de burro, cualidadades que conviene no confundir, porque soy muy distintas, y la parte que tenia de burro cedia ante la parte que tenia de interesado.

Asnar solia echar á Bárbara piropos como éste:

—¡Ay, si se volviese usted paja y me la echaran de pienso!

Y Bárbara se hacía una jalea al oir estas borricadas.

De estas simpatías y estas borricadas resultó que Bárbara y Asnar se enamoraron bestialmente,

y Bárbara temblaba cada vez que pensaba en que podia suceder alguna de estas dos cosas: que Asnar se escapase, ó que Asnar recobrase la figura de burro, en cualquiera de cuyos casos la pobre muchacha se quedaba sin novio. Para evitar lo primero, Bárbara tenia buen cuidado de bajar todas las noches, ántes de acostarse, á ver si estaba bien echado el cerrojo que tenia por la parte de afuera la puerta de la cuadra donde dormia Asnar; y para evitar lo segundo, influia lo posible con su padre para que escasease á Asnar los palos, que, segun opinion de la adivinadora, hacen hombres á los burros y burros á los hombres.

No siempre las influencias de Bárbara conseguian preservar las costillas de Asnar de la vara de fresno de Bartolo. Una tarde descargó éste en ellas una tremenda paliza, y aquella noche apénas durmió la pobre Bárbara, temorosa de hallar por la mañana á su novio convertido en burro por virtud del vapuleo.

Aquella noche estaba Asnar tan disgustado de su situacion, que despues de piensar (los burros no dejan el pienso por los disgustos) se puso á pensar del modo siguiente:

—¡Esta vida es capaz de acabar con un borrico! Estoy enamorado como un burro de esa Bárbara, y ella lo está del mismo modo de mí. ¿He de ser tan asno que por el pícaro amor renuncie

á mí libertad y me resigne á que me tengan en Vizcaya por más burro aún que me tenian en Andalucía? No, ¡voto á brios!

Y así pensando, pegó un par de coces á la puerta, coces cuyo ruido oyó Bárbara y aumentaron sus temores, hizo saltar el cerrojo, y lanzándose al campo, tomó el camino de Bilbao al resplandorcito de la luna.

VIII

El burro de Bartolo, emancipado del ramal por obra y gracia de Asnar en la colina de Miraflóres, habia vagado de campa en campa y de arboleda en arboleda desde Miraflóres á Izurza; y como la libertad llega á ser odiosa á los burros, determinó renunciar á ella, á cuyo efecto la misma noche en que Asnar habia huido de Bolinchu, apareció estradita abajo, y encontrando de par en par la puerta, se metió en la cuadra del molino.

Apénas amaneció, Bárbara, que asaltada por sus fieros temores no habia pegado ojo en toda la noche, se levantó, y temblándole las piernas y palpitándole el corazon de incertidumbre y miedo, bajó á la cuadra, y se encontró con que sus temores se habian realizado, por lo cual lanzó un grito desgarrador y cayó redonda en la portalada, víctima de un patatús tremendo.

Bartolo y Canuta, que oyeron el grito de su hija, saltaron en camisa á la portalada, y á fuerza de hacer aire con el faldon á la pobre muchacha, consiguieron que ésta volviese en sí.

—¿Qué demonios es lo que te ha pasado?—le preguntó Bartolo.

—¡Qué me ha de pasar!—contestó Bárbara llorando como un becerro.—Que con la paliza que usted le arrimó ayer tarde al burro, ha recobrado la figura de ántes.

Al oir esto Bartolo, pegó un salto de alegría y se lanzó á la cuadra. Los extremos de contento que allí hizo al encontrarse con su hermoso burro, tal como le habia comprado en Abadiano, no son para contados.

Canuta tambien se alegró un poquillo, porque recobró la esperanza que iba perdiendo de que su hija consintiese al fin en casarse con el jóven de Madrid que de tanto como sabía se habia vuelto tonto.

En cuanto á Cascarrabias, que dormia sobre un monton de helecho seco bajo el nogal, se contentó, al oir esta tremolina, con levantar la cabeza, informarse de lo que pasaba, y volver á dejarla caer con la mayor indiferencia, como diciendo: «¡Vaya, está de Dios que no hemos de salir de burros!»

La vida de los molineros de Bolinchu volvió

á ser lo que habia sido ántes de la trasformacion del burro en hombre. Bárbara, unas veces montada en su burro, otras á pié llevándole del ramal, recorria las caserías dejando y tomando zurrones, sólo que estaba muy triste, y ya ni siquiera cantaba la coplilla que la oimos cantar á la puerta del molino.

Su padre la habia prohibido terminantemente pegar al burro, temeroso de que éste volviese á trasformarse en hombre, y la infeliz doncella sostenia una terrible lucha entre los encontrados afectos de su ternura, su obediencia filial y su interes.

—Mi felicidad—decia—está en que este amado burro recobre la figura de hombre, y el único medio que tengo para conseguirlo, consiste en arrimarle cada paliza que le parta de medio á medio; pero ¡ay de mí! ¿cómo por una parte falto á la obediencia filial, y por otra casco las liendres al dulce objeto de mi amor? ¡Oh, amor, á cuán duras pruebas sometes á esta infeliz mujer!

Ocasiones habia en que Bárbara, pasando con su burro por alguna estradita oscura donde nadie podia verla, tomaba una estaca del seto y la levantaba en alto para brear á estacazos al burro; pero luchando con sus encontrados afectos, la arrojaba léjos de sí, abrazaba y besaba al burro, llorando de arrepentimiento y ternura, y se apresu-

raba á salir con él de la estrada donde tan malos pensamientos la habian asaltado.

A todo esto, en Izurza, y áun en toda la merindad, no se hablaba de otra cosa que de la hermosa molinerita de Bolinchu, que por maldicion de su madre estaba enamorada de un burro.

Y á todo esto volvió á veranear en Izurza el jóven de Madrid que de tanto como sabía se habia vuelto tonto, y aquel pobre jóven sufria las penas del purgatorio viendo ya completamente malogradas sus esperanzas de que le quisiera la molinerita.

Bartolo y Canuta, que al fin eran padres, padecian tambien mucho viendo la tristeza y el desmejoramiento de su hija, y ya pedian á Dios que el burro se volviese hombre, y casándose él y Bárbara acabasen de una vez los padecimientos de esta última; pero decian, y decian muy bien:

—No hay cosa más fácil que trasformar al burro en hombre: con arrimarle un par de palizas buenas estamos al fin de la calle; pero ¿y si despues que se case con la chica se vuelve nuevamente burro porque le sacudan el polvo en una quimera ó por cualquiera otra cosa? ¡Esa es la gaita!

Hacía por entónces un calorazo que se asaban los pájaros; como que era á mitad de canícula.

—Esta cuadra está como un horno,—dijo una

noche Bartolo á su mujer y su hija al bajar todos á hacer una fiestecita al hermoso burro ántes de ir á acostarse.—Este pobre burro se está aquí asando, y mejor sería echarle á que pase la noche al fresco por esas arboledas.

Todos convinieron en que esto sería lo mejor, y el burro, dando saltos de alegría, tomó estradita arriba miéntras sus amos se retiraban á dormir.

Al decir sus amos, hablo de Bartolo y Canuta, porque Bárbara estaba enamorada, y ya se sabe que los enamorados no duermen.

IX

Miéntras duermen, ó suspiran, ó pacen los moradores de Bolinchu, vamos á ver lo que hace Silvestre Asnar.

Silvestre Asnar volvió á Bilbao y se metió nuevamente á gracioso; pero ni en el aura popular ni en el oro del pucherete que le dejó su padre, podia encontrar un instante de alegría, porque la molinerita de Izurza no se apartaba de su imaginacion.

Iba á las romerías para alegrarse, y volvia de ellas más triste que habia ido.

Iba á los obradores, y tampoco recobraba su buen humor, y eso que las costureras y las cigarreras de Bilbao son capaces de alegrar al mismísimo Jeremías.

Se rebajaba hasta imitar á los soldados que van á las fuentes y al rio á enamorar á las criadas que van por agua y á lavar la ropa, y ni áun allí conseguia que se le alegrase la pajarilla.

Ni reia, ni comía, ni dormia, ni sosegaba, y se iba quedando en los huesos á puro pensar y soñar en la molinerilla de Izurza, hasta que una noche, precisamente aquella en que los molineros de Bolinchu dieron libèrtad al burro, tomó el camino de Izurza, diciendo:

—Esto es hecho: yo me vuelvo á ver á la molinera y me caso con ella ó me rompo el bautismo contra la piedra molar que hay en la portalada, porque sin Bárbara no puedo vivir. ¿Que me vuelve Bartolo á cargar de zurrones y á moler á palos? Santo y muy bueno; mejor es eso que llevar esta pícara vida que llevo léjos de Bárbara.

Este discurso no es del todo propio de un burro, convengo en ello; pero ya he dicho y repito que á veces los burros rebuznan á tiempo.

Al salir el sol, tomaba Asnar la estradita que média entre Bolinchu y la carretera, y en aquel momento acababan de levantarse Bartolo, Canuta y Bárbara, esta última con una cara que daba compasion el verla; como que habia pasado la noche velando y llorando, lo cual tenia á sus padres que se les podia ahogar con un cabello.

Cuando Silvestre apareció en el descansillo de

la escalera, padres é hija dieron un grito de alegría, y se lanzaron á él con los brazos abiertos.

—¿Cómo te has convertido en hombre?—le preguntó Bartolo.—Siempre habrás entrado esta noche en alguna heredad y el dueño te habrá cargado de leña.

—Hombre,—replicó Silvestre desesperado,—déjense ustedes de esas tonterías, que yo seré todo lo burro que ustedes quieran, pero nunca he tenido figura de tal.

Todos, inclusa Bárbara, dieron señales de incredulidad.

—Pues bueno,—dijo Silvestre,—dejémonos de paja y vamos al grano. Yo no puedo vivir sin Bárbara, y vengo resuelto á casarme con ella ó romperme la crisma contra la piedra de la portalada.

—Hombre, no seas burro... ¿Querrás negar que anoche en figura de tal saliste á pasar la noche al fresco en las arboledas, y hasta ahora que vuelves en figura de hombre no te habíamos visto el pelo?

—Le digo á usted que ése sería otro burro.

—No señor, que eras tú. ¡Qué más querríamos nosotros que tener la seguridad de que no te habias de trasformar nunca en burro para que te casaras con ésta, y concluyera la pobre de penar!

—Pues dejen ustedes que nos casemos, y verán cómo no me trasformo.

—Eso no puede sèr.

—¿Que no? ¿Que no nos dejan ustedes casar?

—No señor.

—Pues señor, ésto es hecho: cuando no puede uno con la vida, se le da un puntapié y andando.

Y al decir esto, Silvestre bajó á la portalada, se plantó delante de la piedra arrimada á la pared, se colocó á suficiente distancia, bajó la cabeza, y apuntándola bien á la piedra, dijo:

—¡A la una! ¡A las dos! ¿Me caso con Bárbara, sí ó no?

Iban todos á contestar negativamente y Silvestre á hacerse tortilla los sesos, cuando rebuznó un burro en la estrada.

—¡Cielos!—exclamaron Bárbara y sus padres, cayendo de rodillas con las manos juntas en el descansillo de la escalera.

Y en aquel instante apareció en la portalada el verdadero burro.

—¿Ven ustedes—dijo Silvestre—como era otro burro el que ustedes vieron anoche?

—¡Sí, sí, era otro burro!—contestaron todos, locos de alegría, estrechando en sus brazos á Silvestre y dando gracias á Dios porque el burro habia rebuznado á tiempo.

Tres semanas despues se casaron Bárbara y Silvestre, y en el momento en que salian de la iglesia de San Nicolas, se vió á un hombre rodar por el peñascal de Mañaria y hacerse pedazos en las rocas.

¡El despeñado era aquel jóven de Madrid que de tanto como sabía se habia vuelto tonto!

CRISPIN Y CRISPINIANO.

I

En un pueblo de cuyo nombre no puedo acordarme, y lo siento mucho, porque á los cuentistas nos sale la cuenta contándolo todo, y más que todo contando dinero, vivia un zapatero llamado Crispin, que conviene dar á conocer al público.

Crispin tenia un defectillo que consistia en ser un poco *fantasioso*, como llamamos en Vizcaya á aquéllos de quienes se dice en otras partes que les gusta pintar la cigüeña, y este defectillo era tanto más lamentable, cuanto que Crispin era muy amante de la igualdad.

Crispin no estaba descontento de su pueblo ni de su oficio; pero habia en su pueblo y en su oficio cosas que le quemaban mucho la sangre. Vayan algunos ejemplitos de ello.

Al maestro de escuela se le designaba antonomásicamente por el maestro, y se le llamaba siempre señor maestro al dirigirle la palabra. Al maestro zapatero se le llamaba sencillamente el zapatero, y al dirigirle la palabra maestro á secas.

—Pero, señor,—decia Crispin,—¿por qué ha de haber estas necias distinciones y desigualdades sociales? ¡Pues qué! ¿No soy yo tan maestro como el maestro? ¿No es, si se quiere, más fundamental mi arte que el suyo? Yo soy un artista que calza al vecindario, y él otro artista que le educa. Si los dos somos hombres de bien y cumplimos con nuestra obligacion, ¿á qué viene llamarle á él señor maestro y á mí maestro á secas? Felizménte, el progreso social dará muy pronto al traste con estas monstruosas desigualdades.

En dos clases se dividia principalmente el calzado que el vecindario encargaba á Crispin: botas para el señor cura, el señor maestro y algunas otras personas, y zapatos para el resto del vecindario.

—¡Pero, señor,—decia Crispin,—es cosa que pasma y pudre la sangre esta desigualdad social! ¿Por qué unos han de llevar calzado que sube hasta la rodilla, y otros calzado que no pasa del tobillo? ¿No somos todos hijos de Adan y Eva? ¿No tenemos todos las piernas de la misma hechura?

Lo que disgustaba tambien mucho á Crispin era el servilismo, era eso de haber en la sociedad amos y criados, jefes y subordinados, reyes y vasayos, porque decia con muchísima razon:

—Señor, si todos los hombres somos hermanos, si tenemos todos un mismo principio y un mismo fin, si un mismo cielo nos cobija y una misma tierra nos sustenta, ¿por qué no hemos de ser en todo lo demás iguales? Afortunadamente, el nivel de la civilizacion establecerá la armonía social, cuya falta tantos males acarrea á la humanidad.

Grandes eran las penas que estas cavilaciones daban á Crispin; pero Crispin se consolaba de ellas con la lectura de ciertos libros que eran su más dulce entretenimiento en el corto tiempo que el trabajo le dejaba libre, porque hay que advertir, para dár al César lo que es del César, que Crispin era muy trabajador y á esta buena cualidad unia la de no beber vino.

Un dia recibió una carta de un amigo que tenia en la corte, y en esta carta leyó la posdata siguiente:

«De novedades por aquí no hay más que la de andar el rey algo enfermo, lo cual nos tiene con mucho cuidado, porque su majestad es un santo, y la de haber muerto el zapatero de cámara de su majestad. Si á tí te acomoda la plaza de

zapatero de cámara, que es una brevita de las buenas, vente por acá, que de seguro te la calzas, porque yo conozco á un pariente de una parienta de un amigo de una amiga del calcetero de su majestad.

Crispin abrió tanto ojo cuando leyó esta posdata, y despues de consultarlo con la almohada, se decidió á emprender el camino de la corte para pretender la vacante que le anunciaba su amigo, ó mejor dicho, para ocuparla, pues Crispin era gran-optimista, como se colige de lo que le hemos oido decir acerca del nivel de la civilizacion, y ya la consideraba suya.

—¡Zapatero de cámara de su majestad!—decia.—¿Quién me tose á mí si pesco la placita ésa? Y tres más que la pescaré con las buenas relaciones que mi amigo tiene con el calcetero de su majestad. Planto en la muestra las armas reales, y ya me tiene usted armado. Ahora verán mis paisanos cómo yo no soy de ésos que se llenan de viento en cuanto les sopla un poco la fortuna. Vea usted, otro en mi lugar, cuando volviera por el pueblo, hasta tendria á ménos hablar con el señor cura; pero yo nada de eso, he de ser un señor tan llano que ni siquiera permitiré que me hablen con la cabeza descubierta.

Pensando Crispin tan sesudamente, se echó á la espalda un morral que contenia algunas her-

ramientas de su oficio y su traje dominguero, se embolsó el poco dinero que tenia, y emprendió la jornada, por supuesto despues de despedirse de sus parientes y amigos, con quienes estuvo finísimo, pues á todos les dijo:

—Nada, ya lo saben ustedes, si se ofrece algo, no tienen ustedes más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

II

La jornada era larga, y el dinero de Crispin corto; pero Crispin á cuantos pobres encontraba en el camino les daba un par de cuartitos, porque decia, y decia muy bien:

—¿Qué ménos de dos cuartos ha de dar á cada pobre un zapatero de cámara de su majestad?

En el primer pueblo que atravesó, le pidió limosna un hombre que tenia la mano entrapajada.

—¡Qué! ¿Está usted manco?—le preguntó Crispin.

—Sí señor; soy alpargatero, y de resultas de haberme pinchado la mano con la aguja, hace ya un mes que no trabajo.

—¿Alpargatero? Hombre, pues somos casi del mismo arte.

—¡Qué! ¿Es usted acaso abarquero?

—¡Abarquero!—replicó Crispin un poco amos-

tazado.—Hombre, hágame usted más favor; yo soy, como quien dice, zapatero de cámara de su majestad.

—¡Ah! Usted perdone,—dijo el manco, llevando respetuosamente la mano al sombrero.

—No hay de qué, amigo,—le contestó Crispin ya muy risueño.

Y echando mano al bolsillo, le alargó una peseta.

El alpargatero se echó á llorar, ó poco ménos, de alegría y agradecimiento al verse con tal generosidad socorrido, y Crispin se apresuró á decirle:

—¿Quiere usted callar, hombre? Los artistas estamos obligados á favorecernos mutuamente.

—Pero ya ve usted, yo soy un pobre alpargatero...

—Para mí vale usted tanto como si fuéra usted un duque. Todos somos hijos de Adan y Eva, y las distinciones que no se apoyan en la virtud y el talento son despreciables.

—¡Y qué razon tiene usted, señor!

—Ea, que usted se alivie, y si se le ofrece algo, no tiene más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

Pasando Crispin por otro pueblo, vió á la puerta de una tienda cerrada tres mujeres que aporreaban la puerta con un par de zapatos usados

que cada una tenia en la mano, y al alzar la vista vió sobre la puerta una muestra con este letrero entre una bota y un zapato: *Crispiniano, maestro de obra prima.*

—¿Por qué aporrean ustedes así esa puerta?—preguntó Crispin á las mujeres.

—Para que abra el zapatero y nos componga estos zapatos, que nos corren prisa.

—¿No ven ustedes que cuando el maestro no ha abierto será porque habrá salido á algun recado?

—¡Ca! Estará todavía durmiendo la mona que cogió anoche ó habrá salido á coger otra.

—¡Hablen ustedes con más respeto de los artistas!—dijo Crispin poniendo la cara séria.

—¡Ja! ¡ja!—exclamaron las mujeres.—¡Vaya un artista, que gasta en vino y aguardiente más de lo que gana!

Y volvieron á aporrear la puerta con los zapatos, poniendo al maestro de holgazan y borracho que no habia por dónde cogerle.

Crispin trató de apaciguarlas, y les aconsejó que se fueran á casa y volvieran mas tarde con los zapatos.

—¿Se le figura á usted—replicó una de ellas—que tenemos nosotras de sobra el tiempo para andar yendo y viniendo?

—Mi marido—añadió otra—no tiene más za-

patos que éstos, y está esperando á que yo se los lleve compuestos para ir á trabajar al campo.

—Tampoco mi chico—dijo la tercera—tiene más calzado que éste, y hoy va á perder la escuela por culpa de ese borrachon.

—Vamos, vamos, que todo se arreglará,—dijo Crispin, compadecido de aquellas buenas mujeres.—Yo tambien soy del arte, y para que no se les haga á ustedes mala obra voy á componerles esos zapatos.

—Sí, sí, háganos usted ese favor, que ademas de pagarle lo que sea, se lo agradecerémos mucho.

Crispin sacó las herramientas que llevaba en el morral, se sentó sobre éste, y, mete que mete la lezna, y tira que tira del cabo, ántes de media horita compuso perfectamente todos los zapatos.

—¿Con que qué le debemos á usted?—le preguntaron las mujeres.

—Lo que acostumbre á llevarles el maestro Crispiniano por composturas así,—les contestó Crispin.

Y las mujeres, ésta «á mí me lleva tanto», y la otra «á mí me lleva cuánto», le pagaron su trabajo y le dieron las gracias por lo bien que las habia servido.

—No hay de qué darlas,—les dijo Crispin,—porque los artistas estamos obligados á servir á

todo el mundo. A la corte voy, y si se les ofrece á ustedes allí algo, no tienen más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

III

Apénas se habian ido las mujeres, y cuando Crispin empezaba á recoger las herramientas, apareció Crispiniano haciendo eses en la bocacalle por donde habian desaparecido las mujeres.

—Oiga usted, buen hombre,—dijo encarándose con Crispin.—¿Es usted el hijo de cabra que ha tenido el atrevimiento de venir á la *mesma* puerta de mi tienda á quitarme las parroquianas?

—¡Sea usted mejor pensado y mejor hablado!—le contestó Crispin con enojo.—Yo he hecho lo que debe hacer todo artista por otro artista, que es suplirle á usted para que no perdiera usted las parroquianas. Ahí tiene usted siete reales y medio que ha importado la compostura de tres pares de zapatos.

Y Crispin alargó un puñado de cuartos á Crispiniano, que los tomó, diciendo en tono chancero:

—Gracias, compadre; pero ¿de véras no me ha sisado usted siquiera para un cuartillo?

—Le he dicho á usted que piense y hable mejor, si sabe,—exclamó Crispin indignado.—¡Vea usted lo que es el pueblo! Trabajo le mando al

rey mi augusto amo para gobernar y complacer á un pueblo tan ingrato.

—Hombre, no se incomode usted por eso, que no lo digo por ofender á su honrada persona; y en prueba de ello, se va usted á venir conmigo á echar un cuartillo.

—¡Gracias!—contestó Crispin secamente.—Yo no bebo vino.

—¿Pues qué bebe usted, hombre? ¿Aguardiente?

—Tampoco. Yo bebo agua.

—¿Agua? ¡Eg, qué asco!

—Lo que da asco es ver á artistas como nosotros emborracharse. ¿Por qué no deja usted ese pícaro vicio?

—Eso me dicen todos, y francamente, me dan tentaciones de no volver á catar el vino.

—Y hará usted muy bien.

—Pues ya se ve que sí. Hoy dia, yo no sé si será por esa cenicilla que les sale á las cepas ó por qué, andan unos vinos tan flojos, que más cuenta le tiene á uno beber aguardiente.

—¡Vamos, ya veo que usted es incorregible!—dijo Crispin, echándose el morral á la espalda y disponiéndose á partir.

—¡Hola! ¿Con que va usted de camino, eh?

—Sí señor, voy á la corte.

—¡Aprieta! ¡Y nada ménos que á la corte!

—Sí señor, y si se le ofrece algo por allá, no tiene más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

—¡Qué! ¿Le conoce usted?

—Como que soy yo mismo.

—¿Usted?

—Haga usted cuenta que sí. Está vacante la plaza, y como me escribe un amigo que tengo allí diciéndome que si me acomoda me la calzo inmediatamente, he resuelto ir á desempeñarla.

—¡Canario! ¡Qué brevita se va usted á chupar!

—Ya se ve que es buena.

—¿Y ese amigo de usted tendrá en la corte buenos conocimientos, eh?

—Con decirle á usted que conoce á un pariente de una parienta de un amigo de una amiga del calcetero de su majestad...

—¡Pues eche usted conocimientos! ¡Canario! ¿Sabe usted que me dan ganas de irme con usted á ver si hay tambien turroncillo para mí?

—Hombre, mal vicio tiene usted...

—¡Ca, hombre! ¡Si usted no sabe de la misa la media! ¿No está usted harto de oir que el vicio tiene su morada en las córtes, y la virtud en las aldeas?

—Sí que lo he oido.

—Pues entónces, en la corte seré yo un santo.

—Hombre, tales cosas se cuentan de ella, que

puede ser que tenga usted razon; pero de todos modos la bebida es vicio muy feo.

—Ya se conoce que usted no bebe.

—¿Por qué?

—Porque, como dice la copla,

«Para no beber vino
razones tengo,
y es la razon primera
que no lo bebo.»

—Esa copla la ha compuesto algun borracho.

—No digo que no. Pero volviendo á nuestra conversacion, me voy con usted.

—Andando, que así llevaré compañía.

Crispiniano se metió en casa á aviarse para el viaje, y Crispin entre tanto trabó conversacion con los vecinos de Crispiniano.

El grandísimo bribon de Crispiniano decia para sí miéntras se aviaba:

—Con que la plaza de zapatero de cámara de su majestad está vacante, y ese mozo va al olorcillo de ella, ¿no es verdad? La tal plaza me conviene, porque dará poco trabajo y mucho dinero, y á mí, francamente, tanto como me gusta comer y beber, me disgusta trabajar. Lo malo es que si el individuo ése llega á la corte, con los conocimientos que allí tiene se calza la placita, y yo me quedo tocando tabletas. Pues es necesario que yo

se la birle. ¿Y cómo? No sé cómo; pero de aquí á la corte el camino es largo, y tengo tiempo de sobra para pensar ésa y cualquiera otra picardía que me haga falta.

Crispiniano salia ya con el morral á la espalda y la bota de vino en la mano, y entónces Crispin se despidió de los vecinos, diciéndoles con la finura que le era natural:

—Ea, con que si se les ofrece á ustedes algo por la corte, no tienen más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

IV

Crispin y Crispiniano emprendieron juntos el camino de la corte. Una de las razones que tenia el primero para celebrar que le acompañase el segundo, era la de que esperaba corregirle durante el viaje de su pícara aficion al vino y al aguardiente, porque decia Crispin, y decia muy bien:

—Que haya un borracho más, no importa al mundo; pero si el borracho es un artista, importa muchísimo al arte, cuya dignidad padece y por cuyo lustre estamos obligados á trabajar todos los artistas.

Cuando Crispin reparó que su compañero no habia olvidado la bota, se puso de un humor más negro que la pez.

—¡Tire usted—le dijo—ese demonio de bota!



—¡Tirarla! ¿Quiere usted que le diga una cosa, compañero?

—Diga usted lo que le dé la gana.

—Pues digo que usted no es zapatero legítimo.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque, como dice el cantar,

«Todos los zapateros
como Dios manda,
pegan á sus mujeres
y se emborrachan;
y el que no lo hace,
aunque sea zapatero,
parece sastre.»

—Calle usted, hombre, calle usted y no diga borricadas.

—Hombre, cuando el cantar lo dice...

—Ese cantar le ha compuesto algun sastre indecente. ¡Cuidado que es para quemarle á uno la sangre esto de que se ha de tomar por sentencia del sabio Salomon una copleja compuesta tal vez por un bribon ó un pedazo de animal!... ¡Jesus qué pueblo tan estúpido!...

—Hombre, hable usted con más respeto del pueblo soberano.

—¡Qué! ¿Se ha metido usted á procurador suyo? ¡Vaya unos procuradores que se echa el pueblo soberano!

En ésta y otras conversaciones llegaron Crispin y Crispiniano á un pueblecillo á cuya iglesia entraba mucha gente, aunque aquel dia no era festivo.

—¿Qué funcion habrá hoy aquí?—dijo Crispiniano.—¿Si serán algunas honras?

—Hombre, no sé; pero deje usted, que estas mujeres nos lo dirán,—contestó Crispin.

Y dirigiéndose á dos mujeres que se encaminaban á la iglesia con las mantillas puestas, les preguntó:

—Aunque sea descortesía, ¿van ustedes á algunas honras?

—No señor,—contestaron las mujeres deteniéndose,—vamos á la rogativa.

—¡Hola! ¿Con que hay rogativa?

—Sí señor, para que Dios dé salud al rey, que dicen está muy malo.

—¡Válgame Dios!—exclamó Crispin muy afligido.—¿Con que por lo visto se ha agravado la enfermedad de su majestad?

—Así parece.

—¡Me han matado ustedes con esa noticia!

—Ya se conoce que usted es buen monárquico.

—Mujer, ¿no lo he de ser, si, como quien dice, soy de la real casa?

—¿Y van ustedes ahora á la corte?

—¿Adónde, si no, hemos de ir los que tenemos obligaciones en palacio?

—Pues que encuentren ustedes aliviado á su majestad y lleven buen viaje.

—Gracias, señoras. Si se les ofrece á ustedes algo por allá, no tienen más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

Crispin y Crispiniano continuaron su viaje, y como hacía un calor de todos los demonios, sudaban el quilo.

Crispiniano sacó la bota y dijo á Crispin alargándosela:

—Compañero, allá va eso, que este mundo hay que pasarle á tragos.

—¡Quite usted de ahí, hombre!—contestó Crispin rechazándola.

—Pero, hombre, ¿es posible que no le guste á usted el vino?

—Me gusta, pero no lo bebo.

—¿Y por qué?

—Porque embrutece y arruina á los artistas.

—¡Calle usted, hombre, que me da ira el oir eso!

—Es una opinion como otra cualquiera, y las opiniones son libres.

—Pues yo opino que cuando uno tiene sed, debe beber si tiene qué. ¡A la salud de usted, compañero!

Y Crispiniano empinó la bota.

—¡Qué lástima—dijo Crispin—que esa bota nó tuviera agua en lugar de tener vino, porque me voy ahogando de sed!

El calor era cada vez mayor, y Crispin buscaba inútilmente, conforme caminaban, dónde apagar la sed, que era insufrible ya. Por fin encontraron una fuente, y Crispin se precipitó hácia ella.

—¿Qué va usted á hacer, compañero?—le dijo Crispiniano deteniéndole del brazo.

—Voy á beber.

—No haga usted tal disparate.

—¿Por qué?

—Porque le va á usted á hacer daño el agua estando tan sofocado.

—Tiene usted razon.

—Si bebe usted ahora un trago de agua, no llega usted vivo á la corte. A mí me tendria cuenta eso, porque así podria yo solicitar la plaza de zapatero de cámara; pero la humanidad es ántes que todo.

—Esos sentimientos son muy dignos de un artista; pero yo opino como usted, que cuando uno tiene sed, debe beber si tiene qué.

Y Crispin quiso lanzarse nuevamente al agua.

—¡Eh, compañero, no haga usted esa barbaridad!—le gritó Crispiniano deteniéndole del cuello de la camisa.

—¡Pero si me ahogo de sed!

—Un trago de esa agua fria, sudando, es un veneno.

—Entre morir envenenado y morir ahogado...

—Hay un término medio.

—¿Cuál?

—Beber el agua mezclada con vino.

—Hombre, tiene usted razon.

—Verá usted qué templado se le va á poner á usted ese cuerpo.

Diciendo así, Crispiniano sacó un vaso de cuero, le medió de agua, acabó de llenarle con vino, se le dió á Crispin, y éste le desocupó con ánsia, repitiéndose esta operacion hasta tres ó cuatro veces.

Crispiniano tambien bebió, pero fué de la bota, dando para no beber el agua la gran razon de que el agua cria ranas.

Con esto nuestros viajeros continuaron su camino charlando como cotorras, pues Crispin desde que refrescó parecia que habia comido lengua.

V

Crispin y Crispiniano encontraron un coche, dentro del cual iba un caballero muy fresco y repantigado, miéntras el cochero iba asándose en el pescante.

—Si usted pesca la placita de zapatero de cámara de su majestad,—dijo Crispiniano á Crispin,—milagro será que no viaje usted como ese señor.

—Y tres más que viajaré.

—Pero veo una dificultad en ello.

—¿Y cuál es?

—La de guiar el carruaje.

—Hombre, el carruaje le guiará el cochero.

—No sé yo si podrá desde dentro del coche.

—¿Cómo desde dentro?

—Sí señor, porque usted no consentirá que vaya fuera achicharrándose con el sol y calándose con la lluvia.

—¡Yo qué tengo que ver con eso!

—¡No ha de tener usted! El cochero es hijo de Adan y Eva...

—¡Tu, tu, tu! ¡Bueno andaria el mundo si todos los hombres fueran iguales!

—Y deben serlo.

—Hombre, no diga usted desatinos. ¿Son iguales los dedos de la mano?

—No señor.

—Pues entónces, tampoco pueden serlo los hombres.

—¡Quedamos enterados!

Nuestros viajeros interrumpieron su conversacion al oir el repique de las campanas de un san-

tuario que se descubria en la cima de un monte, por cuya ladera se dirigia mucha gente al santuario.

Unas mujeres y unos hombres, que llevaban los piés descalzos y velas en la mano, atravesaron la carretera para tomar la falda del monte.

—Aunque sea mal preguntado, ¿qué santuario es ése que se ve allá arriba?—les dijo Crispin.

—Es el de la Vírgen de la Salud,—le contestaron.

—¿Y ustedes van allá?

—Sí señor. Ese es un santuario muy milagroso, y vamos á cumplir el voto que hicimos á la Vírgen de ir descalzos á oir una misa en su altar.

—Penosillo de cumplir es el voto de ir descalzo por esos pedregales.

—Eso no vale nada. Si fuera el que hacen otras personas enfermas, que es andar toda la vida descalzas...

—¡Ya! Pero á esas personas poco les importará semejante voto, porque serán gente que casi nunca se habrá puesto zapatos...

—¡Está usted fresco!... Hasta señorones muy empingorotados de la corte suelen hacer ese voto. Ea, vamos, no perdamos la misa: Que lleven ustedes buen viaje.

—Y ustedes vuelvan con salud á casa. Si se les ofrece á ustedes algo para la corte, no tienen

más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

Los romeros tomaron la falda de la montaña, y Crispin y Crispiniano continuaron su camino.

—Hombre,—dijo Crispiniano,—me da ira el fanatismo de esas gentes.

—Lo que á mí me da ira es el escandaloso abuso que hacen ustedes de la palabra *fanatismo*, aplicándola á todo acto religioso, cuando sólo es aplicable á aquéllos que no están autorizados por la religion.

—¡Pues qué! ¿La religion autoriza para ir á la iglesia con los piés descalzos y las pantorrillas al aire?

—La religion es amiga de la pobreza y la penitencia...

—Pero, hombre, ¿qué sacan Dios ni la Vírgen con que esas gentes se vayan desgarrando los piés con los guijarros del camino?

—Esas son cuestiones en que no debemos meternos los artistas.

—Pero sí los zapateros.

—Respetemos las creencias religiosas del pueblo, que en ellas halla la compensacion y el consuelo de sus penas, y mudemos de conversacion.

En efecto, Crispiniano mudó de conversacion, no sé si por complacer á su compañero ó porque le tenia cuenta.

—Compañero, ¿sabe usted que esto es achicharrarse?

—Y ahogarse de sed.

—Pues refresquemos.

—No tenemos agua.

—Pero tenemos vino. Allá va la bota.

—Venga, ya que no hay otro remedio.

Crispin dió á la bota un beso de un segundo, y Crispiniano un beso de un minuto, y continuaron su camino.

Cuanto más se acercaban á la corte, con más frecuencia hallaban fuentes á la orilla del camino; pero Crispiniano habia logrado ya convencer á Crispin de dos cosas: de que beber agua sola cuando uno está sudando es beber un veneno, y de que mezclarla con vino es hacer de dos cosas buenas una mala. Crispin, pues, en lugar de refrescar con agua ó con agua y vino, refrescaba con vino puro.

Ya sólo les faltaba una jornada para llegar á la corte. Pasando por un pueblo, oyeron repicar las campanas de la iglesia y vieron que se dirigia á ésta mucha gente.

—¿Qué funcion tienen ustedes hoy?—preguntó Crispin á unas mujeres que se dirigian á la iglesia.

—Tenemos *Te-Deum* en accion de gracias por la mejoría del rey,—contestaron.

—¡Qué me cuentan ustedes!—exclamó Cris-

pin lleno de alegría.—¿Con que su majestad está ya mejor?

—Está ya completamente bueno.

—¡Me han dado ustedes la vida con esa noticia!

—Ya se conoce que usted es buen monárquico.

—Mujer, ¿no lo he de ser, si, como quien dice, soy de la real casa?

—¡Ah! ¿Entónces irán ustedes á la corte? Que lleven ustedes buen viaje...

—Gracias, y si á ustedes se les ofrece algo por allá, no tienen más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

VI

Crispiniano acababa de llenar la bota de vino fresco y superior en la taberna inmediata.

—Amigo,—le dijo Crispin,—con la salvacion del rey, hoy estamos de enhorabuena todos los buenos monárquicos, ó por mejor decir, lo está la nacion entera, porque rey como el que felizmente tenemos no se encuentra á tres tirones.

—Tiene usted razon, compañero, y debemos celebrar el restablecimiento de su majestad. Dispongamos el programa de festejos.

—Dispongámosle. Primero, darémos á cada

pobre que encontremos en el camino, en lugar de un par de cuartos, un par de reales, porque los pobres son nuestros hermanos, y la caridad es la obra más meritoria á los ojos de Dios.

—¡Muy bien! Continúa el programa: segundo, cogerémos una chispa que llamemos á Cristo de tú...

—¡No estoy conforme con eso!—dijo Crispin.

—Ó lo que es lo mismo; empinarémos la bota hasta que se nos alegre la pajarilla.

—Esa ya es harina de otro costal.

—Ea, pues comience usted la funcion.

Crispiniano alargó la bota á su compañero, éste le dió un prolongado beso, y en seguida Crispiniano le dió otro más prolongado aún.

Un pobre se les acercó poco despues, y con arreglo á lo acordado, Crispin le dió dos reales.

Repitiendo los besos á la bota, cada uno de los cuales iba acompañado de un viva al rey, y dando limosnas de dos reales, continuaron Crispin y Crispiniano su camino; pero Crispin empezó muy pronto á hacer eses, al paso que Crispiniano, más familiarizado que él con el vino, caminaba tan derecho como un huso.

—Compañero,—dijo Crispin al pasar junto á una casería cuya puerta estaba abierta de par en par,—vamos á dormir la siesta en el portal de esa casa.

—Me parece buena idea; pero para que la durmamos mejor, hagamos otra caricia á la bota.

—Hagámosela.

Crispin, que no se podia tener ya de pié, empinó la bota con ayuda de su compañero, y se tumbó en el portal.

Así que le oyó roncar, Crispiniano le sacó del bolsillo la carta del amigo de la corte y continuó más que á paso su camino, razonando el bribonazo de la manera siguiente:

—Ése se está ahí durmiendo la mona hasta mañana, y cuando llegue á la corte, ya le hebirlado la plaza de zapatero de cámara de su majestad.

Hala, hala, hala, Crispiniano llegó á la corte, y despues de acicalarse un poco, se fué á ver al amigo de Crispin, que le recibió muy bien así que le anunció que de parte del mismo Crispin iba á verle.

—¿Conoce usted esta carta?—le preguntó Crispiniano al de la corte.

—¡No la he de conocer, si es mia!

—Pues bien, yo soy muy amigo de Crispin, y zapatero como él. En vista de lo que usted le decia, Crispin se decidió á venir á solicitar la plaza de zapatero de cámara de su majestad, y yo traté de quitárselo de la cabeza, convencido de que un borrachon como él no servia para desempeñar un

destino tan importante; pero viendo que insistia en venir, determiné acompañarle para cuidar de que no se emborrachara en el camino. Por más esfuerzos que he hecho para corregirle de su pícaro vicio, no lo he podido conseguir, y á media jornada de aquí le dejo con una chispa que no se puede lamer; pero ántes de ir á dormir la chispa, me dijo: «Yo estoy ya convencido de que no sirvo para zapatero de cámara de su majestad. Quien es pintiparado para eso eres tú. Toma esta carta de mi amigo, vete á verle, cuéntale lo que pasa, y ruégale de mi parte que te proporcione la plaza que debia proporcionarme á mí».

—Hombre, deseo servirle á usted; pero hay una dificultad...

—Vamos á ver qué dificultad es ésa.

—El rey estaba ya sin esperanzas de vida...

—Lo sé, y le aseguro á usted que, como todo buen monárquico, he estado que no me llegaba la camisa al cuerpo, porque ¿quién no se interesa por la vida de un monarca tan benéfico é ilustrado?

—Es cierto; pero felizmente el rey está ya fuera de todo peligro...

—Lo sé tambien, y crea usted que participo con toda mi alma del gozo que experimenta toda la nacion al saber que ya no corre peligro la preciosa vida del mejor y más ilustrado de los monarcas...

—Esos sentimientos le honran á usted mucho, y por lo mismo siento que se haya usted molestado en balde...

—¿Cómo que en balde?

—Sí señor, porque se ha suprimido la plaza de zapatero de cámara de su majestad.

—¿Suprimido?

—Lo que usted oye.

—¡Amigo, me ha partido usted de medio á medio! Pero ¿por qué ha sido eso?

—Porque su majestad ha hecho voto á la Vírgen de la Salud de andar descalzo toda la vida.

—¡Pero su majestad no cumplirá un voto tan insensato!...

—¿Pues no le ha de cumplir siendo un monarca tan piadoso é ilustrado?

—Hombre, no diga usted disparates. ¿Ilustrado y piadoso un rey que en pleno siglo XIX hace voto de andar toda la vida con los piés por el suelo y las pantorrillas al aire? ¿Cómo ha de progresar esta desventurada nacion con un rey tan fanático é ignorante?

—Cállese usted, ó llamo á uno de la policía para que le meta á usted donde en la vida vuelva á darle el sol.

Crispiniano, al oir esta amenaza, se calló como un muerto, tomó la puerta de la calle, y temeroso de que el amigo de su amigo, que por lo visto

era un realiston como una loma, le jugase alguna mala partida, abandonó la corte, volviendo por donde habia ido.

VII

Llevaba Crispiniano ya algunas horas de camino, cuando héte que de manos á boca se encuentra con Grispin, y exclama:

—¡Dichosos los ojos que le ven á usted! ¡Vaya un compañero leal, que abandona á su compañero!...

—Yo he hecho lo que debe hacer todo artista por otro artista, y lo que hizo usted por mí cuando compuso los tres pares de zapatos, que es suplir la falta...

—Maldito si le entiendo á usted.

—Pues déjeme usted hablar, que no soy costal. Viendo que usted no estaba para seguir hácia la corte ni para presentarse decentemente en ella, y que si se retardaba más nuestra llegada, alguno más listo que usted se iba á calzar la plaza de zapatero de cámara de su majestad, me adelanté á solicitarla.

—¿Para quién?

—¿Para quién fueron los siete reales y medio que usted sacó de la compostura de los tres pares de zapatos?

—Para usted.

—Pues métase usted la mano en el pecho y pregúntese para quién solicitaria yo la plaza de zapatero de cámara...

—¡Hombre, déjeme usted que le dé un abrazo! Y por supuesto, la plaza no se habrá provisto aún.

—¡Qué se habia de proveér!

—¡Bendito sea su majestad, que es el rey mejor que ha tenido la nacion!

—Pero el peor que hemos tenido los zapateros.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho voto de andar toda la vida descalzo, y por consiguiente, ha suprimido la plaza de zapatero de cámara.

—Pero, hombre, ¿puede concebirse tal fanatismo en un monarca del siglo XIX?

—Lo que usted oye.

—Bien sabe Dios que no lo siento por mí, que soy hombre independiente y enemigo acérrimo de todas esas necias distinciones sociales...

—¿Pues por quién lo siente usted?

—Por la nacion cuyos destinos rige ese imbécil monarca. ¿Cómo ha de prosperar esta infeliz nacion con un rey así?

Un mendigo vino á interrumpir á Crispin en sus patrióticas lamentaciones, pidiéndole una limosna por el amor de Dios.

—¡Dios nos dé que dar, hermano!—le contestó Crispin con aspereza.—¡Cuidado con la po-

breteria que le acomete á uno por todas partes! El Gobierno, y no los particulares, es quien debe mantener á los pobres. ¡Ya se ve! ¿No ha de aumentar el pauperismo en una nacion donde el rey, en lugar de hacerse botas, hace votos de andar descalzo?

—Dejémonos de votos y botas, y veamos qué tal está la nuestra,—dijo Crispiniano alargando la bota á su compañero, que la deja pez con pez si no se la quita Crispiniano.

Discutiendo la cuestion del pauperismo y el proletariado, y haciendo ascos á cuantas fuentes hallaban en el camino, tornaron Crispín y Crispiniano á sus respectivos pueblos, donde hoy son, el primero presidente y el segundo secretario de una sociedad niveladora que tiene por título *El Rasero*, y donde los dos cogen cada chispa que llaman á Cristo de tú.

EL REY EN BUSCA DE NOVIA.

I

Pues señor, ésta era una muchachita muy hermosa y muy buena, que se llamaba Rosa. Cuando era aún muy pequeña, se le murió su padre; pero su madre la crió con mucho amor, enseñándola á ser mujercita de bien, y sobre todo á hilar, tejer y coser, que era el trabajo con que su madre ganaba el pan para las dos.

Al cumplir Rosa los quince años, su madre se puso muy mala, y conociendo que se iba á morir, llamó á su hija, y le dijo:

—Hija mia, yo me voy al cielo y te dejo sola en la tierra. No te quedan muchos bienes, pero los que te quedan te bastarán para vivir dichosa, si haces buen uso de ellos. Los bienes que te dejo son: esta casita para que vivas, y una rueca,

una lanzadera y unas agujas para que ganes el pan, como yo le he ganado, hilando, tejiendo y cosiendo.

Dicho esto, la madre de Rosa bendijo á su hija y voló derechita al cielo, adonde van siempre los que han andado derechitos por la tierra.

Rosa lloró y rezó mucho por su madre, y se puso á hilar, tejer y coser con tanto ánimo como si no tuviera pena alguna en el corazon, sólo que en lugar de cantar, lloraba y rezaba cuando trabajaba.

No la habia engañado su madre cuando le dijo que la rueca, la lanzadera y las agujas le bastarian para ganar el pan, pues las gentes más ricas de su aldea y las inmediatas se disputaban el trabajo de sus manos; y como trabajaba mucho y gastaba poco, hasta tenia dinero de sobra para dar un par de cuartitos á cada pobre que llamaba á su puerta.

II

El rey estaba ya desahuciado de los médicos, y llamando á su hijo primogénito, que era un real mozo, le dijo:

—Yo me voy á morir, pero ántes quiero decirte cuántas son cinco. Apénas cierre yo el ojo, te encasquetarás la corona; pero no te bastará

esto para ser feliz. Es necesario que te cases, que por más perrerías que se digan por ahí del matrimonio, el matrimonio es cosa buena, como lo prueba lo regostados que quedan al yugo viudos y viudas. Lo que te encargo mucho es que no eches en saco roto aquel refran que dice: «Antes que te cases, mira bien lo que haces». Esto, hablando en plata, quiere decir que ántes de casarte debes ver si tu mujer es alguna de las muchas maulas que hay entre las mujeres.

—¿Pues qué clase de mujer quiere usted que busque?—preguntó el príncipe á su padre.

—La más pobre y más rica.

—¡Quedamos enterados!—refunfuñó el príncipe, poco satisfecho de la contestacion de su señor padre.

—¡Qué! ¿No me has entendido?—dijo éste.—Pues estudia, hijo, que ya tienes edad para eso.

Dos dias despues murió el rey, y su hijo se sentó en el trono por aquello de «A rey muerto, rey puesto».

El rey se puso á cavilar á ver si daba con lo que su padre habia querido decirle al aconsejarle que buscase la mujer más pobre y más rica, pero por más que caviló no dió con ello.

—¿Si será—decia—que debo buscar una mujer que á la par sea pobre de bienes de fortuna y rica de hermosura? En fin, vamos de pueblo en

pueblo á ver si la casualidad ó la gramática parda de los campesinos disipan las nebulosidades á que mi señor padre era tan aficionado.

III

El rey andaba de pueblo en pueblo buscando novia, y en todos preguntaba cuál era la muchacha más pobre y más rica del pueblo; pero nadie entendia esta pregunta, puesto que en todas partes se contentaban con indicarle una muchacha pobre y otra rica.

—¡Canario!—decia el rey.—¡Me queman ustedes la sangre con sus pícaras entendederas! Lo que yo busco no es una novia rica ni una novia pobre, que es una que sea las dos cosas.

—¡Qué divertido está su majestad!—exclamaban los campesinos sin entender jota de lo que queria decirles.—Si estuviera como nosotros destripando terrones todo el santísimo dia, no tendria su majestad tanta gana de broma.

Andando de aquí para allí, el rey llegó á la aldea de Rosa, hizo la pregunta de costumbre, y como de costumbre, le indicaron una muchacha rica y otra pobre.

El rey determinó ver á las dos, como hacía en todas partes, y empezó por la más rica, porque no sé qué demonios tiene la riqueza, que

siempre es la preferida, así de reyes como de vasallos.

La rica habia quedado huérfana casi al mismo tiempo que la pobre; pero sus padres, en lugar de dejarle herramientas para que trabajase, le dejaron criados para que la sirviesen. Sabedora de que el rey la iba á visitar, se puso de veinticinco alfileres. ¡Allí hubieran ustedes visto seda y oro y perlas y diamantes!

—Con este continuo trasnochar, andando de baile en baile, estoy muy descolorida,—dijo.—Si yo me pusiera colorada delante de los hombres, como les sucede á las palurdas, poco me importaria esta pícara palidez; pero como no me pongo, tendré que darme un poco de mano de gato.

Y en efecto, se puso de colorete que... ¡eg, qué asco!

Poco despues llegó el rey y se quedó á solitas con ella, porque su majestad gustaba de quedarse á solas con las chicas, y como era rey absoluto, hacía lo que le daba la real gana.

La muchacha, que estaba educada á la francesa, presentó la frente al rey para que se la besara, y el rey se llenó los labios de colorete, que le supo á rejalgar.

Por más reverencias y monadas que la muchacha hacía para enamorar á su majestad, su majestad se moria de fastidio; y como habia oido

que á mal dar, tomar tabaco, sacó la caja del rapé y tomó un polvo.

Al dar su majestad un estornudo, se le saltó un boton de la pretina, y mandó á la muchacha que se le cosiera; pero la muchacha, como no sabía coser, le dió un pinchazo en la barriga que le hizo ver las estrellas.

Del susto y del dolor le dió á su majestad un vahido, y mandó á la muchacha que le hiciera una taza de té, á ver si se le pasaba; pero, la muchacha, como no entendia de cocina, le echó al té sal y ajos, y el rey á poco más echa las tripas al probarlo.

—Para este viaje—dijo su majestad—no se necesitaban alforjas.

Y se marchó muy quemado, caballero en su caballo, á casa de la muchacha pobre, que vivia á lo opuesto de la aldea.

IV

Descoloridita estaba Rosa de tanto llorar por su madre; pero cuando vió al rey atando el caballo á la reja, salió á abrirle la puerta y se puso coloradita como un clavel.

Tan embelesado la miraba el rey al entrar, que tropezando con la nariz del picaporte se hizo un siete en la levita.

—Mira,—dijo á Rosa,—damé cuatro punta-

das en este siete, que reyes de rompe y rasga no parecemos bien.

Rosa cogió la rueca y en un verbo hiló un hilito tan finó como un cabello, y cogiendo en seguida la aguja, cose que te cose, zurció el siete tan perfectamente, que ya habia de ser buen sastre el que le conociera.

A todo esto, el rey no podia desechar el asco que le habia dado el colorete de la otra, y echó mano al bolsillo para buscar el pañuelo y limpiarse los labios con él.

—¡Canario!—exclamó.—¡Pues no he perdido el pañuelo desde casa de esa indecente á aquí!

—Los mios—dijo Rosa—son muy ordinarios para vuestra majestad; pero espere vuestra majestad un poquito, que voy á tejerle uno de batista.

Y dale que le das á la lanzadera, en un quítame allá esas pajas le tejió un pañuelito al rey.

En éstas y las otras, se pasaba el tiempo sin sentir, y aunque el rey no sentia el tiempo, iba sintiendo ganillas de tomar algo.

—Mira, querida,—le dijo á Rosa,—quien así hila y cose y teje, debe cocinar á las mil maravillas. ¿No podrias hacerme algo de comer?

—Señor,—contestó Rosa, enamorada de su llaneza,—no tengo más que pan y agua y aceite y sal y ajos. ¿Quiere vuestra majestad que le haga unas sopas?

—Sí, queridita mia.

Y en ménos que se cambia de opinion política, Rosa hizo unas sopas de ajo que le supieron á gloria al rey.

Y el rey, montando en seguida en el caballo que habia dejado atado á la reja, se alejó, se alejó por aquellos campos.

Y Rosa, viéndole desde la ventana alejarse, se echó á llorar y se preguntó á sí misma:

—¿Por qué lloro yo, si ahora no es por mi pobre madre?

Pero al dia siguiente volvió el rey con muchas damas y caballeros y carrozas doradas, y tomando á Rosa del brazo, se fué con ella á la iglesia de la aldea, y allí se casó con Rosa; que ya habia encontrado su majestad la novia pobre y rica que le recomendó su señor padre.

EL TIO MISERIAS.

I

Este era un rico avariento que tenia el oro y el moro y nunca habia dado un ochavo á los pobres. Cerca de su casa habia una ermita del Angel de la Guarda, en que ya no se podia decir misa, porque era muy indecente y se estaba cayendo. El ayuntamiento determinó reedificar la ermita, y sacó la obra á pública subasta. El tio Miserias, que así llamaban al rico avariento, viendo un buen negocio en la obra, hizo proposiciones y se quedó con ella. La ermita, pues, se reedificó, y el Angel, que estaba muy contento con que le hubiesen arreglado la casa, se presentó al Señor y le dijo:

—Señor, vengo á pedirle á Vuestra Majestad una gracia.

—Ya sabes, Angel,—le contestó el Señor,—que deseo servirte. Veamos qué se te ofrece.

—El tio Miserias va á ir derecho al infierno en cuanto cierre el ojo, porque no tiene el diablo por donde desecharle, y yo lo siento en el alma, porque al fin él es el que me ha arreglado mi casita, que está tan mona ahora, como fea y destartalada ántes.

—¡Ya! Pero el tio Miserias, al encargarse de la obra, no se llevó más mira que la de una ruin especulacion.

—Señor, estamos conformes; pero, como dijo el otro, hágase el milagro y hágale el diablo. Al fin él es el que me ha arreglado la casita, y yo debo estarle agradecido.

—Angel, eso prueba tu buen corazon; pero yo, que me precio de justo como el primero, no veo en eso razon para hacer gracia alguna á ese tuno que en toda su vida ha dado un pedazo de pan á los pobres. Lo que yo puedo hacer por servirte es aprovechar el primer pretexto que se me presente para ser misericordioso con él. Estáte á la mira á ver si hace algo bueno en el poco tiempo de vida que le queda, y en cuanto veas tanto así, ven á decírmelo, que ya verás cómo te sirvo.

—Está muy bien, Señor, y tantas gracias por la bondad con que Vuestra Majestad me trata.

—No hay de qué darlas, porque tú te lo mereces todo, que eres un ángel.

El Angel de la Guarda se plantó de un vuelo

en Navalcarnero, que allí era donde vivia el tio Miserias, y andaba á todas horas revoloteando alrededor de la casa de su protegido á ver si éste hacía algo bueno que pudiera servir al Señor de pretexto para ser misericordioso con él.

Un dia estába el tio Miserias comiendo en su casa al lado de una ventana del piso bajo, que tenia abierta para ahorrarse el traguillo de vino con el olor que venía de una bodega que habia en la casa de enfrente. Sobre la mesa no habia más que un pan muy negro y muy duro, del que el tio Miserias cortaba una rebanada y se la comia con cebolla.

Un pobre se acercó á la ventana, exclamando:

—¡Una limosnita por el amor de Dios, que desde ayer no he probado bocado!

—Dios nos dé qué dar, hermano,—contestó el tio Miserias con aspereza.

—¡Ande usted, déme usted siquiera un poco de pan, que Dios se lo pagará!

—¡Le he dicho á usted que Dios nos dé qué dar!—replicó el tio Miserias cada vez peor humorado.

—¡Hermano, siquiera un bocadito de pan!

—¡Lárguese usted de ahí, ó le tiro aunque sea un demonio á la cabeza!—exclamó el tio Miserias irritadísimo.

Y como el pobre insistiese, cogió, ciego de ra-

bia, el pan que estaba sobre la mesa y le arrojó á la cabeza del pobre.

El pobre vaciló, aturdido con el golpe; pero reponiéndose un poco, cogió el pan, lleno de inmensa alegría, y tomó calle adelante, devorándole con ánsia.

El Angel, que desde el alero del tejado de enfrente habia presenciado esta escena, extendió las alas muy contento, y sube que sube por el espacio azul, llegó al cielo y le dijo al Señor:

—Señor, ya tiene Vuestra Majestad pretexto para hacer algo en favor del tio Miserias.

—Hombre, me alegro mucho, porque ya sabes que deseo servirte. Cuéntame, cuéntame qué es lo que ha hecho de bueno ése tuno.

Y el Angel se apresuró á contar al Señor lo que habia presenciado en Navalcarnero.

—Hombre,—dijo el Señor,—poquita cosa es eso para rebajar la condena del tio Miserias.

—Sí, Señor; pero al fin el tio Miserias ha sacado la tripa de mal año á un pobre.

—Hombre, es verdad; pero los medios han sido tan pícaros...

—Señor, como dijo el otro, el fin justifica los medios, y aquí el fin es que el tio Miserias ha matado el hambre de un pobre que no habia probado bocado desde el dia anterior.

—Tienes razon, Angel, y sobre todo deseo ser-

virte, y voy á hacer por ese tuno mucho más de lo que él se merece. Esta noche le voy á dar en sueños un aviso, que si le aprovecha, se cuela en el cielo como un señor.

El Angel dió las gracias á Su Majestad, y se vino en seguida á velar por una chiquilla mia, tan revoltosa y tan mala, que se hubiera roto mil veces el bautismo si el Angel de la Guarda no la tuviera de la mano.

II

Cuando el tio Miserias echó de ver que cegado por la ira habia arrojado el pan al pobre, se echó á llorar por aquel despilfarro, cosa que creerán á piés juntillas los que crean los siguientes rasgos de avaricia que en Navalcarnero se contaban del tio Miserias.

Una vez estuvo á la muerte, y en el testamento se nombró heredero á sí mismo, y mandó que así que espirase le encogiesen las piernas para que la caja fuese más corta y costase ménos. Otra vez, yendo de viaje, llegó á las doce del dia á una posada, y como le dijesen que allí costaba seis reales la comida y cuatro la cena, pidió de cenar. Por último, un dia estaba tan desesperado, que determinó ahorcarse de un peral de su huerta; pero como no encontrase cuerda en su casa, ni los ve-

cinos se la quisiesen prestar, desistió de su intento por no gastar dos reales que le pidieron por ella en la cordelería. Pero dejémonos de cuentecillos, y volvamos al cuento.

Llegó la noche, y despues de pasarse mi hombre un par de horas contando y recontando su tesoro, se acostó; y como sucedia todas las noches, empezó á dar vueltas y más vueltas en la cama entre despierto y dormido, porque sabido es que nunca es tranquilo el sueño de los avaros. Por fin consiguió quedarse completamente dormido, y entónces tuvo un sueño muy singular.

A su diestra veia un palacio de oro, de donde salian vivísimos resplandores y armonías y cánticos celestiales, y á su izquierda una cárcel sombría y pavorosa, donde se oian crujidos de huesos y maldiciones horribles y lamentos desesperados.

Sobre la puerta del palacio se léia en letras de diamante: *Morada de los justos;* y sobre la puerta de la cárcel se leia en letras de fuego: *Morada de los réprobos*. El tio Miserias tenia, pues, á su vista el cielo y el infierno.

La muerte, armada de una cortante guadaña, apareció de repente á su lado, como dispuesta á segarle el pasapan, y al mismo tiempo vió que del infierno salia el diablo y se dirigia hácia él, como dispuesto á clavarle las uñas así que la muerte le diese el cachete con la guadaña.

El tio Miserias dió un grito de horror al ver aquello, y entónces salió del cielo y se encaminó hácia él nada ménos que el pobre á quien habia arrojado el pan á la cabeza. Al ver al pobre, el diablo se detuvo, rechinando los dientes de coraje.

—Hermano,—dijo el pobre al tio Miserias,—de resultas del tantarantan que me dió usted con el pan en la cabeza, tuve poco despues un ataque cerebral, y á la media hora estiré la pata.

—¡Perdóneme usted, hermano!...—exclamó el tio Miserias sinceramente arrepentido de su mala accion.

—Perdoné inmediatamente el coscorron por el bollo; y la prueba es que apénas llegué al cielo, donde son siempre muy bien recibidos los que han padecido y los que han perdonado, le hablé al Señor en favor de usted, y el Señor me contestó:

—Se hará lo que se pueda por ese tuno, como se lo he prometido al Angel, que me ha hablado tambien en su favor. Y para que Angel y tú veais que yo no soy de aquéllos que dejan las cosas para mañana, me vas á hacer el favor, aunque vendrás cansado del camino, de volver á Navalcarnero y dar un recado de mi parte al tio Miserias. Dile que su alma permanecerá en el cuerpo dos dias y dos noches despues que espire, en lugar de ir inmediatamente al infierno, y prohibiré al diablo acercarse á cogerla miéntras haya alguna persona al

lado del cuerpo. Si terminados los dos dias y dos noches, el diablo no ha podido echarle las uñas, el alma volará al cielo, y el diablo se quedará tocando tabletas. Con que anda, vé listo, y dile al tio Miserias que no se ande con tonterías.

—Gracias, hermano, y déselas usted de mi parte á Su Majestad,—contestó el tio Miserias, temblando como un azogado.

Y al decir esto, despertó, desapareciendo de su vista el cielo y el infierno, y el diablo y el pobre; pero no la muerte, que, armada de su guadaña, continuó mostrándosele en la oscuridad de la alcoba hasta que la luz del alba penetró por la ventana.

III

Váyase al demontre el tio Miserias, y hagamos conocimiento con sujetos un poquito más simpáticos. Esta gran ventaja tenemos los cuentistas sobre los jueces de primera instancia. Señor, ¿que nos repugna el trato de criminales y gentes de mal vivir? Echamos enhoramala semejante canalla, y nos las componemos con gentes honradas; y aunque seamos casados, como á mí me sucede, hacemos venir á nuestro escritorio las mejores chicas, y nos divertimos con ellas, por supuesto honestamente.

Con quien nos encontramos ahora es con un soldado licenciado, llamado Perico Valiente; y me alegro mucho de tal encuentro, porque los soldados licenciados me gustan más que los soldados sin licenciar.

Perico Valiente ha tomado la licencia en Badajoz despues de servir siete años á la Reina, y emprende la caminata á Madrid, su pueblo natal, calzado con alpargatas nuevas, vestido con pantalon de verano, almilla de bayeta y gorra de cuartel, adornado con una ancha cinta de seda, de la cual pende el canuto de la licencia, condecorado con unas cuantas cintas y cruces que penden de su pecho, y provisto de cuatro pesetas que constituyen todos sus ahorros.

Ya está á una jornada de Navalcarnero, y por consiguiente á dos de Madrid; pero estalla una terrible tempestad, y la lluvia cae á torrentes, y los caminos se ponen endemoniados, y se lleva la trampa las alpargatas de Perico, que se vé precisado á caminar descalzo, viendo las estrellas á mediodía cada vez que pisa una china ó tropieza con un guijarro.

Al pasar por un pueblo, la mujer del boticario se compadece de él y le regala unas botas de su marido. Las botas tienen la suela rota, pero la caña no está máleja y es tan alta que le llega á Perico á la rodilla.

—Pues señor,—dice Perico,—con tropezar con esa buena señora, me he puesto las botas.

Y continúa alegremente su camino, aunque ya no quedan en su bolsillo más que dos cuartos.

Al pasar por la plaza de otro pueblo, oye á un hombre gritar:

—¡El gobierno de la casa vendo! ¿Quién compra el gobierno de la casa?

Perico, cuyo sueño dorado ha sido siempre casarse y tener casa, y espera verle realizado en cuanto llegue á Madrid, si el ayuntamiento, por respeto á las cruces que ha ganado en Africa matando moros, le emplea en el empedrado de las calles con seis ó siete realitos diarios; Perico, digo, abre tanto ojo cuando oye á aquel hombre.

—Gran cosa—dice para sí—es el gobierno de la casa, y por lo mismo debe ser carillo, que lo que mucho vale mucho cuesta. ¡Por vida del otro dios, que no tuviera yo dinero para comprar cosa tan buena!

—¡Por dos cuartos el gobierno de la casa!—vuelve á gritar el hombre.

Y al oirle, Perico recuerda que le quedan dos cuartos en el bolsillo, y corre lleno de gozo á comprar lo que el hombre vende.

¡Lo que el hombre vende son varas de fresno! Perico gasta sus dos cuartos en una, y continúa su camino tan contento.

Anochece, y todavía no divisa la alta torre de la iglesia de Navalcarnero. Con la trucha que cogió por la mañana, y el vientecillo que sopla, y el vacío que siente en el bolsillo, el pobre Perico da diente con diente; pero aprieta, aprieta el paso para llegar cuanto ántes á Navalcarnero, donde espera encontrar, si no quien le dé de cenar, porque estos encuentros rara vez se tienen en tierra de Madrid por los que no tienen dinero ni amigos, al ménos quien le dé siquiera un pajar ó una cuadra donde pueda guarecerse del cierzo del Guadarrama.

El reloj de Navalcarnero da las once de la noche cuando Perico se acerca al pueblo, y el pueblo está silencioso y sus calles oscuras como el porvenir del pobre Perico.

Al pasar rozando las tapias del campo-santo, Perico oye pasos dentro, y suponiendo que serán los del guarda, sigue adelante pensando que la humanidad debiera caerse muerta de vergüenza al considerar que necesita poner guardas en la morada de los muertos.

Perico llama á una puerta, y le contestan:

—¡Con la cabeza!

Llama á otra, y la contestacion es:

—¡No estamos en casa!

Llama á la de más allá, y le responden:

—¡Estamos todos dormidos!

—¡Por vida del otro dios!—dice Perico viendo que en ninguna parte le dan posada.—¿Y he de pasar la noche á la luna de Navalcarnero? Con el chaparron de esta mañana, con el frio de esta noche y con la ligereza de mi traje y mi estómago, si paso la noche al raso, me llevan mañana al campo-santo... Y á propósito de campo-santo, me ocurre una buena idea, y es la de ir á ver si el guarda me deja pasar la noche, aunque sea en una sepultura. ¡Y vaya si me dejará! Como que tengo medio derecho á ella, pues estoy medio muerto de hambre y de frio.

Así diciendo, Perico vuelve piés atras y llama á la puerta del campo-santo.

—¡Vaya usted al infierno!—le contestan desde dentro.

Pero Perico, que está ya cargado de frio y sueño y malas razones, se deja de dimes y diretes, y de un brinco se planta sobre la tapia, y de otro se encaja en el campo-santo, con el sentimiento de que una de sus botas acabara de perder la suela en el salto.

IV

Tres dias ántes de la llegada de Perico Valiente á Navalcarnero, y uno despues de la escena que presenció el Angel entre el tio Miserias y el po-

bre, pasó en Navalcarnero una cosa que merece ser contada.

Era cosa de mediodía, y media docena de chiquillos ponian el grito en el cielo pidiendo pan, y una mujer queria sacar los ojos á un hombre, en una casucha no muy léjos de la del tio-Miserias. En aquella casa vivia un pobre jornalero conocido por el tio Juan Bragazas, cuya triste historia voy á contar en muy pocos renglones, porque en los cuentos populares todo ha de ser ligerito como las mariposas de Mayo, y claro como las mañanitas de Junio.

Juan Bragazas era poco ménos que rico, pues tenia una buena casa, una buena hacienda y tres buenos pares de mulas. Cuando cumplió los treinta años, pensó que debia pensar ya en casarse, y despues de pensar y repensar qué clase de mujer le convenia, pensó que le convenia una pobre.

—Yo—dijo para sí—no soy ambicioso, y á Dios gracias, tengo lo suficiente para sostener con desahogo mi casa y familia, aunque Dios me dé una docena de chiquillos. Otro en mi lugar buscaria novia acomodada, porque aquí, como en todas partes, los ricos se casan con ricas, y los pobres con pobres; pero yo no quiero ser macho de reata. Me casaré con una muchacha pobre y honrada y agraciadita, y así la haré feliz y me hará, porque mi mujer me traerá en amor y agra-

decimiento lo que no haya podido traerme en dinero.

Juan Bragazas se casó en efecto con Telesfora, que era una pobre huérfana, cuya buena cara le enamoraba.

La mujer de Juan Bragazas dijo para sí:

—Cuando éste, que es casi rico, se ha casado conmigo, que no tenia sobre qué caerme muerta, es que está enamorado de mí como un bruto, y voy á hacer de él lo que me dé la gana.

Y dicho y hecho: aquella pícara mujer se empeñó en imponer en todo y por todo su voluntad á su marido, y éste, por amor á la paz y por odio al escándalo, concluia siempre por dejársela imponer.

Y no era esto sólo, pues Telesfora, así que se vió donde habia hartura, quiso desquitarse de sus ayunos, y el domingo que vamos á Madrid á la comedia, y el lúnes que vamos á Madrid á los toros, y el mártes que vamos á Móstoles á los novillos, y el miércoles que vamos á Alcalá á la feria, y el juéves que se me ha antojado esto, y el viérnes que se me ha antojado lo otro, y el sábado que se me ha antojado lo de más allá, se fué llevando el diablo los ahorros y las ganancias, Juan no tuvo tiempo ni gusto para trabajar ni cuidar de su hacienda, y á la vuelta de media docena de años se encontró sin casa, ni hacienda, ni mulas, con me-

dia docena de chiquillos y con una pelotera diaria que empezaba al despertar y no concluia hasta el acostar, porque si donde no hay harina todo es mohina, ¿qué será donde no hay harina ni talento?

Juan Bragazas tuvo que ponerse á peon de albañil, y con el jornal que ganaba fueron tirando él y su familia, mal por supuesto, porque faltaba gobierno en la casa, hasta que un dia, ¡pataplum! se cayó de un andamio y se rompió un brazo.

Compadecidos los vecinos, no de él ni de su mujer, que no lo merecian, el uno por demasiado bueno, y la otra por demasiado mala, sino de sus pobres hijos, le socorrieron durante algun tiempo; pero al fin se fueron cansando, y llegó un dia en que Juan estaba desesperado, porque ni él ni su mujer ni sus hijos se habian desayunado ni tenian esperanzas de desayunarse.

Este tristísimo dia fué el que siguió al de la escena que el Angel presenció entre el tio Miserias y el pobre.

V

La escena coreada que se representaba en casa del tio Juan Bragazas era para conmover las piedras: en primer término, Juan y su mujer dialogando, tan poseidos de su papel, que Telesfo-

ra queria sacarle los ojos á Juan, y Juan lloraba y se arrancaba los pelos de desesperacion; y en segundo término, el coro, compuesto de seis chiquillos que cabian bajo un celemin y gritaban á una:

—¡Yo tengo hambre! ¡Yo quiero comer!

Juan se lanzó á la calle cerrando los ojos para no ver aquello, y tapándose los oidos para no oir lo otro, y allí tuvo el siguiente *parlamento:*

—¿Adónde voy yo á pedir pan para esta furia del infierno y para estos angelitos de Dios, que desde ayer no han probado bocado? ¿Adónde voy yo, si en el pueblo, como no sea el tio Miserias, no hay vecino á quien no tenga cansado y molido con mis peticiones? Al tio Miserias no he acudido nunca, porque acudir á él era tiempo perdido; y si no, lo que le sucedió ayer al pobre que no conociéndole se atrevió á pedirle limosna. Dígalo ese infeliz, á quien le costó la vida el sacarle un pan. ¡Ah! Si yo pudiera sacarle un pan, me importaria tres cominos perder la vida, porque así acabaria de padecer, y mis chicos echarian un remiendo al estómago. Pues señor, esto es hecho: acometo al tio Miserias, y salga el sol por Antequera.

Así diciendo, Juan-Bragazas tomo el tole hácia casa del tio Miserias en el momento en que el Angel volvia á posarse en el alero consabido para

ver si el tio Miserias volvia á hacer algo bueno que sirviese de pretexto al Señor para ser misericordioso con él. El tio Miserias se habia sentado á comer junto á la ventana, pero no podia tragar bocado, porque con el sueño que habia tenido la noche anterior no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Vea usted,—decia,—ahora que estoy dispuesto á dar á los pobres aunque sea la camisa que llevo puesta, no parece por aquí uno ni para un remedio, y ayer, que verlos era para mí ver al diablo, apénas me senté á la mesa se me presentó un pobre. Mi muerte se acerca, porque si no me lo hubiera revelado el espantoso sueño que tuve anoche, me lo revelaria yo no sé qué demonio de inquietud y malestar que en mí siento. Recapitulemos. ¿Con que, segun el sueño que anoche tuve, si hay una persona que permanezca al lado de mi cadáver durante los dos dias y dos noches que sigan á mi muerte, mi alma irá derecha al cielo, y si no la hay, el diablo me echará la uña?... ¿Y á quién diablos le dejo yo la comision de hacerme la centinela tanto tiempo, si no tengo un amigo?... Mil habria que, á trueque de heredarme, aceptasen la condicion de no moverse durante cuarenta y ocho horas de junto á mi cadáver; pero ¿la cumplirian? Ahí está el cuento. ¡Vamos, si lo que á mí me pasa es para condenarse!

Cuando concluia el tio Miserias este solilo-

quio, se acercó tímidamente á la ventana el tio Bragazas, que se sorprendió agradablemente al ver que el avaro le ponia cara de pascua y le saludaba con cariño.

—¡Hola, tio Bragazas! ¿Quieres comer?

—Que aproveche, tio Miserias.

—¿Cómo te va, hombre, cómo te va?

—¿Cómo quiere usted que me vaya, tio Miserias, con tanto chiquillo y sin ganar un cuarto hace dos meses? Muy mal.

—Ahí verás lo que es la falta de gobierno en las casas.

—¡Ya lo veo y lo lloro, tio Miserias!—contestó Juan echándose á llorar sin consuelo.

—¿Qué es eso, hombre? ¿Lloras? ¿No te da vergüenza?

—¿Qué quiere usted que haga, tio Miserias, si desde ayer no hemos probado bocado en casa?

—Pues vamos, no te aflijas, que yo os sacaré la tripa de mal año á todos si me prometes una cosa.

—Diga usted en lo que le puedo servir, que ya sabe usted, tio Miserias, que soy hombre de palabra y he de cumplir la que á usted le dé, aunque me cueste la vida,—contestó el tio Bragazas llorando, no ya de desesperacion, sino de esperanza y alegría.

Entónces el tio Miserias le contó el sueño que

habia tenido la noche anterior, y le añadió que le daria por de pronto cuanto necesitase para atender á su familia, y luégo le nombraria su heredero, con la condicion de que no se habia de apartar ni un instante de junto á su cadáver durante los dos dias y dos noches que siguiesen al fallecimiento.

El tio Bragazas aceptó lleno de gozo esta proposicion, jurando y perjurando que el mismo diablo no le haria apartarse un momento de junto al cadáver, y tomando un par de panes, un jamon y una bota de vino que le dió el tio Miserias, se fué á su casa más alegre que unas castañuelas, en tanto que el Angel de la Guarda tendia las alas, y sube que sube por el espacio azul, iba á contar al Señor lo que habia visto.

VI

Al amanecer del dia siguiente, dormia muy tranquilo el tio Bragazas al lado de su mujer, con quien habia hecho ya las paces, gracias á la intervencion de los panes y el jamon y la bota de vino, cuando le fueron á avisar que el tio Miserias se moria.

El tio Bragazas se puso á toda prisa las suyas y echó á correr á casa del moribundo, porque si éste espiraba ántes que él llegase, y quedaba el

cadáver un momento solo, iba á cargar el diablo con el alma del que tanto habia alegrado la suya.

Cuando llegó, el tio Miserias estaba casi espirando, sin más compañía que la del cura, que le ayudaba á bien morir, porque del que pasa por este mundo sin hacer bien, todos se alejan, ménos la religion, que tiende el manto de la misericordia para cubrir todas las miserias humanas. Cuando el moribundo le vió llegar, estuvo á punto de morirse de alegría, y así que le hizo renovar solemnemente el juramento de no separarse de su cadáver durante las primeras cuarenta y ocho horas, espiró en el momento en que el primer rayo del sol asomaba allá sobre las lejanas torres de Madrid, y espiró diciendo que veia á un ángel y á un diablo revolotear sobre su cama.

El tio Bragazas se sentó á la cabecera del lecho mortuorio, y aunque siempre habia tenido mucho miedo á los muertos, hizo de tripas corazon, y no se movió de allí hasta que á las veinticuatro horas fueron los enterradores á recoger el cadáver para llevarle al campo-santo.

Ni por ésas se separó Juan del cuerpo del tio Miserias, pues le siguió de muy cerca al campo-santo y se instaló sobre la sepultura, resuelto á no moverse de allí hasta que saliera el sol la mañana siguiente, que era cuando cumplian las cuarenta y ocho horas consabidas.

Contar los esfuerzos que hizo el diablo, desde que el tio Miserias espiró, para separar al tio Bragazas del cadáver, sería el cuento de nunca àcabar. Lo primero que hizo, en cuanto Juan echó á correr al lado del moribundo, fué meterse en la cama con su amiga Telesfora, y decir á ésta:

—Tu marido va á ser rico con la herencia del tio Miserias; pero aleccionado como está con tus despilfarros, te va á cerrar con siete llaves el dinero y cuanto lo valga. El tio Miserias deja un saquito de onzas de oro bajo la almohada, y tu marido no lo sabe. A ver cómo te las compones para echar de allí á tu marido y pescar el saquito ántes que tu marido le descubra. Si pescas el gato, verás cómo te vas á divertir con él y cómo va á rabiar tu marido.

Sabido es con cuánta facilidad se mete el diablo en el cuerpo de las mujeres. Y á propósito de esto, voy á dar á conocer un dato estadístico muy curioso. En Zalla, que es en las Encartaciones de Vizcaya, hay un santuario que lleva el nombre de San Pedro de Zariquete, y adonde desde tiempo inmemorial acuden los que tienen el diablo en el cuerpo, para librarse de tan peligroso huésped. Yo me he entretenido en examinar los libros en que se consignan el nombre y circunstancias de los poseidos, y de los datos que he trasladado á mi cartera resulta que por cada hombre que acu-

de á San Pedro de Zariquete con el diablo en el cuerpo, acuden veinte mujeres, y que generalmente se las ha entrado á éstas por la boca.

Durante todo el dia, y sobre todo durante toda la noche que pasó en la casa mortuoria, tuvo Juan Bragazas que luchar á brazo partido con el diablo, que, metido en el cuerpo de Telesfora, hizo infernales esfuerzos para alejarle de allí.

Y digo que durante la noche fueron mayores los esfuerzos del diablo, porque nadie ignora que por la noche, y particularmente desde las doce en adelante, es cuando el diablo trabaja con más ahinco y hace los mejores negocios. La mayor parte de las cosas que son obra suya pasan de noche. De noche la mayor parte de los robos; de noche la mayor parte de los asesinatos; de noche la mayor parte de los adulterios; de noche la mayor parte de las seducciones y raptos de doncellas; de noche bautizan los taberneros el vino que venden de dia; de noche apalean á su mujer los maridos que pasan el dia en la taberna; de noche duermen los serenos y demas veladores nocturnos; de noche pasan las monedas falsas; de noche, sin duda, se escriben todos esos libros y poemas teatrales, negros de inmoralidad y tontería, que se exhiben en las librerías y en los teatros. ¿Cómo el diablo, que naturalmente se despepitaba por echar la uña al tio Miserias, no habia de aprove-

char la noche para ver si podia ahuyentar al tio Bragazas de junto al cadáver del avaro?

Sí señor, de noche, más aún que de dia, estudió con el enemigo malo para lograr su intento, porque de lograrle mataba dos pájaros de una pedrada; ó lo que es lo mismo, hacía perjurar al tio Bragazas, y se llevaba uno tras otro al tio Bragazas y al tio Miserias...

Eran ya cerca de las doce de la última noche de vela, y Juan Bragazas estaba muy contento, porque hasta entónces habia logrado cantar victoria; pero temblaba al considerar los heroicos esfuerzos que necesitaba para triunfar del diablo aquella noche, porque no dudaba que serian desesperados los últimos esfuerzos del diablo para apoderarse del alma del pobre tio Miserias.

Y cuando Juan se veia asaltado por estos temores, fué cuando oyó llamar á Perico Valiente á la puerta del campo-santo, y cuando, creyendo que era el diablo el que llamaba, contestó:

—¡Vaya usted al infierno!

VII

Cuando Juan Bragazas vió que el que él creia el diablo se habia colado dentro, empézó á santiguarse. A quien debia haber santiguado hacía mucho tiempo, para que el diablo le saliera del cuerpo, era á su mujer.

—No se santigüe usted, hombre, que no soy el diablo,—le dijo Perico, extrañando que el guarda de un campo-santo, pues tal le creia, no estuviese ya curado de espanto.

A Juan le volvió el alma al cuerpo al oir las palabras del recien venido, que las justificaba acercándose á él, en lugar de alejarse espantado de sus santiguadas.

—¿Pues quién es usted, si no?

—Soy un pobre soldado licenciado, que tiene derecho á entrar aquí como Pedro por su casa.

—¿Por qué?

—Porque ésta es la casa de los muertos, y yo estoy muerto de hambre y de frio.

—Pues yo le voy á dar á usted una medicina que resucita los muertos,—dijo Juan, sacando de la cesta de las provisiones que tenia al lado medio pan, unas magras y una bota de vino.

Pedro, lleno de alegría, dió un prolongado beso á la bota, y en seguida trasladó sus caricias al pan y á las magras.

—Amigo,—dijo Perico,—ha hecho usted conmigo lo que Cristo con Lázaro: me ha resucitado.

—¿Quiere usted que ahora haga con usted lo que San Martin con Cristo?

—No señor: parta usted la capa con otro, y conténtese con partir la cena conmigo.

Perico se iba calentando por dentro, y ya no tenia frio por fuera.

—¿Por lo visto—dijo á su nuevo amigo—le da á usted para tratarse á cuerpo de rey la placita de guarda del campo-santo?

—¡Qué guarda ni qué niño muerto!

—¡Qué! ¿No es usted guarda del campo-santo?

—No señor.

—Pues cuénteme usted qué es lo que hace por aquí.

Juan Bragazas contó á Perico toda su vida y milagros, concluyendo, por supuesto, por lo que le habia pasado con el tio Miserias, y añadiendo que se temia nuevas embestidas del diablo.

—Que vênga ese señor,—dijo el licenciado,—y verá cómo yo le despacho con el rabo entre piernas.

Al pronunciar Perico estas palabras, daba el reloj de Navalcarnero las doce, y al concluir el reloj de dar la hora, dieron un golpe en la puerta del campo-santo.

—¡Ahí tiene usted ya al diablo!—dijo asustado el tio Bragazas.

—Pues le recibirémos con la cortesía que se merece,—contestó Perico Valiente encaminándose hácia la puerta.

Abrióla, y cuando esperaba encontrarse con el diablo tal como le pintan los que dicen que le han

visto, se encontró con un caballero de gaban y sombrero de copa.

El desconocido saludó á Perico muy cortésmente por supuesto, sin hacer uso del «Dios guarde á usted», ni del «Buenas noches nos dé Dios», frases muy piadosas y corteses, pero que sólo las usan ya las gentecillas de poco más ó ménos, y en seguida añadió:

—Yo voy de camino á Madrid, donde tengo muchos amigos; pero se me ha roto el coche media legua de aquí, y como he llegado muy tarde para encontrar posada en la poblacion, y al pasar he oido que habia aquí gente despierta, me he atrevido á llamar para suplicar á ustedes que me permitan pasar aquí la noche.

—Pues aguarde usted un poco,—dijo Perico,—que voy á ver si mi compañero es tan gustoso como yo de que se quede usted con nosotros.

Y acercándose al tio Bragazas, le dijo por lo bajo:

—No debe ser el diablo, porque trae gaban y chistera. Yo opino que debemos dejarle pasar y estar con mucho ojo á ver si descubre los cuernos y la cola.

—Soy de la misma opinion,—contestó el tio Bragazas.

El caballero pasó y se sentó en un banco que estaba bastante retirado de la sepultura del tio Mi-

serias, á cuyo lado se habian instalado Juan y Perico.

—Véngase usted por acá y no sea tan corto de genio, hombre,—le dijo Perico.

—No puedo,—contestó el desconocido,—porque me han prohibido, digo porque no me gusta acercarme á las sepulturas recien ocupadas.

—Por la boca muere el pez,—dijo bajito el licenciado.—Éste debe ser el diablo; pero yo le creia más listo.

—Es que el diablo se aturde y se entontece al pensar en Dios,—contestó el tio Bragazas.

Perico sacó del bolsillo un poco de tabaco, le desmenuzó entre las palmas de las manos, y dió un polvo al tio Bragazas, que estornudó en seguida.

—Dios le ayude á usted,—dijo Perico.

El del gaban hizo una mueca endemoniada al oir esta exclamacion, y Perico, que lo notó, dijo por lo bajo:

—¡Tio Bragazas, ciertos son los toros!

Pero queriendo hacer pruebas más decisivas, preguntó al del gaban:

—¿Usted tendrá mucho frio, no es verdad?

—Así, así.

—¿Vendrá usted de tierra caliente, eh?

—Sí señor.

—¿Lo ve usted, tio Bragazas?—dijo Perico á Juan.

Y añadió en voz alta:

—Señores, opino que recemos un rosario por los que están aquí enterrados.

El del gaban se levantó como espantado y dió un paso hácia la puerta.

—¿Qué es eso, hombre?—le preguntó Perico.

—Nada, que me dan los nervios unos tirones...

—¡Jesus qué lástima, hombre!

El del gaban dió otro respingo al oir esta exclamacion, y Perico se decidió á hacer la última prueba.

—Hombre,—le dijo acercándose á él,—yo pienso, así que llegue á Madrid, hacerme un gaban como el que usted lleva. Tenga usted la bondad de levantarse para que veamos qué tal le está ése por la espalda.

El desconocido se levantó, y Perico, con pretexto de examinar la tela del gaban, fué palpando, palpando por el espinazo abajo, hasta que tropezó con una especie de maroma enroscada.

El desconocido, que hasta entónces, con pretexto del frio, habia tenido constantemente las manos metidas en los bolsillos del gaban, se las llevó atras apresuradamente, así que notó que el licenciado le tentaba la rosca.

Y el licenciado vió entónces que el desconocido tenia las uñas muy largas.

Instantáneamente se hizo Perico esta reflexion:

—Las pruebas de que éste es el diablo se multiplican: esa rosca que le he palpado en la cuscusilla es el rabo, y esas uñas son tambien muy sospechosas; aunque ahora se las dejan crecer muchos señoritos para parecerse á los sucios y desidiosos. Veamos si tiene cuernos.

Y Perico, como sin querer, derribó el sombrero al desconocido de un manotazo; pero murmurando un «Usted dispense», se apresuró á cogerle y á colocársele en la cabeza. Al hacer esta última operacion, tocó el coronal del desconocido, y notó que habia allí un par de protuberancias, como las que quedan donde se ha aserrado, con perdon de ustedes, un par de cuernos.

VIII

—¡Grandísimo trapalon! —dijo Perico encarándose con el de la rosca y las uñas largas y las protuberancias frontales. —¿Usted creia que yo me mamaba el dedo? Lárguese usted de aquí y váyase al infierno, que es tierra caliente.

—¿Pues por quién me toma usted?

—¡Por el diablo, so galopo!

—Ya veo que sabe usted mucho.

—Sé más que usted, aunque me esté mal el decirlo.

—Pues usted no ha estudiado conmigo.

—Pero he estudiado con la necesidad, que sabe más que usted.

—Pues sí señor, soy el diablo; ¿para qué lo he de negar ya?

—¿Y cómo viaja usted de ese modo?

—¿Pues de qué modo quiere usted que viaje?

—Con el rabo descubierto, los cuernos sin aserrar, los ojos echando fuego y el aliento oliendo á azufre á media legua.

—¡Hombre, hombre, qué atrasado de noticias está usted! Ese era el diablo de hace cien años; pero el de hoy se ha puesto al nivel de los adelantos del siglo; que hasta el diablo tiene que obedecer la ley del progreso.

—Pero es cosa que no se concibe el diablo vestido de gaban.

—¿Y por qué no? Hasta de rey y de ministro y de eclesiástico y de militar me visto cuando el caso lo requiere. ¿No ve usted que yo tengo trato con todo el mundo y entro en todas partes?

—¿Y á qué ha entrado usted aquí?

—A proponerle á usted un buen negocio.

—Veamos qué negocio es ése.

—Yo tengo mucha mano con las sociedades de crédito...

—Así quiebran con tanta facilidad.

—Si usted consigue que ese majadero se vaya

á dormir con su mujer, y se larga usted de aquí tras él, le proporciono á usted un buen destino en una sociedad de crédito.

—¡Sí, para que al dia siguiente se lleve el diablo á la sociedad y á mí! No admito el trato.

—Pues si no, propóngame usted otro.

—Se lo voy á proponer á usted. Oiga usted, tio Bragazas, lo que le voy á proponer á este señor, que aquí donde usted le ve con su gaban y su chistera, es el diablo en persona.

El tio Bragazas se estremeció de espanto al ver que sus sospechas y las de su compañero se habian confirmado, y aguzó el oido, por supuesto sin separarse de la sepultura del tio Miserias.

—Si quiere usted—continuó Perico dirigiéndose al diablo—que mi compañero y yo nos larguemos de aquí, dejándole el campo libre, nos ha de dar el oro que se necesite para llenar una de mis botas.

El tio Bragazas estuvo á punto de protestar contra aquella proposicion, porque estaba resuelto á no faltar, ni por todo el oro del mundo, al juramento que habia hecho al tio Miserias; pero se calló, confiando en la prudencia y lealtad del licenciado.

—Acepto el trato,—contestó el diablo.—Tio Bragazas,—añadió,—¿se conforma usted con él como su compañero?

—Me conformo,—respondió el tio Bragazas.

Perico Valiente se quitó la bota, cuya suela habia saltado al saltar Perico, y presentándosela al diablo, le dijo:

—Eche usted y no se derrame.

—Hombre,—dijo el diablo,—como tengo amigos en todas partes, salgo siempre de casa sin dinero; pero voy en un vuelo á pedírselo á un usurero amigo mio que vive cerca de aquí.

—Vaya usted con los Santos.

El diablo dió un bufido, y desapareció sin saber por dónde.

—Pero, hombre, usted está dado al demonio,—dijo el tio Bragazas, que no las tenia todas consigo, á pesar de su confianza en que el licenciado no le comprometeria.—¿Qué va á hacer usted?

—¿Qué? Estafar al diablo.

—¿Cómo?

—Vea usted por debajo esta bota.

—No tiene suela.

—Pues calcule usted si se necesitará oro para llenarla no colocándola en el suelo.

—¡Es usted el mismo diablo!—exclamó el tio Bragazas, comprendiendo la jugarreta que el licenciado preparaba al enemigo.

—¿Hay por ahí alguna sepultura vacía?

—Sí, allí en aquel rincon debe haber una de ladrillo que hicimos mi maestro y yo por encargo

de un rico del pueblo pocos dias ántes de romperme yo el brazo.

Perico buscó la sepultura, y vió que la losa que la cubria tenia un agujero en medio para meter el gatillo ó llave con que se levantaba. La losa era de piedra areniza muy blanda, y gracias á esto, Perico consiguió ensanchar el agujero con la navaja hasta dejarle de la forma y extension de la suela de la bota, y colocó ésta encima, derecha y cubriendo perfectamente el agujero.

IX

El diablo, que si como hombre habia tenido que llamar á la puerta, como diablo no necesitaba andar con tantos requilorios, apareció dentro del campo-santo con un saquito de oro en la mano.

—Me parece—le dijo Perico—que no trae usted bastante; pero eche usted, aunque sea á cuenta de cuentas.

El diablo vació el saquito en la bota que Perico sostenia, y prorumpió en desvergüenzas al ver que la bota no se habia llenado.

—Hombre,—le dijo Perico,—hable usted mejor si sabe, y no se sulfure tanto. ¿No dice usted que tiene tanta mano con las sociedades de crédito?

—Sí señor que la tengo; y hasta con el gobierno y el Banco.



—Pues vaya usted á que le saquen de apuros.

—Y tres más que voy.

—Vaya usted con la Vírgen.

El diablo dió otro bufido y desapareció.

Perico encendió un fósforo, le aplicó al agujedero la losa, y dijo al tio Bragazas:

—Tio Bragazas, no hay en Madrid oro para llenar mi bota. ¡Bendita sea la boticaria que me la regaló!

Estaba pensando en la boticaria, cuando volvió á aparecer el diablo cargado con otro saco de oro.

—Me parece que no trae usted bastante,—le dijo Perico.

—Traigo de sobra.

—Pues allá lo verémos.

—Tenga usted la bota.

—Vaya usted echando.

El diablo desocupó el saco en la bota, y la bota no se llenó. Al ver esto, el diablo empezó á echar tales sapos y culebras por aquella boca, que se le erizaban al tio Bragazas los cabellos.

—Hombre,—le dijo Perico,—vuelva usted á Madrid, y no se ande con miserias.

—Ea, pues hasta luégo.

—Vaya usted con Dios.

El diablo dió un bufido aún más furioso que los anteriores, y se perdió de vista.

Perico estaba ya cansado de echar cigarros y

de echar sermones al tio Bragazas encareciendo el buen gobierno de las casas y de las naciones, y el diablo no habia parecido aún.

—¿Sabe usted, tio Bragazas,—dijo á su compañero,—que si el diablo se descuida un poco, va á llegar tarde, porque está ya amaneciendo?

—Estará condenado con la tardanza,—contestó Juan.—Como el pobre habrá ido al Banco de España, habrá tenido que hacer cola, y sabe Dios si le habrán reventado.

—No diga usted disparates, hombre,—replicó el licenciado.—A los amigos no les obligan á hacer cola los Bancos.

En esta conversacion estaban Juan y Perico, cuando vieron entrar al diablo arreando un borrico cargado con dos sacos de dinero.

El diablo venía muy sofocado, y todo se volvia mirar el reloj y volverse hácia Oriente á ver si tenia trazas de asomar el sol.

—Me parece—le dijo Perico—que no trae usted bastante.

—¡Hombre,—exclamó el diablo aterrorizado,—no tenga usted bromas pesadas!

—Eche usted, y saldrémos de dudas.

El diablo vació uno de los sacos en la bota, y la bota no se llenó.

El Oriente se iba iluminando con un vivísimo resplandor, y el diablo, que lo notó, cogió á toda

prisa el otro saco y le vació en la bota, sin conseguir llenarla.

La desesperacion del diablo no tuvo entónces límites. Sus ojos lanzaban fuego y su boca blasfemias espantosas; pero de repente se oyeron en el espacio músicas y cánticos celestiales, y el diablo, dando un rugido que llegó hasta los montes Carpetanos, se sepultó en el centro de la tierra.

Juan y Perico volvieron la vista al Oriente, y vieron el primer rayo del sol que doraba las lejanas torres de Madrid. En aquel momento brotaron torrentes de luz del sepulcro del tio Miserias, y entre aquellos resplandores apareció el alma del avaro arrepentido, que posándose en las alas del Angel de la Guarda, que bajaba á su encuentro, se remontó al cielo, rodeada de luz y armonías inefables.

X

Juan Bragazas y Perico Valiente se abrazaron llenos de gozo cuando vieron que el alma del tio Miserias desapareció en el azul de los cielos.

Abrieron en seguida la sepultura del rincon, y despues de cerciorarse de que el oro que contenia era todo de ley, se lo repartieron como buenos amigos.

—¡Qué felices vamos á ser!—exclamó Perico, pensando en la casita que iba á poner y en la mu-

chacha que iba á buscar en cuanto llegase á Madrid.

El tio Bragazas se puso de repente caviloso y triste, y contestó:

—¡Usted lo será, pero yo no!

—¿Por qué?

—Porque en la casa donde no hay gobierno, de poco sirven las riquezas.

—Tiene usted razon, tio Bragazas. ¿Y qué daria usted porque en su casa le hubiera?

—Daria todo ese dinero.

—Pues por ménos se lo proporcionaré yo á usted. Déme usted un abrazo.

El tio Bragazas abrazó con ternura á Perico.

—Ea, pues ahí tiene usted el gobierno de la casa,—dijo Perico dándole la vara de fresno consabida.

Perico cargó su dinero en el borrico que habia dejado abandonado el diablo, y hala, hala, continuó su camino hácia Madrid.

Entró en la corte, y todo el mundo se admiraba de ver un borrico cargado de dinero, y hasta el ministro de Hacienda le hizo proposiciones para que sacara de ahogos al Tesoro.

—¿Cómo demonios—preguntó Perico—llama tanto la atencion en Madrid un borrico cargado de dinero, cuando en Madrid andan tantas bestias cargadas de oro y diamantes?

—¿No ve usted—le contestaron—que no hay en Madrid un cuarto?

—¿Y las sociedades de crédito?

—No le tienen.

—¿Y los torrentes de plata del Banco?

—Agotados.

—¿Y los dos mil millones de la desamortizacion?

—Amortizados.

—Pero, hombre, ¿dónde ha ido tanto dinero?

—Dicen que se lo ha llevado el diablo.

Perico cortó esta conversacion para ver á la reina, que venía de visitar y consolar y socorrer á una pobre anciana que agonizaba en una buhardilla de Lavapiés.

—¡Por vida del otro dios!—exclamó Perico, conmovido al oir éste y otros rasgos del hermoso corazon de la reina.—¡Que no hubiera yo guardado, para regalársela á su majestad, la varita que le regalé al tio Bragazas!

LOS HIJOS DE MATEO.

I

En este cuento va á danzar una madrastra, y por ende este cuento necesita un prologuito ó cosa parecida. Años hace escribí con el título de *La Madrastra* otro cuento que anda por esos mundos de Dios entre los de *color de rosa*. En aquel cuento tuve buen cuidado de advertir que no de todas las madrastras se puede decir: «Madrastra, el diablo la arrastra», ni «Madrastra, el nombre le basta», porque las hay tan buenas como las mejores madres, y ahora me conviene repetirlo, porque si no... ¡Ave María Purísima! puede que me comieran vivo las madrastras, suponiéndose ultrajadas.

Quien verdaderamente ultraja á las madrastras es su propio nombre, porque no se les po-

dia haber dado otro que más ásperamente sonara ni tuviese significacion más ofensiva. ¡Madrastra! Estas dos pícaras erres encerradas en estas dos últimas sílabas, hacen en la lengua el efecto del mal empedrado en los carruajes. ¡Madrastra! Este nombre significa madre bastarda, madre que no ha parido á sus hijos, madre mala, que es una de las cosas peores que puede ser una mujer. No es, pues, tan injusto ni tan falto de lógica como á primera vista parece, el pueblo que exclama: «¡Madrastra, el nombre le basta!»

Yo formo muy mal concepto de las madrastras por el sólo hecho de serlo, y entiéndase que nada de esto va con los padrastros, á quienes el solo hecho de serlo recomienda no poco, porque recomendable es el hombre que toma sobre sí la paternidad y el amparo de los hijos de una viuda. Comprendo que un viudo con hijos se case, aunque eso de dar un padre madrastra á sus hijos es cosa que, generalmente hablando, no le recomienda mucho á las gentes de buen corazon: un viudo con hijos necesita una mujer que gobierne su casa y reemplace, hasta donde sea posible, á la que él y sus hijos echan de ménos. ¿Qué hará? ¿Tomar una criada? No siempre tiene medios para ello, no siempre una jóven honrada quiere vivir con un viudo, no siempre una mujer mercenaria cuida bien la casa donde no hay mujer propia. Así pues,

comprendo que un viudo con hijos se case; pero lo que no comprendo es que se case con un viudo con hijos una mujer que no los tiene.

Un amigo mio que tenia un hijo pequeño enviudó, é hizo la tontería de volverse á casar. Eran él y la muchacha con quien casó personas de buen corazon, de carácter apacible y de inteligencia nada vulgar; y sin embargo, la inocente y débil criatura que Dios habia colocado bajo su proteccion, y que de ser fruto del ámor de ambos, hubiera sido un dulce vínculo que hubiese unido más y más sus corazones, fué muy pronto la manzana de la discordia en aquella casa.

Antonia, que así se llamaba la madrastra, cuidaba y trataba al niño con el esmero y el amor de la mejor de las madres, no sé si porque se lo aconsejaba su razon ó porque se lo exigia su corazon. La mejor de las madres se incomoda á veces con sus hijos, les riñe y áun les pega, y todo con razon, en concepto de casi todas las gentes, aunque no en el mio, pues yo no encuentro nunca razon bastante para que se pegue á los niños. Antonia hacía hasta lo que las mejores madres suelen hacer: reñia algunas veces al niño y le daba tal ó cuál manotazo de aquéllos de que se dice: «Manotazo de madre, que ni hueso quebranta ni saca sangre».

Manuel, que así se llamaba su marido, lo lle-

vaba muy á mal, y arrebatado de enojo, le arrojaba á la cara frases como éstas:

—¡Ya se conoce que no le has parido tú! ¡Al fin madrastra! ¡Si levantara la cabeza la madre que le parió!...

Exasperada Antonia con estas reconvenciones, que realmente no merecia, fué aborreciendo á su marido y áun á su inocente niño, y la casa se fué convirtiendo en un infierno.

Yo trataba con mucha confianza á aquella familia, y un dia cogí á solas á Manuel y le dije:

—Veo que tu mujer y tú no sois dichosos, á pesar de que sois buenos y os casásteis por amor y no por interes. Los hombres tenemos el deber de ser indulgentes y generosos con las mujeres, por lo mismo que nosotros somos fuertes y ellas son débiles. ¿Por qué no eres tú indulgente con Antonia, que cualquiera que sea su carácter, está muy léjos de ser mala?

—Mira,—me contestó Manuel,—yo queria mucho á mi hijo cuando su madre vivia, y desde que quedó huérfano, le quise más aún. Me volví á casar, creyendo que en Antonia recobraríamos mi hijo y yo la mujer que los dos habíamos perdido y echábamos de ménos, y con volverme á casar, no sé si he hecho infeliz á mi hijo, pero sí que me lo he hecho á mí mismo. La idea de que Antonia es madrastra de mi hijo no se aparta de mí un

instante. Si Antonia castiga al niño, veo en ella á la madrastra; si le riñe, veo á lama drastra tambien, y hasta cuando le halaga me parece que sus halagos no tienen más objeto que ocultar la hostilidad de madrastra que guarda en su corazon.

Prediqué largamente á Manuel á fin de convencerle de que la prevencion y la desconfianza que le atormentaban y con que atormentaba á su mujer eran injustas é insensatas, y así que cogí á solas á Antonia, la emprendí tambien con ella.

—Ese niño—le dije—no tiene más madre que tú, y tanto él como su padre tienen derecho á exigir de tí que reemplaces á la que le parió. ¿Quieres y tratas á esa pobre y débil criatura con el cariño y el esmero con que la tratarias si fueras su propia madre?

—Te aseguro—me contestó Antonia llorando—que comprendiendo el deber que me recuerdas, traté en un principio al niño como si fuera hijo mio; pero hoy tengo que hacer un gran esfuerzo para no maltratarle, porque le voy aborreciendo...

—Pero, Antonia, considera, por Dios, que tal aborrecimiento es irracional é injusto.

—Lo conozco, pero no lo puedo remediar. En primer lugar, veo que Manuel me paga con ingratitud cuanto hago por su hijo, y en segundo, cada vez que veo al niño, recuerdo que Manuel ha

querido á otra mujer y que el niño se la está rerecordando siempre. Muchas veces dicen las personas que vienen á visitarnos: «¡Jesus, qué niño tan hermoso! Es el vivo retrato de su pobre madre!» Decir delante de mí esto, es clavarme un puñal en el corazon. Cada vez que veo á Manuel contemplando al niño, se me figura que Manuel está pensando en su primera mujer, y padezco lo que no es decible. En fin, como tengo ya una invencible antipatía al niño, me sucede con cuanto el niño hace lo que sucede á Manuel con cuanto hago yo, que aunque el niño haga santos, me parece que el niño hace diablos.

—Pero, mujer, cuando te casaste ya sabías que tenia un hijo Manuel.

—Es verdad, como Manuel sabía que yo habia de ser madrastra de su hijo; pero las teorías son una cosa y la práctica otra. En teoría es cosa muy linda y poética aquello de «Este pobre niño, que no tiene madre, la tendrá en mí, pues yo le cuidaré como si fuera mi hijo, y él me querrá como si yo fuera su madre, y su madre bendecirá desde el cielo á la que la ha sustituido en la tierra». Esto es muy hermoso dicho, pero del dicho al hecho hay gran trecho.

Convencido de que todos mis sermones no bastaban para devolver la felicidad á Manuel y á Antonia, desistí de ellos, rogando á Dios que aleja-

se otra nueva desgracia de aquella desventurada familia.

Lo que yo temia era que Manuel tuviese familia de su segundo matrimonio, y esta desgracia, que era la gorda, no tardó en sobrevenir, pues Antonia dió á luz un niño.

Muy pronto entraron las disputas sobre cuál de los niños era más hermoso, cuál tenia más gracia, cuál era más listo y cuál más dócil. Para Antonia, Pepito (así se llamaba su hijo) era tan superior en todo á Juanito (así se llamaba su hijastro), que hasta la comparacion la heria y ofendia, y para ello tenia dos razones: primera, que Pepito era hijo suyo y Juanito no lo era, y segunda, que aborrecia á Juanito y hasta á la madre que le parió.

Manuel era imparcial, porque tan hijo suyo era el uno como el otro; y como veia que Antonia no apreciaba su imparcialidad y su prudencia, se irritaba y daba á los diablos, y hasta realmente se iba inclinando á Juanito, por la única razon de que un sentimiento natural nos inclina á los débiles y desamparados.

Juanito y Pepito armaban una pelotera sobre la propiedad de una pelota, y se arañaban y ponian el grito en el cielo, y Pepito acudia á su madre diciendo que Juanito le habia pegado, en tanto que Juanito se aguantaba los arañazos en

su rincon, porque no tenia madre á quien pedir justicia ni amparo, y Antonia, si era que no iba á buscar á Juanito para reventarle de una patada, como ella decia, aunque no le daba tan fuerte, halagaba y consolaba á su hijo, besándole y limpiándole las lágrimas al compas de estas *dulces* palabras:

—Tú tienes la culpa, por jugar con esa hiena... ¡Si tiene mala sangre para que sea bueno!

Figurémonos la que se le pondria al pobre Manuel con estas indirectas del padre Cóbos.

Daba la casualidad que Juanito era más amable, más gracioso, más mono que Pepito, y las gentes que visitaban la casa ó encontraban en la calle á Antonia y Manuel cuando iban de paseo con los niños, acariciaban más á Juanito que á Pepito, ó á Antonia se le figuraba que le habian acariciado más. ¡Aquí te quiero ver, escopeta!

—¡Ya se ve!—exclamaba Antonia cuando quedaba á solas con su marido.—¡Como ven que todas tus gracias son para ese mocoso, y las gentes son monos de imitacion!... ¡Como ese trasto es un hipócrita zalamero, y el otro pobre sale á su madre, que no le gusta decir ni hacer más que lo que siente!... ¡Como ven que su padre pone siempre cara de hereje al chiquitin, como si no fuera tan hijo suyo como el grandullon!... ¡Hi! ¡hi! ¡hi! ¡La culpa me tengo yo, que no me eché una cuerda

al cuello ántes de casarme con este pícaro de hombre!

Y con éstas y las otras, el diablo se llevaba la comida ó el paseo, y Manuel, por no hacer un disparate, se iba como loco por esas calles de Dios, y gracias que no se iba á que alguna picarona le consolase con su suavidad de la aspereza de su mujer; y entre tanto, el pobre Juanito, á solas con su madrastra, llevaba cada zurribanda que cantaba el misterio, sin que su madre, que le contemplaba desde el cielo, pudiera acudir en su auxilio, por más que el pobre chico gritaba cada vez que recibia un tantarantan: «¡Ay, madre mia de mi alma y de mi corazon!...»

¡Viudos que teneis hijos y andais buscando novia, leed y temblad!

Pero tengo que dedicar algunos renglones á las buenas madrastras, porque hay madrastras buenas, aunque parece mentira y aunque son tan contadas como los Padres Santos de Roma. Las hay, y yo conozco una que trata á sus hijastros (¡qué pícaramente me suena esta palabra!) como si fueran hijos propios. Ante estas madrastras yo me quito el sombrero con tanta admiracion y amor y gratitud y respeto, como me le quito ante la más santa de las madres.

Esta salvedad, esta advertencia que hago, inspirado por mi amor á la verdad y la justicia, tie-

ne un inconveniente muy grave, y es que todos los viudos que traten de volver á casarse, van á creer que les ha de tocar á sus pobres hijos una de las madrastras ante quienes me quito yo el sombrero.

—¿Y qué motivos tiene usted—se me dirá—para temer que los viudos se guien por tan absurda lógica?

Yo se lo diré á ustedes. La humanidad es tan egoista é irracional en sus cálculos, que siempre espera las maduras y nunca las crudas. Bilbao tiene veinte mil habitantes. Si aparece un profeta en la cumbre de Péru-Arantzaco gritando: «Esta noche van á morir veinte bilbaínos», no habrá un bilbaíno que diga, aunque se sienta enfermo: «¿Si seré yo uno de ésos?» Pero si el profeta grita: «Mañana le va á caer el premio gordo de la lotería á un bilbaíno», no habrá un bilbaíno que no diga, aunque no haya jugado á la lotería: «¿Si seré yo ése?»

Así como quien no quiere, me he dejado decir que conozco una madrastra buena. Pues no teman ustedes que me arañen las madrastras so pretexto de que he hablado mal de ellas, que no habrá una que no crea que es ella la madrastra buena que he dicho conozco.

Hay en Madrid un puente que lleva el nombre de Segovia, y este puente tiene á un lado y otro

extensos lavaderos que están continuamente poblados de lavanderas de oficio y de lavanderas particulares. Hay una palabra, cuya significacion ignoro, pero que irrita, subleva, indigna á todas las lavanderas de las orillas del Manzanáres. Cuando algun chusco ó malintencionado grita desde lo alto del puente de Segovia: «¡Todas!», todas, absolutamente todas las lavanderas de ambas orillas del rio exhalan un grito de indignacion y prorumpen en amenazas é improperios contra el que ha pronunciado aquella palabra, que lo mismo puede significar «*todas* sois unas santas», que «*todas* sois unas bribonas».

Queriendo yo probar una vez más lo que vengo sosteniendo, esto es, cuán fácilmente se aplica la humanidad la excepcion de la regla, con tal que le tenga cuenta la excepcion, me fuí un dia al puente de Segovia, y grité desde lo alto: «¡Casi todas!» Ninguna lavandera se alborotó ni dió señales de enojo, sin duda porque todas dijeron para sí: «Yo estoy comprendida en el casi».

Pues bien, señores viudos con hijos que andais buscando novia, ó la teneis ya ojeada: ¿creeis que está guardadita para vuestros pobres hijos una de las madrastras ante quienes me quito yo el sombrero? ¡Ca! Esa la tengo yo guardada para dársela á mi mayor enemigo.

II

Este era un matrimonio con tres hijos todavía pequeños.

La mujer, que se llamaba Marta, apénas tendría cuarenta años, y el marido, que se llamaba Mateo, pasaba ya de los cincuenta.

Marta era una santa en toda la extension de la palabra, y amaba á sus hijos con toda la ternura que cabe en el corazon de una madre.

Es fama que hay una súplica que nunca desatiende Dios, y es la última que le dirigen las madres en este mundo.

Marta enfermó gravemente, y cuando ya el aliénto y la inteligencia y la vida le iban faltando, pidió á Dios que no desamparase á sus pobres hijos. Apénas hizo esta súplica, espiró, y su alma voló al cielo, donde el Señor le salió al encuentro y la sentó en el escalon más alto de su trono de gloria.

Mateo, que queria muchísimo á su mujer, lloró mucho por ella durante el primer mes de viudo, lloró mucho ménos durante el segundo, echó algunas lágrimas durante el tercero, estuvo triste durante el cuarto, se fué alegrando durante el quinto, y empezó á retozar con la criada durante el sexto.

Esto último es muy grave y necesita alguna explicacion. Mateo, así que murió su mujer, pensó, como era natural, que necesitaba tomar una criada que reemplazase á la difunta en el arreglo de su casa. Pero ¿qué clase de criada era la que le convenia? No faltó quien le dijese: «Tome usted una de esas mujeres de edad que tienen más juicio que no estas cascabeleras del dia que no piensan más que en los novios». Pero él se hizo esta otra cuenta: «Las mujeres de edad tienen sus inconvenientes. La que no está llena de alifafes, está llena de resabios y vicios. Lo que á mí me conviene es una criada jóven que sirva para todo y alegre la casa, que para viejo y triste me basto y me sobro yo». Y en efecto, Mateo tomó una criada jóven y ojinegra, que lo mismo servia para un fregado que para un barrido.

Juliana, que así se llamaba la muchacha, y era de un pueblo cercano, era tan lista que se lo encontraba todo hecho, y tan alegre, que donde ella estaba no entraban penas. Mateo decia con muchísima razon:

—Algun ángel trajo á casa á esa chica, porque si no es por su genio alegre, yo me voy tras la difunta.

La muchacha estudiaba con el enemigo malo para alegrar y tener contento á su amo, y su amo, como era agradecido, naturalmente iba tomando

ley á la muchacha, y nada tiene de particular el que á los seis meses de tenerla en casa gastase bromas con ella, porque el pobre necesitaba distraerse para no estar siempre pensando en *aquella santa*, que era como con razon llamaba á su difunta esposa. Y luégo, Mateo tenia otro motivo muy grande para estar agradecido á la muchacha, y era que ésta cuidaba y mimaba á los chicos con tal esmero y gracia, que los chicos, léjos de echar de ménos á su madre, ni siquiera se acordaban ya de ella, si hemos de creer lo que Juliana decia.

Un dia, al año de enviudar, notó Mateo que Juliana estaba triste, como que en todo el dia la habia oido cantar, cosa que no habia sucedido hasta entónces desde que estaba en casa.

Mateo fué á la cocina donde la muchacha fregaba los platos en silencio, y le preguntó:

—¿Qué es eso, chica, que estás tan callada? ¿Estás mala?

—No señor.

—¿Pues qué tienes?

La muchacha, por única contestacion, se echó á llorar sin consuelo.

—Pero, hija, ¿qué te pasa?—le preguntó su amo con tanto cariño como inquietud.

—Lo que me pasa—contestó Juliana sollozando—es que soy muy desgraciada.

—Pero ¿por qué, mujer?

—Porque ya la están quitando á una por ahí el pellejo...

—Pero ¿por qué te le han de quitar?

—¡Hi! ¡hi! ¡hi! Yo me tengo la culpa, tonta de mí, que no me hice cargo ántes de entrar á servir á un viudo, de que habian de empezar las habladurías...

—¡Adios con la colorada! —exclamó Mateo, comprendiendo qué clase de habladurías eran las que tan afligida tenian á la muchacha. —Mira, hija, no hagas caso...

—Eso es; como ustedes los hombres no tienen nada que perder...

—Si yo fuera un jóven, podrian decir que si fué, que si vino; pero siendo ya un viejo que no puedo con los calzones...

—¡Sí, viejo!

—Mira, hija, ríete de las habladurías de la gente...

—¡Sí, para reir es lo que á mí me pasa!

Y Juliana se echó á llorar de nuevo.

—Pero ¿á qué viene ese llanto, mujer?

—Viene á que una está ya perdida para siempre...

—Pero ¿por qué?

—Porque si estoy en su casa de usted, malo con lo que la gente habla; y si salgo, malo tam-

bien con la nota que saco... ¡Hi ¡hi! ¡hi! ¡Qué desgraciada es una por obrar sin malicia!

Mateo, tan afligido como Juliana, instó á ésta á que se tranquilizara, y lo consiguió algun tanto asegurándole que él veria si habia algun medio de arreglarlo todo.

Por más que aquella noche caviló, sólo encontró uno, que consistia sencillamente en casarse con Juliana; pero este medio le pareció absurdo y ridículo contando la muchacha veinticuatro años y él cincuenta y cuatro.

Púsole en conocimiento de la muchacha, y como ésta le convenciera de que no habia tal absurdo ni ridiculez en que se casara con ella, pues aunque le duplicaba con exceso la edad, estaba de mejor ver que muchos jóvenes de veinticinco años, se decidió á cargar nuevamente con la cruz del matrimonio, que debe pesar como un diablo cuando la cruz tiene la figura de una muchacha ojinegra de veinticuatro años, y el que carga con ella la de un carcamal.

III

Medio año hacía nada más que Mateo se habia casado por segunda vez, y en tan corto tiempo habia variado notablemente el carácter de Juliana. Ya no era ésta la criada que se peinaba, como

quien dice, á dedo, y salia los domingos con vestido de indiana, que era una señorona que hasta arrastraba vestido de seda. Como de por sí era guapetona y se emperejilaba tanto, tenia quien la requebrase hasta en las barbas (por supuesto canas) de su marido, que se ponia como un toro con tales requiebros.

Mateo conocia, aunque demasiado tarde, la gran diferencia que habia entre el mérito personal de su mujer y el suyo, y se apresuraba á satisfacer todos los caprichos de su mujer, que en verdad no eran pocos.

Por fin Mateo tenia un pecado muy gordo que purgar, que era el haberse casado con su criada de veinticuatro años á la edad de cincuenta y cuatro, y casi casi debemos alegrarnos de que le purgase; pero lo triste, lo doloroso, lo irritante era que los pobres hijos de Marta, que ningun pecado habian cometido, pagaban el pecado de su padre. Aquel cuidado y aquel mimo que cuando Juliana era criada tanto enamoraban á Mateo, se habian trocado en abandono y hostilidad desde el momento en que Juliana fué señora (señora... vamos al decir).

Los chicos eran tres: Pepe, que tenia doce años; Perico, que tenia diez, y Antonio que tenia ocho.

Para Juliana, las travesuras más inocentes de-

los niños eran crímenes imperdonables que castigaba sin misericordia.

Mateo sacaba la cara por sus hijos; pero por más que lo hiciese sin herir á su mujer y buscando la conciliacion y la paz, su mujer volvia su furia y su rencor contra él, y fué llegando el tiempo en que Mateo ni siquiera se atrevia á interceder por sus hijos cuando más maltratados los veia.

Eran en aquella casa muy comunes escenas como ésta. So pretexto de que los chicos habian hecho esto ó lo otro ó lo de más allá, su madrastra la emprendia con ellos á puntillones ó escobazos, y los condenaba á no comer aquel dia.

—Pero, hija,—le decia Mateo, sin atreverse á tomar directamente la defensa de sus hijos, por más que conociese la sinrazon de Juliana,—no te acalores así, que vas á caer mala.

—Y me quitarán la vida esos infames, que se alegrarán de ello, porque no buscan otra cosa.

—No seas tonta, mujer, que son cosas de chicos.

—Eso es, saca la cara por ellos y dales las gracias...

—¡Si no es eso, mujer!

—¡Pues si no, será lo otro! ¡Vaya, que no estás poco enamorado de los espantajos ésos!

—Pero, mujer, hazte cargo de que al fin son mis hijos...

—Tienes razon, y yo no soy nadie para tí.

—¡Si no digo tal cosa!

—Nada, nada, quédate con ellos, ya que son tan buenos.

—¡Si lo que digo es...

—Yo me iré á mi pueblo, que aunque fuera al infierno me iria yo por no veros á tí y á ellos. Así os quedareis anchos y descansados... ¡Hi! ¡hi! ¡hi! La culpa me tuve yo, pícara de mí, que teniendo á docenas las proporciones cargué con un vejestorio...

—¡Adios! ¡Ya pareció aquello!

—Pero, á Dios gracias, todavía no lo ha perdido una todo, que así que salgo á la calle tengo á puntillones jóvenes que me miren con buenos ojos.

Al llegar la disputa á este punto, Mateo, entre aterrado y colérico, pedia perdon á su mujer de faltas que no habia cometido, y su mujer conseguia de él cuanto le daba la gana, y los pobres chicos eran las víctimas inocentes de la debilidad de su padre.

El menor de los niños contaba diez años, y ya entónces Juliana formó el firme propósito de desembarazarse de los tres, so pretexto de que eran unos holgazanes y debian estar aprendiendo un oficio, pues otros menores que ellos le aprendian y ganaban el pan.

Mateo resistió hasta donde sus escasas fuerzas y su apocado espíritu lo permitian aquella sinrazon de su mujer; pero al fin cedió como siempre, consintiendo en arrojar de su casa á sus hijos, que en verdad poco perdian en ello, llevando en casa la miserable y arrastrada vida que llevaban.

Pepe se puso de aprendiz en casa de un cestero, Perico en casa de un sastre, y Antonio en casa de un tornero, y cada cual en pueblo muy distante del suyo, no sin haber exigido la madrastra y consentido Mateo que no volvieran á poner los piés en casa hasta que cada cual supiese el oficio á que se dedicaba.

IV

Marta, que desde el cielo veia con dolor la injusticia con que sus pobres hijos eran tratados en la tierra, dijo un dia para sí:

—Hasta aquí no he querido importunar al Señor pidiéndole que tomase la defensa de mis chicos, porque conozco que los mimé demasiado y que convenia que aprendiesen á padecer de pequeños, para que el áspero y triste camino de la vida que empezaban á recorrer, los recibiese curtidos y familiarizados con el padecimiento y los trabajos; pero me parece que ha llegado ya el caso de recordarle la súplica que le hice al aban-

donar la tierra, y fué que no desamparase á mis pobres hijos.

Y dicho y hecho: Marta alzó los ojos al Señor, y le dijo:

—Señor, ¿recuerda Vuestra Majestad la última súplica que le hice?

—¡Pues no la he de recordar!—Yo no olvido ni desoigo nunca las súplicas que las buenas madres me hacen, y mucho ménos la que me hacen al espirar. Me suplicaste que no desamparase á tus hijos, y estoy dispuesto á ampararlos aunque sea por medio de prodigios que estén fuera de lo que los hombres llaman posibilidad humana.

—¡Gracias, Señor, por tanta bondad!—exclamó Marta con lágrimas de alegría.—Hasta aquí mis hijos tenian el amparo de su padre, á cuyo lado vivian, aunque, á decir verdad, de poco les servia el tal amparo, porque su padre es tan bragazas que no vale para nada; pero de hoy en adelante ni áun aquella sombra de amparo tendrán los pobrecitos de mi alma.

—Tranquilízate y déjalo todo á mi cuidado, que yo protegeré á tus hijos y daré su merecido á la pícara de su madrastra y á cuantos se porten mal con ellos. Ya veo que tú no les quitas ojo desde aquí, y haces perfectamente, porque una buena madre no debe perder nunca de vista á sus hijos; pero aunque veas que les sucede algun percanci-

llo, no te alarmes por eso, que al fin y al cabo cantarán victoria. Así como las aguas llegan más puras y saludables á la fuente cuantas más rocas y precipicios han atravesado, así los hombres son más dignos del Paraíso cuantas más asperezas han recorrido para llegar á él.

Marta volvió á dar las gracias al Señor por sus bondades, y esperó con la tranquilidad del justo el cumplimiento de las santas promesas del Señor.

Pasaron años y pasaron años, y los hijos de Mateo se hicieron mozos hechos y derechos, y cada cual aprendió perfectamente su oficio.

Mateo se acordaba mucho de ellos y suspiraba por verlos; pero no se atrevia á decírselo á su mujer. Esta se habia hecho muy avara, y á Mateo le ocurrió que quizá la avaricia de su mujer podria proporcionarle el consuelo de volver á ver á sus hijos, y áun el de tenerlos á su lado, cosa que deseaba tanto más, cuanto que aborrecia ya á su mujer, que cada vez era peor.

—¿Sabes, hija,—dijo una dia á Juliana,—que me han dado noticias de los chicos?

Juliana puso una cara de demonio al oir hablar de sus hijastros, y Mateo, viéndola dispuesta á estallar en improperios contra ellos, se apresuró á añadir:

—Me han dicho que los tres han salido exce-

lentes oficiales, y el dia que se establezcan de su cuenta cada cual en su oficio ganarán el oro y el moro.

Juliana puso cara de pascua al oir esto, y Mateo continuó:

—Me ocurre una cosa, y es que como yo soy viejo, y poco puedo hacer ya para aumentar la pacotilla que deseo dejarte al morir, nos vendria á todos de perilla que los chicos volvieran á casa y se establecieran aquí, con tanto más motivo, cuanto que el tornero, el cestero y el sastre del lugar, con haberse casado con muchachas que podian ser nietas suyas, han envejecido en un año veinte, y ya no pueden trabajar. Ademas, estoy seguro de que los muchachos traerán el bolsillo bien repleto con los ahorros que les entregará su maestro.

—Me parece muy buena idea ésa,—respondió Juliana, abriendo tanto ojo al divisar á traves de su fantasía tres puñados de dinero que le entregaban por de pronto sus hijastros, y otros tres que le entregaban cada dia al concluir su trabajo.

Mateo, lleno de alegría, escribió á sus hijos invitándoles á volver á casa para establecerse en ella, y asegurándoles que su madrastra era ya muy otra y los trataria á cuerpo de rey. El pobre padre mentia en cuanto á la enmienda de su mujer, pero temia que de no decírselo no quisiesen

volver sus hijos, y el desgraciado ¡tenia tanta ánsia de verlos y tenerlos á su lado!

Los chicos, que no la tenian menor de volver á ver á su padre y de vivir en el pueblo y la casa donde habian nacido y se habian criado, vieron el cielo abierto cuando leyeron la carta de su padre, de quien no tenian queja, porque sabian que su mayor defecto consistia en ser demasiado bueno.

Marta, que no apartaba la vista de sus hijos, la alzó al Señor, como diciéndole:

—¡Señor, esto va malo! ¿Qué va á ser de esos chicos otra vez en poder de la perra de su madrastra?

Y el Señor, adivinando lo que queria darle á entender, la tranquilizó diciéndole:

—Déjate estar, mujer, déjate estar, que yo me entiendo y Dios me entiende.

V

Pepe, así que recibió la carta de su padre, le dijo al maestro:

—Maestro, he tenido carta de mi padre diciéndome que vaya á casa y me establezca allí, porque es ya muy viejo y desea tenerme á su lado, y porque el cestero del pueblo, como se casó con una muchacha que podia ser su nieta, ha envejecido en un año veinte, y no puede hacer un cesto el que hizo ciento... cada semana.

—Hombre,—le contestó el maestro,—siento que te vayas, porque has salido muy buen oficial y eres hombre de bien; pero apruebo tu determinacion, pues los padres son ántes que los maestros. Yo quisiera que llevaras á casa los bolsillos bien repletos de dinero; pero los tiempos están tan malos para el oficio, que sólo te puedo dar, como muestra de mi aprecio, esta cesta hecha por mis propias manos.

Y así diciendo, el maestro puso en las de Pepe una césta de tapa, cuya hechura nada tenia de particular.

—¡Gracias!—contestó Pepe con sequedad al recibirla.

—¡Qué! ¿No vas contento con ese regalo?

—Ya ve usted, una cesta vacía no es alhaja que le haga á uno bailar de contento.

—Hombre, es verdad; pero si está de Dios que has de ser rico, cada vez que digas á esa cesta: «¡Llénate, cesta!», se llenará de lo que te haga falta.

—Tiene usted razon,—dijo Pepe, conformándose al fin con la cesta.

Y partió para su pueblo, pidiendo á Dios que le diese su ayuda.

Pero conforme iba andando, iba sintiendo ganas de comer, y no se atrevia siquiera á comprar un panecillo en las ventas que encontraba al paso,

porque sólo llevaba en el bolsillo dos reales, y ése era justamente el dinero que necesitaba para pagar la posada aquella noche.

A la caida de la tarde, el hambre le apretaba de tal modo que apénas podia ya dar un paso.

—¡Madre de mi alma,—exclamó, alzando la vista al cielo,—pide á Dios que no me deje morir de hambre en esta soledad!

Al pronunciar estas palabras, oyó una voz que le dijo, como viniendo del cielo:

—¡La fe te salve!

Y entónces, sintiendo su corazon lleno de fe, exclamó:

—¡Llénate, cesta!

Y al meter en la cesta la mano, encontró la cesta provista de una excelente comida, que consistia en tierno y blanquísimo pan, una botella de buen vino, aves asadas, jamon en dulce, lengua de vaca y otros fiambres, y hasta un queso de bola.

Dió gracias á Dios por el consolador maná que le enviaba, y en seguida, sentadito al pié de un castaño, comió y bebió como un príncipe, y dió á un pobre que pasó por allí la comida sobrante.

La noche iba llegando, y Pepe se acercaba á la posada.

—He sido un tonto—pensó entónces Pepe—en haber dado al pobre el resto de la comida que debia haber guardado para cenar esta noche. Ten-

dré que acostarme sin cenar, si Dios no vuelve á favorecerme.

Dicho esto, quiso probar si se repetia el prodigio, y exclamó:

—¡Llénate, cesta!

La cesta volvió á llenarse de exquisitos manjares, y Pepe, ya lleno de fe en la proteccion de Dios, repartió á los pobres el contenido de la cesta, y llegó con ella vacía á la posada.

En la posada trabó larga conversacion con el posadero y unos arrieros, y les contó lo que le sucedia con la cesta.

Los arrieros y el posadero se echaron á reir, diciéndole que se lo contara á su tia.

—¡Qué! ¿No lo quieren ustedes creer?—les dijo.—Pues ahora verán ustedes si yo miento.

Y encarándose con la cesta, exclamó:

—¡Llénate, cesta!

Y los arrieros y el posadero vieron con asombro que la cesta, ántes completamente vacía, se llenó de repente de ricos manjares, que disfrutaron todos en compañía del cestero.

De sobremesa, naturalmente rodó la conversacion sobre el prodigio de la cesta; y como el posadero y los arrieros mostrasen deseos de ver repetir aquel prodigio, porque aún conservaban algunas dudas, á pesar de haberle visto por sus propios ojos, Pepe les dijo:

—Para que ustedes se acaben de convencer, voy ahora mismo á hacer provisiones para mañana.

Y despues de enseñar la cesta completamente vacía, añadió:

—¡Llénate, cesta!

La cesta apareció inmediatamente llena de manjares, entre los cuales se contaba hasta un queso de bola.

Terminada la cena, Pepe se retiró á su cuarto, llevándose la preciosa cesta, que colocó á los piés de la cama, y acostándose en seguida, quedó dormido como un tronco.

El posadero, que era ambicioso y malo como él solo, dijo para sí;

—¡Cuidado que esa cesta es alhaja! Con una así me hacía yo rico, porque no necesitaba gastar un cuarto para dar de comer á los viajeros. ¡Si yo pudiera birlársela á ese mozo!... Pero tate, que en casa ha de haber una enteramente parecida á ella, y si yo pudiera encajársela á ese mozo en lugar de la suya, hacía un negocio bárbaro.

En seguida el posadero buscó una cesta de figura idéntica á la de Pepe; así que oyó á éste roncar, entró de puntillas en su cuarto, cogió la cesta de Pepe, cuyo contenido trasladó á la suya, dejó la suya á los piés de la cama y se largó tan contento con la cesta maravillosa.

Así que se encerró con ella en su cuarto, qui-

so hacer provision de manjares para dar de almorzar la mañana siguiente á los viajeros; pero por más que dió y repitió la voz de «Llénate, cesta!», la cesta permaneció vacía, lo cual alarmó mucho al posadero, y tiene una explicacion muy sencilla para los que conocemos lo ocurrido de tejas arriba y de tejas abajo á la familia de Mateo.

—¡Ah, bruto de mí, que no habia caido en la cuenta!—exclamó el posadero tranquilizándose de repente.—Hasta que se consuma el contenido de la cesta que he trasladado á la falsa, no puede repetirse el prodigio. Pedir otra cosa sería pedir gollerías.

Y el posadero se acostó muy confiado en que tan pronto como el cestero consumiese al dia siguiente la provision que llevaba para el camino, recobraria la cesta su maravillosa virtud.

A la mañana siguiente, Pepe se levantó temprano, dió sus dos reales por la posada y continuó su camino cargado con la cesta, cuya falsedad no conoció, porque era idéntica á la legítima y estaba llena de manjares exquisitos.

Cuando llegó á su casa, alrededor de mediodía, su padre y su madrastra le recibieron con los brazos abiertos.

A su padre no le ocurria preguntarle si traia ó dejaba de traer dinero, porque sólo pensaba en que iba á morir dichoso teniendo á su lado á los

hijos cuya ausencia le habia costado muchas lágrimas; pero su madrastra se encargó de reparar el olvido de su padre.

—Con que vamos, hijo,—le preguntó,—¿qué tal te ha ido por esos mundos?

—Muy bien. A Dios gracias, ha habido salud...

—¿Y pesetas?

—De ésas andamos mal.

—¿Cómo que mal?—exclamó Juliana poniendo cara *feroce.*—¡Pues qué! ¿Te ha dejado marchar el maestro con las manos vacías?

—Tanto como eso, no señora; pero no me ha dado un cuarto.

—¿Pues qué te ha dado?

—Esta cesta.

—¡Vaya una alhaja!

—¡No lo sabe usted muy bien! Esta cesta no se paga con dinero.

—¿Por qué?

—Porque con ella ya no necesitamos gastar un cuarto para comer los más ricos manjares.

—Pero ¿cómo es eso?

—En diciéndole yo: «¡Llénate, cesta!», se llena de exquisitos manjares, entre los cuales ni siquiera falta un queso de bola...

—No está mala bola ese cuento.

—¿Bola? Lo van ustedes á ver muy pronto. Conviden ustedes á comer con nosotros á una do-

cena de vecinos, y verán salir de esta cesta cosas buenas.

Tanto insistió Pepe en que se convidara á los vecinos, que Juliana los convidó, y miéntras iban poniendo la mesa, fueron los vecinos llegando.

Sentados todos á la mesa, Pepe, que queria sorprender á los convidados haciéndoles presenciar las maravillas de la cesta, colocó ésta vacía en el centro de la mesa y exclamó:

—¡Llénate, cesta!

Pero la cesta permaneció vacía. Pepe repitió una y otra vez la misma frase; pero la cesta continuó rebelde.

Y los convidados, viendo que no se les daba de comer, se levantaron y se fueron furiosos creyendo que el convite habia sido una burla, y Juliana, lanzándose hecha una furia del infierno á su hijastro, le llenó de improperios, y le hubiera sacado los ojos, á no tomar más que á paso el pobre Pepe la puerta de la calle lleno de desesperacion y vergüenza.

Marta, que desde el cielo contemplaba el dolor de su pobre hijo, alzó los ojos al Señor como pidiéndole misericordia para el hijo de sus entrañas, y el Señor, comprendiendo lo que significaba aquella mirada, le dijo:

—Tu hijo ha abusado de mi proteccion valiéndose de ella para satisfacer la necia vanidad del

hombre, y es necesario que pene un poco, porque yo no puedo dejar sin castigo ningun vicio, ni sin premio ninguna virtud.

Y Marta, al oir esto, enjugó la santa lágrima que asomaba á sus dulces ojos de madre, diciendo:

—¡Hágase la voluntad del Señor!

VI

Perico, como su hermano Pepe, dijo á su maestro, así que recibió la carta de su padre:

—Maestro, mi padre me escribe diciéndome que vaya á establecerme en casa, porque él es ya muy viejo, y el sastre del lugar, como se casó con una muchacha que podia ser nieta suya, ha envejecido en un año veinte, y ya no puede dar puntada.

—Los padres son ántes que los maestros, y haces bien en volver al lado del tuyo,—le contestó el maestro.—Eres hombre de bien, y yo quisiera recompensarte como mereces; pero el oficio está tan malo, que sólo te puedo regalar esta chaqueta cosida por mis propias manos.

—¡Gracias!—contestó secamente Perico, recibiendo la chaqueta que su maestro le regalaba.

Su maestro conoció que el regalo no le satisfacia mucho, y le dijo:

—No aprecies mi regalo por lo que en sí vale,

sino por la buena voluntad con que te le hago... Si está de Dios que has de ser rico, cada vez que metas la mano en el bolsillo de esa chaqueta sacarás una onza de oro.

—Eso tambien es verdad, maestro,—dijo Perico, completamente resignado con su suerte.

Y poniéndose la chaqueta regalada por su maestro, se despidió de éste y tomó el camino de su pueblo, pidiendo á Dios que le favoreciese con su ayuda.

Conforme caminaba, iba teniendo hambre, y queriendo tomar algo en alguna de las ventas que encontraba á su paso, se acordó de que se habia dejado el poco dinero que tenia en la chaqueta vieja que quedaba en casa del maestro.

—¡Madre de mi alma!—exclamó alzando la vista al cielo.—¿Qué va á ser de mí sin un cuarto para hacer esta jornada de dia y medio?

Apénas dijo esto, oyó una voz que parecia venir del cielo y le decia:

—¡La fe te salve!

Y sintiendo su corazon lleno de fe, llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y encontró en él una onza de oro.

Una chaqueta así le hace falta á todo ministro de Hacienda; digo, me hace falta á mí.

Dicho se está que en el primer ventorrillo que encontró á mano sacó la tripa de mal año y cam-

bió la onza, y que como era muchacho caritativo, dió buenas limosnas á cuantos pobres encontró en el camino.

Llegado á la posada donde habia de hacer noche, pidió una magnífica cena.

El posadero, que era avaro y malo como él solo, temió que no tuviera para pagar cena tan opípara, y al servírsela, le presentó la cuenta.

—¡Qué!—le dijo Perico, incomodado por aquella desconfianza.—¿Cree usted que soy algun pobreton que no tengo con qué mandar rezar á un ciego? Pues se lleva usted chasco. Cada vez que yo meto la mano en el bolsillo de esta chaqueta encueutro en él una onza de oro.

El posadero se echó á reir de aquella fanfarronada.

—¿No lo cree usted?—le preguntó Perico, cada vez más incomodado.—Pues ahora se va usted á desengañar. Meta usted la mano en este bolsillo y saque usted todo el dinero que haya en él.

El posadero lo hizo, y sólo sacó un duro, que era lo único que á Perico le quedaba de la onza, con tanto dar limosnas y regalarse por el camino; y viendo que Perico no tenia bastante para pagar la cena, empezó á recoger los platos, poniendo de vuelta y media á Perico; pero Perico metió la mano en el bolsillo que el posadero habia dejado vacío, y sacó de él otra onza.

El posadero se quedó como quien ve visiones, y como era tan bribon como vimos la noche que birló la cesta á Pepe, pensó en birlar á Perico la chaqueta que tan maravillosa virtud poseia.

Perico se fué á su cuarto, se desnudó, poniendo la ropa en una silla á la cabecera de la cama, se acostó, y un momento despues dormia como un liron.

El posadero, que estaba completamente decidido á birlarle á Perico la chaqueta, entró de puntillas en el cuarto así que le oyó roncar, y cogiendo la chaqueta, trasladó á otra enteramente parecida á ella el dinero que tenia en el bolsillo, y se llevó la legítima, dejando en su lugar la falsa.

Perico continuó su camino por la mañana temprano, y al llegar á su casa fué recibido con grandes muestras de alegría por su padre y su madrastra.

Esta última le preguntó cómo andaba de dinero, y como Perico contestase que sólo llevaba algunos duros, la madrastra le puso cara de Semana Santa; pero como Perico añadiese que la chaqueta que le habia regalado el maestro tenia virtud tal que cada vez que metia la mano en el bolsillo encontraba en él una onza de oro, la madrastra le puso cara de Pascua de Resurreccion.

Sin embargo, Juliana, que estaba un poco escamada con el chasco que le habia dado Pepe,



dijo que para creer lo que Perico decia necesitaba verlo.

Quemado Perico con esta duda, cogió los duros que tenia en el bolsillo y se los dió á un pobre tullido que pasaba por allí, y que al verse con aquel tesoro, tiró las muletas y echó á correr como un galgo, temeroso de que Perico se arrepintiese su liberalidad.

Perico, saboreando anticipadamente el triunfo que esperaba alcanzar al ostentar á los ojos de su incrédula madrastra una onza de oro, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta; pero por más que buscó y rebuscó en el bolsillo, ni siquiera un ochavo encontró en él.

Entónces su madrastra se ensañó en él de tal modo, llamándole farsante, hambron, mendigo y otras lindezas por el estilo, que el pobre Perico no tuvo más remedio que huir de casa muerto de vergüenza y dolor.

Y Marta en aquel instante alzó los ojos al Señor pidiéndole misericordia para Perico, y el Señor le contestó poco más ó ménos lo que le contestó cuando se la pidió para Pepe, á saber: que Perico tenia muy bien merecido lo que le pasaba por la pícara vanidad, que es la que, en union de las mujéres, el juego, el vino, la política y otros excesos, pierde á los hombres.

VII

Cuando Antonio recibió la carta de su padre, hizo lo que sus hermanos, se presentó á su maestro y le dijo:

—Maestro, mi padre me ha escrito diciéndome que vaya á establecerme en casa, porque él está ya muy viejo, y el tornero del pueblo, como se casó con una muchacha que podia ser su nieta, ha envejecido en un año veinte, y ya no puede darle vuelta al torno, que es de madera.

—Pues debes complacerle, que los padres son ántes que los maestros,—le contestó el maestro.—Eres hombre de bien y yo quisiera hacerte un buen regalo; pero anda tan mal el oficio, que tengo que contentarme con regalarte este baston hecho por mis propias manos.

—¡Gracias!—contestó secamente Antonio recibiendo el baston que le regalaba su maestro.

Conociendo éste que no le satisfacia mucho aquel regalo, dijo á Antonio:

—Hombre, no te enfades porque ese baston valga poco, que si está de Dios que has de ser rico y feliz, lo mismo lo has de ser dándote yo ese baston que si te diera la varita de las siete virtudes.

—Verdaderamente habla usted con cabeza,—dijo Antonio.

Y despidiéndose en seguida de su maestro, tomó el camino de su pueblo, pidiendo á Dios que le diese su ayuda.

Antonio era el más jóven de los tres hermanos, y tanto lo era, que aún no le apuntaba el bozo.

Conforme caminaba con su baston en la mano, que por cierto era de acebo y tenia unos nudos capaces de abrir agujeros en las costillas que se midiesen con él, se encontró con un hombreton como un gigante.

—Chiquito, trae acá ese baston, que le necesito para medir las costillas á mi mujer,—le dijo el gigante con tono despótico.

—¿Y por qué se las ha de medir usted á la pobre?—le replicó Antonio, tan disgustado del tono como de las intenciones de aquel pedazo de animal.

—Porque está muy enfermiza; y como barrunta que así que ella cierre el ojo me he de volver á casar, pide todos los dias á Dios que se lleve á dos hijos chiquitines que tenemos, ántes de que caigan en poder de una madrastra.

—Y hace bien en pedírselo,—dijo Antonio, acordándose de Juliana.

—¡Chiquillo, si te pego un puntapié!... ¡Trae acá ese baston!

—No me da la gana,—contestó Antonio, cada vez más disgustado del tono de aquel bárbaro.

—¿Que no te da la gana?

—No señor.

—Verás cómo le pruebas tú ántes que mi mujer,—dijo el jayan lanzándose al pobre muchacho.

—¡Madre mia!—exclamó Antonio alzando los ojos al cielo con angustia.

Y apénas habia lanzado esta exclamacion, el baston de acebo saltó de su mano, y movido por una fuerza invisible, empezó á medir la cabeza y las espaldas del gigante con una precipitacion y una violencia indecibles.

El gigante, atolondrado y molido á palos, trataba por todos los medios de librarse del nudoso baston, y el baston le seguia y buscaba en todas partes, cada vez más furioso é implacable, y sólo se detuvo y quedó inmóvil en el suelo cuando el gigante emprendió la fuga lleno de espanto, y Antonio volvió á pronunciar las palabras «¡Madre mia!»

Antonio cogió el baston, le besó llorando de agradecimiento, y continuó su camino pensando en Dios y en su madre, de quienes no dudaba haberle venido aquella inesperada proteccion.

Andando, andando, vió que por un camino que atravesaba el que él seguia venian dos mozos que en el andar se daban mucho aire á sus hermanos, y se detuvo para cerciorarse de si eran ellos ó no.

En efecto, aquellos mozos eran sus hermanos

Pepe y Perico. La alegría que los tres sintieron al verse reunidos fué grande, porque se querian mucho, como lo probaban los viajes que de un pueblo á otro habian hecho con frecuencia cuando estaban aprendiendo el oficio, sin más objeto que el de verse y hablarse.

Contáronse sus desventuras, y Pepe y Perico dijeron que no les quedaba duda alguna de que el bribon del posadero les habia cambiado la cesta y la chaqueta con que tan felices hubieran sido; y cuando Antonio les contó lo que le habia pasado con el gigante, ó lo que es lo mismo, que el baston que le habia regalado su maestro, apénas exclamaba él «¡Madre mia!» sacudia á Cristo padre una paliza que no cesaba hasta que él prorumpia en la misma exclamacion, determinaron ir los tres juntos á la posada á ver si el posadero les devolvia la cesta y la chaqueta y se las pagaba todas juntas.

Así que llegaron á la posada, trabaron conversacion con una criada con objeto de averiguar con maña si el posadero se estaba enriqueciendo ó no con la cesta y la chaqueta que les habia robado, y la criada les dijo que su amo estaba como loco, pues habia dado en la manía de estar continuamente metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y diciendo á una cesta de tapa: «¡Llénate, cesta!»

—¿Y qué saca del bolsillo de la chaqueta?—preguntaron á la muchacha.

—Nada saca, y por eso sin duda jura y se desespera.

—¿Y se llena la cesta cuando él se lo manda?

—De lo que debe llenarse es sólo de aire, segun los juramentos que el amo echa cuando levanta la tapa y ve que la cesta está vacía.

Los tres hermanos habian, pues, averiguado cuanto necesitaban averiguar.

Poco despues apareció por allí el posadero, que conoció á Pepe y Perico, aunque se hizo el disimulado, y dijo para sí:

—Estos mozos, por arte de Dios ó por arte del diablo, poseen cosas maravillosas. No dejará el chico de poseer alguna tan maravillosa como las de los grandes. Vamos á cuentas: necesito en primer lugar ver si les pesco el secreto de que la cesta y el bolsillo de la chaqueta me den el fruto que á ellos les daban; y en segundo, averiguar qué es lo que trae de bueno el chico, para birlárselo como se lo birlé á sus hermanos.

Así que pensó esto, el posadero se acercó á los tres hermanos, que estaban viendo jugar al mus á dos arrieros, y trabó conversacion con ellos. Como llamase su atencion el baston de Antonio,

—Buen baston tiene usted,—dijo al chico.

—¡No lo sabe usted muy bien!—le contestó

Antonio.—Uno como éste le convenia á usted para mantener la paz en la posada.

—¡Pche! Palos no faltan...

—Pero no como éste.

—¿Qué tiene ése de particular?

—¡Una friolera! Que en cuanto yo invoco á mi madre, se me escapa de las manos y no cesa de sacudirle á usted el polvo hasta que yo pronuncio las mismas palabras.

—¿Pero sin manejarle nadie?

—Sin manejarle nadie.

—Hombre, cuentéselo usted á su abuela.

—¡Qué! ¿No lo quiere usted creer? ¿Quiere usted que hagamos la prueba en usted mismo?

—Tanto como eso nó,—contestó el posadero, retrocediendo instintivamente.

En aquel instante los dos arrieros que jugaban al mus armaron una pelotera y vinieron á las manos. Todos los que estaban presentes trataron en vano de separarlos.

—Déjenlos ustedes, que este baston los separará,—dijo Antonio.

Y apénas exclamó «¡Madre mia!», el baston se escapó de sus manos y empezó á cascar las liendres de lo lindo á los dos contendientes, que se separaron para evitar aquel diluvio de palos, á que puso término Antonio volviendo á exclamar «¡Madre mia!»

Todos se asombraron, y más que nadie el posadero, al ver la maravillosa virtud del baston de acebo.

Los tres hermanos cenaron y se fueron á acostar en un mismo cuarto. Calculando que el posadero trataria de birlar á Antonio el baston, como habia birlado á Pepe y á Perico la cesta y la chaqueta, determinaron hacerse los dormidos y estar alerta, á ver si el posadero trataba de hacer de las suyas.

No se habian equivocado: el posadero, así que los sintió roncar (por supuesto hacian que roncaban), cogió un baston de acebo en un todo semejante al de Antonio, entró de puntillas en el cuarto, y fué á coger el baston maravilloso.

—¡Madre mia!—exclamó entónces Antonio.

Y al punto el baston empezó á menudear estacazos en la cabeza y costillas del posadero.

—¡Socorro! ¡Perdon! ¡Que me matan!—gritaba el posadero, sin acertar con la puerta ni saber cómo librarse de aquel tremendo vapuleo.

Cuando el baston puso como un cordoban al posadero, Antonio hizo parar el baston, y dijo al apaleado:

—Va usted á restituir inmediatamente á mis hermanos la cesta y la chaqueta que les robó, y si no, vuelve el baston á calentarle á usted las costillas.

El posadero se resistia á la restitucion de la cesta y la chaqueta; pero viendo que Antonio se disponia á poner de nuevo en movimiento el baston, accedió al fin, y Pepe y Perico recobraron aquellas preciosas prendas.

Los tres hermanos se levantaron tempranito la mañana siguiente y determinaron dirigirse juntos á casa. Cuando iban á partir, les ocurrió que podia haberles engañado otra vez el posadero dándoles otra cesta y otra chaqueta falsas. Para salir de dudas, Perico metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una onza de oro, y Pepe dijo á la cesta: «Llénate, cesta», y la cesta se llenó de ricos manjares, entre los cuales habia hasta un queso de bola.

VIII

La mañana estaba deliciosa, y no lo digo por esta pícara aficion que tenemos los cuentistas y novelistas á hacer que el sol brille y el cielo esté sereno y azul, á pique de echar así á perder la cosecha de los pobres labradores, que muchas veces desean que el cielo tenga cada nubarron como una montaña y llueva si Dios tiene qué; repito que la mañana estaba deliciosa cuando los hijos de Mateo emprendieron la media jornadita que habia desde la posada á su casa.

Los tres iban contentísimos, y el caso no era para ménos. El sol comenzaba á calentar y el estómago á recordar que aquél no era dia de ayuno. Los tres hermanos se sentaron sobre la blanda yérba, á la sombra de un castaño, y miéntras despachaban el contenido de la cesta maravillosa, conversaban de este modo:

—Al fin—dijo Pepe—vamos á ser felices en casa, y el pobre padre lo va á ser teniéndonos á su lado durante el poco tiempo que le queda de vida.

—Tienes razon,—dijo Perico;—y yo creo que hasta la madrastra se va á alegrar de que volvamos á casa, porque hay que confesar que el chasco que sin querer le dimos con la cesta y la chaqueta falsas fué pesado, y la pobre tuvo razon para incomodarse y echarnos enhoramala.

—Ya veis—añadió Antonio—lo que nos decia padre en su carta: que la madrastra es ya muy otra.

—¡Pues no lo ha de ser!

—¡Ya se ve que lo será!

Cuando se come y se bebe tan bien como comian y bebian los hijos de Mateo, el optimismo es cosa muy natural.

Los hijos de Mateo continuaron su camino, y alrededor de mediodía divisaron al fin la casa paterna. Su madrastra estaba asomada á la venta-

na, y en cuanto los vió, se puso hecha un basilisco.

—¡Bribones, holgazanes, poca vergüenza!—empezó á decirles.—¿Os atreveis á presentaros á mi vista? Antes pego fuego á la casa que dejaros poner los piés en ella.

—Señora,—le replicó Pepe,—óiganos usted ántes de condenarnos...

—No quiero oiros ni veros, que demasiado os conozco, pícaros, tunantes, desvergonzados, holgazanes.

Los pobres muchachos, viendo que su madrastra ni siquiera queria oirles, volvieron piés atras; pero la madrastra llamó á Antonio, diciéndole:

—Ven tú solo, que aunque serás tan buena alhaja como tus hermanos, á tí no te tengo mala voluntad.

—Esperad aquí, que yo le hablaré al alma é intercederé por vosotros,—dijo Antonio á sus hermanos.

—¿Por supuesto,—le dijo Pepe,—que no irás á hacer uso del baston?

—¿Quieres callar, hombre? Ni por cuanto hay en el mundo apalearia yo á una mujer, y mucho ménos á la que está casada con mi padre y mal ó bien ha hecho las veces de madre conmigo y mis hermanos.

Antonio entró en casa, donde fué recibido por su padre, y áun por su madrastra, con los brazos abiertos.

—¿Con que vamos,—le preguntó la madrastra,—qué tal te ha ido en tu aprendizaje?

—Bien, gracias á Dios; he aprendido un buen oficio...

—¿Y traerás el bolsillo bien repleto?

—En cuanto á eso... le confieso á usted que no traigo un cuarto.

La madrastra puso una cara que parecia que se le queria tragar.

—Pues entónces, ¿qué traes?

—Traigo un baston que vale un perú.

—¿Qué me quieres decir con eso, grandísimo insolente?

—Nada, que...

—¡Hola! ¿Con que te atreves á amenazarme? ¡Grandísimo pillo, desvergonzado, te he de arrancar la lengua!

Y Juliana se arrojó furiosa al pobre Antonio, que, poniendo por escudo el baston, se libró de su primera acometida.

El desdichado Mateo quiso interponerse entre su hijo y su mujer, y ésta, dándole un furioso empellon, le arrojó de espaldas al suelo, que no sé cómo no le desnucó.

Juliana, cada vez más furiosa á la vista del

baston que su hijastro ponia por escudo para defenderse de aquella furia desencadenada, cogió un cuchillo de la mesa, que estaba puesta para comer, y se lanzó con él á herir á Antonio. Éste, más aterrado aún que cuando le acometió el gigante, retrocedió un paso, exclamando: «¡Madre mia!», no con objeto de poner en ejercicio el baston, que el pobre chico ni siquiera habia pensado en tal cosa, sino porque tenia la costumbre, que todos los chicos y áun los grandes tienen, de invocar el dulce nombre de su madre en los grandes peligros y en los grandes dolores.

El nudoso baston se escapó de las manos de Antonio, y ántes que el muchacho pudiera pensar en detenerle, cascó tan soberana paliza á la pícara madrastra, que ésta cayó al suelo aterrada y molida.

A los gritos que acompañaron á esta tremolina, acudieron Pepe y Perico, y entre ellos y Antonio levantaron del suelo á la derrengada Juliana y al desconsolado Mateo.

—¡Ah, pícaros asesinos, cómo tratais á una débil mujer!—exclamó Juliana todavía furiosa, pero mirando aterrada el baston de Antonio.—Si yo tuviera media docena de onzas, me iba hoy mismo á mi pueblo, y perdia para siempre de vista al padre y á los hijos; que tan bribones son los hijos como el padre.

—Voy á vender hoy mismo la casa para proporcionártelas,—dijo Mateo, lleno de alegría.

—Padre,—le replicó Perico,—no es necesario que usted venda nada.

Y metiendo doce veces la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó doce onzas de oro y se las tiró á la falda á su madrastra, diciéndole:

—Ahí tiene usted, no seis onzas, sino doce. Váyase usted muy enhorabuena adonde le dé la gana, y sea tan feliz como nuestro pobre padre y nosotros lo serémos en la casa donde nacimos y donde nos colmó de dicha á los cuatro la santa que nos mira desde el cielo.

Juliana cogió con ánsia las doce onzas, hizo á toda prisa el atillo, y poco despues lloraban de alegría las siguientes personas:

Juliana, caminando para su pueblo.

Mateo y sus hijos en casa.

¡Y Marta en el cielo!

IX

La gran fortuna de Mateo fué que Dios no le dió hijos con su segunda mujer; que si se los hubiera dado, ni áun los últimos dias de su vida hubiera pasado tranquilo como los pasó, gracias á los hijos que le habia dado en la primera.

Ante el tribunal de primera instancia, que

es el sentido comun, comparecen tres criminales, que son:

El soltero ó viudo que se ha casado con la criada.

El viudo con hijos que se ha vuelto á casar.

Y el viejo, más ó ménos cañoño, que se ha casado con moza.

El tribunal del sentido comun sólo los condena á ridículo perpetuo; pero el tribunal de Dios, que es el de segunda y última instancia, los condena siempre á cadena perpetua.

He dicho, y repito, que hay madrastras buenas. Esas... ¡Dios se las dé á mis enemigos y se las niegue á los hijos de mis amigos!

FIN DE LOS CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS.

INDICE.

Págs.





